

557

E. Pinilla de las Heras

Crisis y anticrisis
de la Sociología.

Barcelona. 1985.

Text controlle
aunt coneccan in w/purdes
(28.5.86)

Aujourd'hui, nous recevons trois éducations différentes ou contraires: celle de nos pères, celle de nos maîtres, celle du monde. Ce qu'on nous dit dans la dernière renverse toutes les idées des premières.

MONTESQUIEU, De l'Esprit des lois, Libro IV, cap. 4.

La sociologie... a, avant tout, pour objet d'expliquer une réalité actuelle, proche de nous, capable, par suite, d'affecter nos idées et nos actes: cette réalité, c'est l'homme et, plus spécialement l'homme d'aujourd'hui, car il n'en est pas que nous soyons plus intéressés à bien connaître. (...) (...) L'homme est double. En lui, il y a deux êtres: un être individuel qui a sa base dans l'organisme et dont le cercle d'action se trouve, par cela même, étroitement limité, et un être social qui représente en nous la plus haute réalité, dans l'ordre intellectuel et moral, que nous puissions connaître par l'observation, j'entends la société. Cette dualité de notre nature a pour conséquence, dans l'ordre pratique, l'irréductibilité de l'idéal moral au mobile utilitaire, et, dans l'ordre de la pensée, l'irréductibilité de la raison à l'expérience individuelle.

Émile DURKHEIM, Les formes élémentaires de la vie religieuse,
(Introducción, secc. I y II).

Sumario.....

- I. Introducción.
- II. La crisis científica.
- III. La crisis académica.
- IV. La crisis política.
- V. Anticrisis.
- VI. Algunas conclusiones.

I. Introducción.

1. - Palabras previas para evitar la discontinuidad.

The Sciences, are small Power; because not eminent; and therefore, not acknowledged in any man; nor are at all, but in a few; and in them, but of a few things. For Science is of that nature, as none can understand it to be, but such as in a good measure have attained it.

HOBBS, Leviathan, parte primera, Cap. 10.

El ensayo de Joan Estruch y Salvador Cardús dice (y las dice bien, con un estilo maduro y sensible, orientado a la verdad de las cosas) cuestiones que todo trabajador en el campo de la sociología, sea como docente, sea como investigador, o en ambos dominios, ha debido plantearse más de una vez, si estaba motivado científicamente. La primera lectura que hice del ensayo de Estruch y Cardús me produjo una cierta admiración, y diré más, una adhesión emotiva hacia quienes se atreven a exponer la verdad de los hechos, incluso contra sus propios intereses y los de la tribu a la que pertenecen. Cuántas veces, a lo largo de veinticinco años de trabajo de campo, uno mismo ha tenido que preguntarse para qué sirve ésto de la sociología, si las elaboraciones matemáticas o conceptuales eran genuinamente producción de conocimiento o artificios de la razón instrumental! Cuántas veces uno ha alternado la admiración por un texto bien construido, viendo en él la obra de la razón que somete a orden la experiencia, la prueba de que la sociología podía resistir las comparaciones con otras ciencias, y poco después el asqueamiento por el charlatanismo más innoble, o por la ignorancia histórica y científica que revelan los escritos de tantas gentes que se dicen sociólogos!

El fundamento de mi adhesión familiar a una parte del ensayo de Estruch y Cardús, en aquella primera lectura, estaba (o está) en lo siguiente: el derecho a la verdad me parece uno de los valores que hay que realizar en la institución universitaria. Los estudiantes tienen derecho a no ser engañados. El estudiante asume un role, y como todo role, éste implica expectativas recíprocas con

las de los roles que son sus complementarios. El cumplimiento de su role por parte del estudiante, incluye su derecho a esperar que le sea transmitido conocimiento (i.e., información verdadera). La violación de este derecho es obviamente contradictoria con los fines asignados en nuestra organización social, y en nuestras culturas, a la institución universitaria. La cual es institución precisamente por ello, porque realiza, o se esfuerza en realizar, unos valores. En este contexto, creo que debe ser recibido (y valorado) como una prueba de honestidad intelectual un ensayo que les está diciendo a los estudiantes que esta disciplina (la sociología) se halla en una de las crisis más profundas de su decurso como empresa con ambición científica.

Ahora bien: a cada nueva camada de estudiantes hay que repetirles asimismo que su derecho a la verdad no es un derecho subjetivo, sino que es institucional. Es parte de una necesidad social que se satisface institucionalmente. Aunque suelo rehuir el poner al abstracto sociedad como sujeto de un verbo, en este caso cederé a la brevedad y la claridad para decir que la sociedad, como conjunto, necesita transmitir una cultura y capacitar a sus miembros para unos saberes prácticos y teóricos. Por su valorización institucional, el derecho a la verdad manifiesta una necesidad social.

Y en este aspecto, me desmarco de algunas de las aserciones de Estruch y Cardús. Obviamente, creo que el conocimiento ha de ser buscado, deseado, y asumido, por sí mismo y desinteresadamente. El conocimiento sociológico, empero, no es como el que se obtiene a través del Arte o de la Filosofía. Tiene dimensiones que trascienden el enriquecimiento del espíritu, la profundización personal. No es por azar que nace la sociología en un tiempo y un espacio sociales determinados, como respuesta a una necesidad (no una pura ampliación del espíritu cognitivo), en un grupo de países muy circunscrito históricamente, cuando resulta que el Derecho (y en particular el Derecho público), la Religión positiva, la Moral, y la Economía política, se revelan más que insuficientes, impotentes, para saturar las demandas de regulación y explicación del orden social, y emerge un ámbito de problemas que escapa a cada una de aquellas disciplinas.

Si uno se pregunta por qué la sociología no nace antes, o después, o en otro lugar, se advierte inmediatamente la presencia de una necesidad social que no era (ni es) únicamente cognitiva ni académica.

Por sus propias condiciones históricas de producción, en la Europa occidental y continental, la sociología presenta una naturaleza híbrida de empresa científica y de empresa política. Es desde su principio algo más que un puro proyecto cognitivo. Nace, se desarrolla, y se diferencia hasta tal punto que queda rota su identidad originaria, como respuesta intelectual a problemas creados por la urbanización, la industrialización mediante el trabajo asalariado, y la desintegración de las relaciones comunitarias que todavía prevalecían bajo los órdenes feudal y estamental. Sociología y creciente individualización y atomización de la población, son procesos simultáneos. La sociedad emerge como problema (entiéndase: las relaciones sociales devienen problemáticas).

Entre la dimensión científica y la dimensión política de la empresa sociológica, la vinculación varía históricamente. Es una relación llena de historicidad y por tanto constantemente asimétrica, la cual en función de los grandes autores de teoría, de sus espacios y sus tiempos sociales, de los problemas sociales y políticos con que se enfrentan y que se creen obligados a resolver, sea directamente como ciudadanos, sea indirectamente a través de la sociología. Esta relación asimétrica nunca se extingue. Bien escribía Nicolás Ramiro Rico que entre los sociólogos han abundado siempre los políticos frustrados, "los Machtmenschen a quienes las circunstancias o su índole personal han cerrado la actividad política directa" (Nicolás Ramiro Rico, 1950, reedic. 1980, 182).

Comprendo la apelación de Joan Estruch y Salvador Cardús a la reflexión teórica, cualitativa, desinteresada, virgen de urgencias empíricas. Y la comprendo tanto más cuanto, en decenios recientes, a medida que la política como gestión, se despolitizaba y tecnificaba cada vez más en las organizaciones estatales y para-estatales, la política como ideología se apoderaba de las universidades, y cada vez se hacía más política, y más ideológica, en la universidad, y se hacía sobre todo a través de los departamentos de sociología y de los debates entre sociólogos. La servidumbre política ha sido uno de los factores mayores en la crisis de la disciplina y su actual caos teórico. Pero hay que percibir la magnitud de la paradoja. Si la sociología hubiese permanecido como austera y pura actividad intelectual, habría quedado adolescente y heterónoma, dependiente de

otros saberes, en particular de la filosofía. Con el agravante de la redundancia. Ha sido la dependencia de los problemas sociales y políticos, diferenciados en cada lugar y en cada tiempo, el agente motor del crecimiento, despliegue, diversificación, mundialización, éxito cultural, comercialización, y en definitiva destrucción de la identidad de la disciplina. Hay que aceptar las cosas como son. Por un acto de abstracción desmedida, heroica, podemos imaginar condiciones de ucronía y utopía (en el sentido primario de estos términos), por las cuales el trabajo de unos profesores llamados sociólogos se hubiera limitado a los objetos construidos en la interioridad de sus conciencias. Dudo que tuviésemos sociología, y dudo además que esa empresa estrictamente académica^{se} hubiera ahorrado una crisis científica (la suya, distinta de la actual).

Puedo aportar en este aspecto mi propia experiencia. La coyuntura económica puso fin, desde 1974 o 1975, a un tipo de investigaciones que devenían demasiado caras, largas y sofisticadas. Se produjo a partir de esa coyuntura de restricción de fondos para la investigación, una reorientación de la reflexión sociológica a la cogitación cerebral. Y fué precisamente en la segunda mitad del decenio de 1970 cuando la multiplicación de teorías sociológicas meramente especulativas, contribuyó más al descrédito de la sociología entre la comunidad científica. He sido testimonio personal de la turbación (más suavemente dicho, la inquietud) de los sociólogos, cuando biólogos, psicólogos experimentales, matemáticos, economistas, etc., empezaban a plantearnos cuestiones sobre conceptualización, métodos, formación de hipótesis y de deducciones, pertinencia de los análisis, su particularidad y su generalidad. Al mismo tiempo, el trabajo empírico se distanciaba de la reflexión teórica y devenía actividad mercantil, rutina de captación de datos, lo que Touraine llamó hace algo más de veinte años sociographie aveugle (Touraine, 1964, 21). Una vez que dejó de haber dinero abundante para las investigaciones largamente pensadas y elaboradas, reapareció la sociología de gabinete, la observación elitista que el hombre de letras hace sobre su propio entorno de clase social y de civilización burguesa. Dado que la masificación de las universidades había implicado asimismo la titularización de una enorme cantidad de sociólogos dotado de atributos suficientes para hacer (y mantener) una carrera, debía destacarse ante un público, fuese mediante la visibilidad o mediante el snobismo, y debía cautivar permanentemente al público. Y así resurgieron, mudando su naturaleza, cosas sociologie des manières de table, una idea que ya había (y ensayada) por un espíritu agudo en la Alemania de 1

Weimar, en años de una febril creatividad cultural pero también de ubicua lucha de clases, y que al fructificar en el París del decenio de 1970 se transforma en sutil pasatiempo, puro ejercicio del espíritu.

Observación individual sin técnicas normalizadas universales, ingenio mundano, apoliticismo, dan no sólo una sociología de sociedad decadente, sino también la decadencia de la sociología.

2. - Formas y contenidos de la crisis.

Ulteriores lecturas del ensayo de Estruch y Cardús me han confirmado en la verdad de algunas de sus observaciones (que citaré más adelante), al mismo tiempo que me permitían distanciarme de otras, e incluso situarme críticamente. Debo decir, tanto para Estruch y Cardús como para el público lector, que si escribo estos comentarios es respondiendo a una demanda de la Fundación que publicó el ensayo original, y que la demanda de esta entidad va acompañada de precisiones sobre los puntos cruciales que debo tratar (en particular, la cuestión de las ideologías y de la validez del conocimiento sociológico).

Obviamente, sería posible escribir una enciclopedia sobre esta clase de problemas (que afectan a toda la ciencia social, y no únicamente a la sociología). Y sería también injusto para Estruch y Cardús señalar que se abstienen de analizar tal o cual aspecto, o que resumen sintéticamente cuestiones que son muy complejas y que deberían ser separadas y pensadas en modo lento y autónomo, cuando es evidente, para el lector, que también ellos han tenido límites de espacio y problemas de comunicabilidad que obligan a la simplificación.

Con todo, creo que es factible aclarar algunos temas procediendo por la descomposición de la "crisis". Es éste un camino sencillo y sin pretensiones epistemológicas iniciales. Años de experiencia en la investigación me han enseñado que los hombres somos unos formidables sintetizadores que estamos constantemente mezclando lo subjetivo y lo objetivo, lo contingente y lo necesario, y formando resultados que tienen una lógica que los actores sociales ni la del científico social. que nos ofrece una inagotable pluralidad de dimensiones

situación tan caótica como en la que nos hallamos, hay que evitar las palabras que parecen explicarlo todo y que, por ser polisémicas, nos tientan como palabras últimas, explicativas. En nuestro caso, la crisis no es un dato a partir del cual proyectar una reconstrucción eventual de la disciplina, sino un desafío que hay que dominar. Y, dado que en sociología no disponemos de máquinas, ni de reactores, ni de armas, solamente podemos dominar los problemas por un análisis paciente, ordenado, y lógico.

Creo que, primero de todo, hay que despejar el umbral. ¿Qué entendemos por sociología? ¿Estamos hablando de la misma empresa o de cosas diferentes? ¿Qué quiere decir sociología científica? ¿Cuál es la identidad del objeto, intelectual e histórico, del que se diagnostica que está en crisis? Pues una de las constataciones por observación que hay que tomar en cuenta ya desde el principio, es la desaparición, o cuasi-desaparición, de la sistemática sociológica general, y la muerte de las teorías generales; en su lugar, lo que tenemos es una ilimitada cantidad de sociologías, tanto teóricas como aplicadas; "la" sociología ha sido substituida por una colección de sociologías de (de otra cosa: sociología del Derecho, sociología de la familia, sociología de los movimientos sociales, sociología de la sexualidad, de la colonización, de las relaciones internacionales, del patriarcado, de la educación, de las prisiones, y un inacabable et caetera). Esta explosión de la población sociológica obliga a preguntar qué es lo que tienen de común todas esas actividades intelectuales que se reclaman de un mismo substantivo.

Si tal pregunta es pertinente (y creo que lo es), el análisis debe hacer emerger, o bien un núcleo racional y cognitivo que es válido y que permanece a pesar de la crisis, o bien la perversión de ese núcleo y su mudanza en otro tipo de vínculo común, o bien el registro de su desaparición.

Estos no son, empero, problemas meramente teóricos. La empresa que llamamos sociología comprende una actividad intelectual con ambición científica, unas prácticas académicas y organizativas, una proyección cultural extra-académica, unos oficios rutinarios que concurren en la formación de una mercancía, y en fin, comprende sobre todo dimensiones políticas.

Me parece conveniente distinguir esos aspectos, por lo menos los tres mayores: la crisis intelectual, la académica, y la política. O en términos complementarios que refuerzan los significados: la crisis científica, la institucional, y la que afecta a la dependencia de las dos anteriores respecto de contextos sociales y políticos dados.

II. La crisis científica.

3. - Quiebra de la identidad, pérdida de la filiación.

No pocas veces les he dicho, sea a los estudiantes de los que yo era 'tutor', sea a quienes se formaban a mi lado como futuros investigadores, o a los miembros de equipos de trabajo sobre el campo que eran más que meros recolectores de datos y mostraban una ambición cognitiva, que es absolutamente preciso definir restrictivamente la empresa sociológica, en sus dos dimensiones, la científica y la política. Si esta restricción no se hace, no es posible aprehender y localizar la sociología como innovación histórica, ni marcar su discontinuidad respecto a unos precedentes intelectuales, ni percibir la necesidad social de la sociología para unos determinados actores y para unos públicos.

Podemos ver hoy que cada grupo de sociólogos que reflexiona sobre (episódicamente) su propia práctica intelectual, tiende a conectarla con alguna particularización de los precedentes históricos de la disciplina. Resulta así que las sociologías actuales pueden ser conectadas con una multitud de filiaciones. Los manuales de sociología que trazan la prehistoria de lo que inicialmente fué una disciplina con un objeto y unos métodos, apelan a abanicos cada vez más extensos de autores (Platón, Ibn Jaldún, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Montesquieu, Ferguson, Saint Simon, Hegel, Von Stein, Comte, Stuart Mill, Marx, etc). Al borrarse la identidad de la disciplina aparece asimismo la redundancia de los estudios que hoy se llaman sociológicos, respecto de los que se practican en otras ciencias sociales, en las Humanidades, y en el periodismo.

Es curioso que algunos de los mejores textos de que disponemos como introducción sociológica, no se hallen ordenados por territorios cognitivos, problemas, conceptualizaciones fundamentales, hipótesis, proposiciones que se consideren generalmente válidas, métodos, etc. Los autores de esos textos lo que hicieron fué seleccionar alguna serie de clásicos (series que presentan alternativas, teniendo siempre algunos nombres comunes) , y practicar la biografía intelectual de tales clásicos. Del análisis de sus libros y correspondencia, de la descripción de sus temas predilectos, de la relación entre estos temas y los problemas sociales del contexto político-nacional del clásico, de la estructuración de concordancias y oposiciones, continuidades y discontinuidades intra-serie, emerge una colección de juicios sobre los hombres como actores sociales, sobre el orden en las sociedades, sobre los procesos de cambio social, las determinaciones sociales y la libertad, la lucha de la innovación con la tradición, del conflicto con el consensus, de la religión con la ciencia, de la economía con la política, de la inercia social con la historicidad. Digo bien una colección de juicios, y no un conjunto, pues éste suele estar ordenado y tiene propiedades que se reproducen en sus subconjuntos. A esa

colección de juicios se la llama sociología. Esto es algo tan inaudito como si una introducción a la Filosofía, o a la Economía, o a las Matemáticas, estuviese constituida por las biografías intelectuales de los filósofos, los economistas, etc. Como es obvio, la técnica descriptiva serial y biográfico-intelectual, comporta en sí una dispersión y una extensión de la temática sociológica: resulta que todo Montesquieu, o todo Comte, o todo Tocqueville, o todo Marx, entran de ese modo en el acervo de la sociología. (Todavía en una fecha tan avanzada, históricamente hablando, como 1967, Raymond Aron organizaba de modo serial y biográfico su, por lo demás excelente, libro sobre Les étapes de la pensée sociologique).

No se trata simplemente de una cuestión de procedimiento, sino de la revelación de problemas científicos substantivos.

Al tomarse autores en vez de conceptos y problemas, se borran las fronteras que delimitan la especificidad del conocimiento sociológico. Hay una cantidad de análisis hechos por Montesquieu, Comte, Tocqueville, Marx, etc., que no pertenecen al territorio de la sociología. Su lugar está en el ensayo jurídico, en la filosofía de la Historia, en la Historia política, en la Economía política, o en la disertación literaria, moral, o política.

La construcción serial es siempre arbitraria. Por ejemplo, en varios sentidos están más próximos Durkheim y Montesquieu, constituyendo Comte un eslabón heterogéneo, singular, y en cierta medida excéntrico. Cada serie de biografías intelectuales es portadora de una intencionalidad y una orientación políticas, en función de los nombres que incluye (y excluye).

La pluralidad de filiaciones implica asimismo que se ensancha desmedidamente el problema de los orígenes de la disciplina. Esto redundaría en detrimento de la dimensión que es fundamental: delimitar de un modo riguroso las condiciones de infantamiento de la sociología como ciencia social, ésto es, cuando el trabajo de unos pensadores, que han sido precedidos por la necesidad social y han tomado conciencia de ella, se distancia, como tal trabajo, de sus particularidades de espacio y tiempo sociales, y apela a la universalidad científica.

Decía Marc Bloch, refiriéndose a la ambigüedad de los estudios de orígenes (paradigma de la historiografía de la segunda mitad del siglo XIX), que en los estudios de orígenes hay una triple investigación, que es necesario descomponer analíticamente: o bien

se examina una filiación, o bien se trata de averiguar las causas (del hecho, institución, etc., sobre cuyos orígenes se investiga), o bien es cuestión de descubrir los principios que ordenan el objeto (Marc Bloch, 1944, 1949, 1952, pp. 27 y sigs.)

El estudio de los elementos originarios de un hecho, una institución (en este nivel de generalidad podemos incluir las instituciones científicas), una organización, una novación, etc., implica introducir nada menos que la problemática del todo y las partes. Una vez que ha sido identificado el objeto por sus propiedades, proceda preguntarse cuáles de éstas son emergentes y no constaban en los elementos originarios, y cuáles son recibidas. La diferenciación de propiedades delimita no sólo lo característico del hecho, sino asimismo lo que tiene de cualitativo y original, sea por creatividad, sea como respuesta a una necesidad, respuesta que no podían dar los elementos concurrentes aislados.

En segundo lugar, la identificación de los agentes productores o de las causas del hecho. Este tipo de estudio es el más difícil, en cuanto conlleva el complejo laberinto de la causalidad en la historia, las causas remotas y las próximas, las formales y las materiales, la parte del azar y la parte de la necesidad. Si por necesario se predica de una función social, una organización, o una institución, que su ausencia perturba la reproducción de un todo (el todo es incompleto en relación a fines exigibles), entonces ese no es el sentido pertinente del término por lo que concierne a una institución cultural como la sociología. En algunas sociedades capitalistas de alto grado de desarrollo (como los Estados Unidos y Francia) la sociología es bastante más que una materia a dar en la organización universitaria: ha devenido una institución cultural, reconocida como tal y aceptada por amplios sectores de los públicos culturalmente motivados; sin embargo, es obvio que tanto la sociedad como la cultura americana o francesa pueden funcionar sin la sociología; no podrían hacerlo, empero, sin el Derecho o sin la Ciencia económica. Es preciso dar a necesario un sentido menos fuerte y despojado de cualquier analogía orgánica. En este sentido, cabe decir que el nacimiento histórico de la sociología era algo "necesario".

En fin, en nuestro caso el item realmente importante para determinar la especificidad de la empresa sociológica, su unidad y sus características, revela ser el tercero: descubrir, y decidir, los principios que dan razón y coherencia a la institución, y que deben ser estimados como sus invariantes. Estos principios dan orden al hecho y establecen sus fronteras.

Establecido, y asumido, este último criterio, es correcto deducir que la sociología como ciencia social no nace con Montesquieu, ni con Tocqueville, ni con Saint Simon, ni con Comte. Son dos hombres que, a pesar de ser contemporáneos, se ignoraron mutuamente, Durkheim y Weber, los genuinos fundadores de una sociología científica. Ambos se plantean la especificidad del conocimiento sociológico. Ambos construyen objetos sociológicos (si bien sus epistemologías difieren profundamente: una especie de realismo trascendental en el caso de Durkheim, un nominalismo moderno en el de Weber). Ambos rehuyen la reducción de los objetos sociológicos (objetos de conocimiento) al nivel psicológico, y ambos trabajan la especificidad y substantividad de lo social resistiendo su sobredeterminación por órdenes de otra naturaleza (suprasocial), como el religioso o el político-estatal. Los 'hechos' sociales, la acción social y los fines en que se realiza, las relaciones sociales, las formas de cohesión y de solidaridad social, la división social del trabajo, las organizaciones, las instituciones y los valores, los conflictos de grupos y de morales propias de cada grupo, pueden ser conceptualizados y explicados dentro de un espacio cognitivo propio, sin recurrir a los lenguajes de otras disciplinas, como el Derecho, la Historia, la Psicología, la dogmática filosófica o religiosa, etc.

Hoy se ha perdido esta conciencia de la especificidad y de la substantividad del análisis sociológico. La mundialización y comercialización de la reflexión social, el éxito mundial cultural de la sociología, la situación de "mercado informado" que tan brillantemente describen Estruch y Cardús, el hecho de que todos escriben cualquier cosa sobre cualquier cosa, y de que se designen como sociólogos gentes que no están orientadas al conocimiento ni motivadas por los valores de la institución-Ciencia, no solamente han extendido desproporcionadamente (respecto a otras disciplinas) el territorio de la sociología, sino que han provocado asimismo la pérdida de identidad y de disciplina intelectual. Recuerdo vivamente, como caso excepcional, como algo que produjo un cierto impacto en . . . un seminario en la que entonces era todavía Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études, la intervención del profesor que ejercía de presidente, interrumpiendo al que hacía de ponente. Este había usado la expresión "concepto sociológico del Estado". El presidente observó: "Estado no es un concepto sociológico. Estado es un concepto, o jurídico, o histórico, un concepto de la Historia, o del Derecho, correspondiente a un objeto que tiene historicidad y que tiene realidad legal. Concepto sociológico del Estado, es una expresión que carece de sentido. Los conceptos sociológicos son poder, dominación, autoridad, influencia..."

Si la interrupción causó en la sala un cierto impacto (aparte status personales conflictivos del presidente y del ponente), es porque la literatura sociológica de éxito en los mercados, había hecho olvidar algo claro y básico.

4. - La extensión de los temas sociales, no sociológicos.

Dicen Estruch y Cardús que la actitud científica exige, en el caso de la sociología, "transformar els problemes socialment rellevants en una problemàtica que sigui rellevant sociològicament".

En términos generales hay que enfatizar la pertinencia y la normatividad (la obligatoriedad) de esta aserción (tanto más cuanto se inscribe en el contexto de una argumentación contra el uso de las categorías de la vida cotidiana y de las codificaciones sociales por los propios actores, en lugar de los lenguajes analíticos y conceptuales, lo que convierte tantos estudios que se creen sociológicos en meras repeticiones de lo que piensan ya los actores, o a lo sumo, en periodismo en lenguaje culterano).

Ahora bien, la aserción exige un trabajo de clarificación de los problemas que ella misma comporta. Si se deduce de ella que todos los problemas sociales (o problemas relevantes para un, o unos grupos, organizaciones, o instituciones) son, potencialmente, y por el hecho mismo de su existencia y de su percepción social como problemas, objetos sociológicos, entonces no solamente no estoy de acuerdo, sino que esa deducción implica precisamente una tal extensión de la sociología, que ésta queda destruida como disciplina (en el doble sentido de disciplina: como materia científica con una identidad propia en el campo de la institución-Ciencia, y como actividad metódica, sujeta a reglas, no arbitraria ni discrecional, intrínsecamente portadora de imperativos de procedimiento que debe obedecer el profesional, sea docente o investigador).

Dicho de otro modo: pudiera ser que la aserción de Estruch y Cardús se interpretase (implícitamente) con la imagen de dos conjuntos, el de los problemas sociales, y el de los problemas sociológicos. Y que la tarea del sociólogo fuese la de proyectar elementos del primer conjunto sobre el segundo, donde aquéllos quedarían reordenados en otra estructura, otro lenguaje, etc., si bien perma-

-neciendo, como subyacente ^a tal imágen, la hipótesis de que ambos conjuntos tienen el mismo número de elementos. (En el lenguaje de la teoría matemática elemental, el cardinal de cada conjunto sería el mismo).

Si tal es la hipótesis subyacente, hay que decir que es no sólo errónea, sino además perturbadora. El conjunto de los problemas sociales es infinito. Por el contrario, por su propia naturaleza científica, el conjunto de los problemas sociológicamente pertinentes, es finito.

Pero hay más: suponer que todos los elementos del primero, son susceptibles de una proyección (o en términos técnicos, una suproyección) en el segundo, es asimismo una hipótesis errónea. El conjunto de los problemas sociológicamente relevantes es limitativo, excluyente. Tiene espacios vacíos (o nulos, no receptores).

El hecho de que no haya vida humana (humana tiene aquí una dimensión histórica, no meramente biológica) que sea posible fuera de sociedad y cultura, otorga una extensión ilimitada al término "social". Todo en la vida humana es, en alguna medida, social. La individualidad misma únicamente puede formarse en la relación con la alteridad. Cuando Aristóteles dice que el hombre es politikòn zoon, expresa algo más que el animal humano es capaz de ser ciudadano; Aristóteles nombra un atributo esencial humano, de un ser que es social y que se transforma históricamente (i.e., de un ser que no es simplemente social porque vive en poblaciones, lo cual también les acontece a las especies animales, sino que es intrínsecamente partitivo e histórico).

Dada esta extensión del término "social", resulta que se supone que el sociólogo tiene algo que decir sobre cualquier clase de actividad humana. Quedan así incluidos en "la" sociología, temas que se diseminan, en un espacio caótico, desde la más grande ambición científica (como las explicaciones del decurso histórico de la humanidad), hasta la más nimia trivialidad (como las sociologías de formalización de las interacciones individuales en pequeños grupos abstraídos de la vida real).

Estos efectos de la asimetría entre "social" y "sociológico", con la absoluta supremacía del primero de los dos términos, se manifiestan en la proclividad a recuperar temas que son anteriores a la constitución científica de la sociología, i.e., temas sociales no sociológicos (pertenecientes al periodo de crisis social y política que hace sentir la necesidad de una ciencia como la sociología, pero que la precede históricamente, y que en cierto sentido, por la inmediatez de la crisis, impide que tal ciencia se constituya como

disciplina. Esta recurrencia de temas protosociológicos es tanto más seductora cuanto que en nuestros días vivimos de nuevo una crisis general algunos de cuyos aspectos son análogos a los del contexto histórico saintsimoniano. Los profesores con ambición orientada a las grandes construcciones intelectuales, recuperan para lo que ellos entienden por sociología, el objetivo que Saint-Simon asignaba a su ciencia del hombre: "l'explication des causes de la crise dans laquelle l'espèce humaine se trouve engagée. Analyse de cette crise; conjecture sur la manière dont elle se terminera; indication des moyens qui sont à la disposition des savants pour en abrèger la durée... (Mémoire sur la Science de l'homme, 1813, en Oeuvres, vol. XI, 189).

Con una diferencia respecto a Saint-Simon: que éste tenía una información enciclopédica sobre las sociedades feudal y estamental y sobre las relaciones entre poderes religiosos y poderes políticos en el Ancien Régime (información sobre la cual construyó su propia filosofía de la Historia, fundamento ideológico destinado a dar apariencia científica a sus motivaciones y proyectos de ingeniería social), en tanto que los modernos (actuales) ensayos de gran sociología política o histórica, revelan unas esquemáticas simplificaciones de la historia moderna y contemporánea, y han renunciado a la ingeniería social. (Giddings en Estados Unidos, y Otto Neurath en el mundo cultural germánico centroeuropeo, ambos en la época de crisis que siguió a la Primera Guerra Mundial, fueron los últimos autores de una cierta talla y con un cierto status reconocido en el mundo académico, que adhirieron al proyecto de la sociología como social engineering).

Cuando estudiamos la actividad intelectual que pudiéramos definir como metapolítica, en todo el ámbito cultural europeo (incluida Rusia) durante el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, podemos observar que se produce una continua creación de escritos y ensayos en torno a los temas liberalismo / socialismo, centralización / descentralización, nación / clase, nacionalismo restricto o integrado / nacionalismo expansivo o imperial, nacionalismo económico / librecambismo cosmopolita, lucha de razas / lucha de clases. Estos grandes temas son objeto de permanente reescritura e interpretación, forman parte del entorno intelectual de la vida política, y sus autores no suelen ser intelectuales puros, sino hombres próximos a poderes políticos. Estos temas se hallan asimismo en los discursos y memorias de los estadistas. Son muy raros los casos en que esta clase de actividad intelectual es presentada como sociología. Se trataba de literatura para la reflexión y la acción, y lo que se exigía de ella era claridad, organización lógica, y trans -

-parencia por lo que concierne a los intereses políticos o económicos (o ambos) que pretendía servir. No se había producido todavía el fenómeno que Parsons nombró (1959, 543-44) "la emergencia de una era sociológica" (la cual sucedía, según Parsons, a una era económica y a una era psicológica -- un modo, como cualquier otro, de alinear los adjetivos). Después de la Segunda Guerra Mundial, la gran mayoría de los productos de esa actividad intelectual metapolítica, han pasado a llamarse sociología(s). Con otra diferencia: que la transparencia que informaba los ensayos, discursos y memorias del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, ha desaparecido; el lenguaje se ha hecho oscuro y pretencioso, y sobre todo no está claro cuáles son los intereses políticos o económicos que se esconden bajo la fraseología general (o generalizante).

En el siglo XIX y primer tercio del XX esa actividad intelectual no era (justamente) considerada públicamente como científica. Sus destinatarios eran los políticos y las élites de 'notables' (mundanos, profesionales y territoriales) de las cuales los políticos reciben ideas y estímulos y sobre las cuales ejercen influencia. Hoy los destinatarios son más bien los propios sociólogos y los docentes y estudiosos de disciplinas afines (otras ciencias humanas: economistas, politólogos, historiadores, etc). Se ha incrementado la proyección universitaria, haciéndose más tenue la dimensión profesional política; más precisamente, los productos de esta actividad intelectual corresponden a luchas políticas intra-universitarias, las cuales tienen una relación figurativa respecto a la política real, una representación de ésta en camera oscura. Se consideran "científicos" estos productos porque los producen unos profesores y porque sus públicos son, en primer lugar, otros profesores.

Volveré luego sobre esta extensión de temas sociales a sociológicos, al tratar de la implicación de la reflexión histórica sobre el propio país (o sociedad) del sociólogo, en la literatura sociológica.

Trasladémonos ahora al otro extremo del continuum de "lo social", el de los estudios de nivel micro sobre relaciones interindividuales. Hoy ha quedado anticuada y sin sentido la vieja cuestión de si las relaciones interindividuales son, o no son, relaciones sociales. En su excursión de razonador inteligente, pero amateur, por el territorio de la sociología, Ortega y Gasset escribió que las relaciones interindividuales no son sociales (o no son constitutivas de hechos sociales). (Creo que ha sido, en España, Jiménez Blanco uno de los que ha señalado este error de Ortega). Las

NOTA AL PIE DE PAG. DE LA PAG. 18

=====

(+) - Textos posteriores de Leopold von Wiese se orientaron a temas propiamente sociológicos, como la teoría de la organización. Wiese se plantea la relación entre estructura de la organización y sus fines, y entre las funciones internas y externas. Del relacionismo individualista pasó a asumir una especie de organicismo, aplicado a las organizaciones sociales. Hoy sabemos que organismo y organización son, en términos sociológicos, conceptos radicalmente diferentes. Los sistemas sociales comprenden organizaciones, y la analogía (o lo cuasi-identidad) sociedad = organismo, es uno de los grandes errores ideológicos del siglo XIX. Error coherente con la reducción de "sociedad" a agregado de individuos (i.e., organismos); el colectivo de los organismos sería entonces otro organismo (de orden superior, como se decía entonces). Pero un agregado de individuos no es una sociedad, sino una población, concepto que hay que diferenciar analíticamente. La miseria de la sociología se revela en que han sido olvidadas cosas que sabía Montesquieu: la sociedad no son los hombres, sino los vínculos entre los hombres.

La primera sociología de Leopold Von Wiese era consistente con la moda cultural fenomenológica, que se vivió en Alemania y Austria antes de la Segunda Guerra Mundial, y que revivió en Francia después de la guerra. La moda cultural fenomenológica trascendió a la sociología, creando lo que Enrique Gómez Arboleya llamaba (1954, 87) "esa maraña de pronombres personales -- yo, tú, él, nosotros...-- en que tan pródiga ha sido una parte de la investigación alemana..."

Maraña de pronombres personales coherente con la visión de "lo social" como lo "interhumano", producido por las interacciones entre individuos. La crítica de Enrique Gómez Arboleya da en la diana:

"El realismo gnoseológico (...) concluye en este caso con un nominalismo social: la sociedad es nomina, o accidente, o como quiera llamarse. Lo único real son los individuos, u hombres, o la naturaleza humana. Ello ha invalidado casi todo el pensamiento clásico y mucho del pensamiento escolástico. Ahora bien, el nominalismo sólo latente en esas direcciones, se va a acentuar en las que le siguen. En primer lugar, la fenomenología (...) La vivencia social va a ser el eje de la sociología (...) En el fondo está la creencia que la sociedad se agota en una serie de relaciones puramente interindividuales entre un yo intemporal, un tú intemporal y un él intemporal, que forman un nosotros vivido (...) Se extrae al individuo del conjunto social y se subordina éste a la corriente de vivencias de los relatos (...) (...) El nominalismo se acentúa en todos los otros formalismos y racionalismos. A todos ellos amenazan (...) tres peligros. Uno, psicologismo. Todo relacionista es un psicologista sin saberlo o sabiéndolo. El hecho es grave, no por el relacionismo de Wiese, sino por sus consecuencias en Norteamérica (...) Mucha de la sociología

(sigue en 18 TERZO.)

(final de la nota pié pag. de 18)

americana es, pura y exclusivamente, psicología; a lo sumo, a veces, psicología social. (...) Segundo, nominalismo. De hecho, casi todos estos autores no creen que exista un tipo de realidad social. Por ello la fingen como un producto del logos o como un hecho psicológico. (...) (...) Tercero: la gran paradoja e ironía de la realidad social es que ésta se venga. (...) Lo que se nos ofrece como intemporal es el resultado de situaciones claramente temporales. No hagamos la sociología de la sociología de Simmel, contemporáneo de Proust, tranquilamente asentado en una sociedad burguesa que se creía intemporalmente feliz hasta que la guerra del catorce la despertó bruscamente (...) Mucho más grave es lo que sucede con la sociología americana. (...) Su relacionismo constante se apoya en la misma estructura de la sociedad americana (...), no sólo destaca su seguridad real, su individualismo real, su cándido e ilustrado optimismo, sino que pretende unirlo beatíficamente y científicamente, hacerlo eterno, parar el carro de la historia". (E.G.A., 1954, 20-23).

relaciones interindividuales son ciertamente sociales, si más no por la inmanencia social de la persona humana. Los roles están social y culturalmente pautados, son portadores de determinaciones de espacio y de tiempo sociales, no solamente al nivel general de cada sociedad y cultura sino asimismo en los niveles más particulares de grupo, clase social, generación, etnia, religión, habitat, etc. La vida individual expresa determinaciones que son colectivas, tanto cuando las asume íntegramente como cuando las modula o cuando trata de superarlas y se define (relativamente) contra ellas. Ahora bien, las relaciones interindividuales no constituyen por sí objetos sociológicos. Son el referente empírico de conceptualizaciones sociológicas a través de sistemas de mediaciones técnicas. Abstracción de dimensiones o propiedades, clasificación, colectivización, medición, conceptualización, y todos los recursos de la razón analítica, los usamos en función de las preguntas que hacemos a la realidad (o a nuestras reelaboraciones, codificaciones, o modelos, de ella). Por tanto, las relaciones interindividuales pueden ser, o no ser, el referente empírico de una conceptualización, en función de los conceptos que sean necesarios para ordenar un análisis.

Para la reflexión espontánea y acrítica, la sociedad es un agregado de individuos, y el individuo es la unidad elemental básica, tanto en la vida real como en la reflexión cognitiva sobre ella, una especie de átomo que mediante procesos asociativos o disociativos produce todas las formas de relación social. Esta imagen ha trascendido a la historia de las teorías sociológicas, materializándose en lo que podríamos llamar "sociología de diccionario". Esta consiste en catalogar procesos de unión y desunión entre individuos, según las palabras que nombran tales procesos. En el primer tercio del siglo XX se hicieron intentos de sistematizar el conocimiento sociológico teniendo como base la imagen atomística de la sociedad y operando con una forma de individualismo metodológico. En los años de la Segunda República, cuando en España se tomaron a préstamo intelectual no pocas cosas de Austria y de la República de Weimar, se difundió aquí la sistemática sociológica de Leopold von Wiese, a la que se puede calificar de paradigma del modelo atomístico que concibe "lo social" como producto de relaciones interindividuales. Von Wiese tabulaba los procesos sociales en asociativos y disociativos, simples y complejos, actuados por individuos o por grupos. El esquema cognitivo subyacente reducía la actividad social a unir (Binden) y separar (Lösen). Procesos unitivos o asociativos eran los de aproximación, adaptación, asimilación, unión, uniformación, inordinación, socialización, dominación, e institucionalización. Procesos disociativos eran los de diferencia-

ción,

desvinculación, separación, estratificación, y (cerrando el círculo, i.e., volviendo al átomo individual), individuación. Este esquema cognitivo tomaba en cuenta, por tanto, solamente procesos conservativos de sus elementos; no entraban en la tabla procesos no conservativos, como los de substituir y omitir (o destruir), ni tampoco los procesos creativos o innovativos, sea por recombinación de elementos pre-existentes en conjuntos nuevos, sea por la emergencia de nuevos elementos. La guerra, por ejemplo, es un hecho social que no era contemplado por el esquema cognitivo basado en un radical individualismo metodológico. Característicamente, el objeto de la sociología era "lo social" (sic: das Soziale) (los althusserianos del decenio de 1970 en la charca filosófica parisiense tenían, pues, un antecedente teórico, como se decía entonces, que ellos ignoraban), si bien "lo social" quedaba reducido a lo interhumano (das Zwischenmensliche). (+). ^{Note en} 18 65

Estas sistemáticas sociológicas han sido hoy archivadas como tales sistemáticas; y sin embargo, es un esquema cognitivo similar, rudimentario, aunque probablemente expresado en otro lenguaje, el que subyace en tantos estudios micro de relaciones interindividuales que se hacen en nuestros días. Obviamente, los sociólogos saben hoy que las unidades analíticas elementales de las relaciones sociales no son individuos, sino roles y status. Dejar de pensar las cosas en su inmediatez reflexiva y pensar con conceptos, implica un colosal salto científico. Pero no se extraen, ni se obtienen, las consecuencias necesarias para el análisis sociológico, si el salto epistemológico queda confinado a novedad de lenguaje y si resulta que, en la conciencia refleja del sociólogo, siguen agitándose individuos que se acercan o se distancian, se dominan unos a otros o se rehuyen, se uniformizan o se individualizan (hoy se dice, preservar la identidad). Roles y status son unidades analíticas de sistemas culturales y sociales, no son propiedades de los individuos. Para la sociología vale la misma norma que Marx enunciaba para la economía política: las relaciones hay que pensarlas abstrayéndolas de los actores (Grundrisse, I, 1, sec.3

Si este distanciamiento no se produce, creo que se debe (entre otras causas) a la focalización actual sobre el poder, un problema sobre el que me extenderé al tratar del contexto social de la crisis de la sociología. En el catálogo de nociones de L. Von Wiese, es ya observable que más de la mitad de los términos tienen algo que ver con relaciones de poder, dominación, autoridad, ordenamiento, uniformización, institucionalización. Lo que entonces eran términos de diccionario, hoy han devenido, por obra de autores rigurosos, verdaderos conceptos. Desde el punto de vista del individualismo metodológico, el poder no es una propiedad social, sino personal. Hay una cierta lógica en el hecho de que tantos ensayos actua-

→ Si este distanciamiento no se produce, lo que se escribe bajo el nombre de sociología no es genuino conocimiento analítico; es la traducción, en lenguaje prosaico, de cosas que se saben por la novela, la comedia, u otros géneros literarios. Eventualmente, es la traducción pedante de la experiencia subjetiva del autor y de sus frustraciones o sus fantasmas.

Pienso que, entre otras causas, una de las que contribuyen a que el necesario distanciamiento no se practique, reside en la actual focalización sobre el poder, un problema sobre el que me extenderé al tratar del contexto social de la crisis de la sociología. En el catálogo de nociones de L. Von Wiese es ya observable que más de la mitad de los términos tienen algo que ver con relaciones de poder, dominación, autoridad, ordenamiento, uniformación, etc. Desde el punto de vista del individualismo metodológico, el poder no es una propiedad social ni una unidad analítica de sistemas de relaciones, sino que es una propiedad personal. Desde el punto de vista dramático y novelesco, acontece lo mismo. El poder es atributo de personajes.

Hay una cierta lógica en el hecho de que tantos ensayos actuales a nivel micro o inter-individual, se transformen de hecho (y posiblemente de modo no consciente ni deliberado) en anti-sociologías. Por una parte, lo que sus autores aspiran es a producir un conocimiento de naturaleza más sintética que analítica, una "comprensión" vivencial o vital que está más cerca del arte que de la ciencia. Como decía Enrique Gómez Arboleya en su crítica de la fenomenología, "lo vivido es lo comprendido, y lo vivido comprendido es la realidad" (1954, 21). Para obtener este fin de transmisión de un conocimiento, producción de una verdad subjetivamente compartida por el autor y sus lectores, aquél pasa por la recuperación del individuo y de su identidad. Por otra parte, no pocos de estos ensayos se inscriben en la guerra general contra los roles y los status. En algunas (no todas) de las llamadas "sociologías de la familia", de lo que se trata es de abolir los roles paternos y maternos. En otras, se trata más bien (como hace ya casi veinte años le oí a una gran psicóloga y pediatra francesa, Françoise Dolto) de hacer del padre un ser dulce, maternal, lavaplatos y despojado de masculinidad, una especie de mamá-bis (i.e., se trata de abolir el role paterno por su asimilación e indiferenciación con el materno). En la sociología de las prisiones se oyen cosas similares, sobre todo desde que Francia y Gran Bretaña se encuentran con cárceles superpobladas y con tensiones a veces incontrolables. Resulta que los oficiales de pri-

Handwritten notes in the top left margin.

Handwritten notes on the left margin: "Hay una cierta lógica en el hecho de que tantos ensayos actuales..."

Handwritten notes at the bottom left margin.

-siones deberían transformarse en consejeros psicológicos de los reclusos, tener conversaciones con ellos y oír sus problemas. Idea que es aparentemente humanitaria y de buen sentido, y que haría de los oficiales de prisiones otra cosa, una especie de señoritas de alterne para los presos. Pero idea que parte de una imagen radicalmente ideal de una cárcel y de una reducción (generalización no fundada) de todos los problemas de delincuencia adulta a un caso específico de delincuencia juvenil, derivado de la deprivación afectiva. Durante la época en que ha sido ministro de Justicia (Garde des Sceaux) el señor Badinter, hemos oído por los mass-media estatales franceses a sociólogos de prisiones de los cuales podía pensarse si lo que estaban haciendo no era sino una traslación a los delincuentes de sus propias frustraciones, haciendo del delincuente un personaje arquetípico ("la víctima de la sociedad", en todos los casos, y esto en época de delincuencia organizada, poseedora de medios técnicos poderosos y usados colectivamente). En todo caso, ya hoy (la charlatanería "progre") ha caído en desuso, sea en Estados Unidos, en Gran Bretaña, o en Francia, puesta al fuego de la experiencia. (Constatación de facto, que no tiene por qué implicar la justificación de lo que son las cárceles y de sus perversiones: fábricas de delincuencia adicional. Lo que estoy diciendo es que esos problemas no se resuelven ni por la abolición de roles ni por la imaginación de roles incompatibles con un contexto y con las situaciones que tal contexto genera).

Si se parte de la convicción de que la autoridad y el poder son cosas intrínsecamente perversas y que hay que abolir, resulta que status y roles (por este orden) ya no son unidades analíticas necesarias para comprender los sistemas sociales y culturales y cómo funcionan, sino que son enemigos que hay que destruir. Bajo el nombre de sociología lo que se hace es la anti-sociología. Pues sin status y roles no quedarían más que poblaciones indiferenciadas, no sociedades. La sociología sería superflua, como lo es para los rebaños de ovejas. Hay cosas que son tan elementales y sabidas que forman parte del patrimonio humano acumulado durante milenios, y que solamente la actual adolescencia prolongada y el cretinismo generalizado han podido hacer olvidar. El individuo se hace persona por la relación social, y la persona humana se enriquece por la multiplicación

... un petit-bourgeois

Madelin
de la...

... = ...

-les a nivel micro o inter-individual, se transformen de hecho (y posiblemente de modo no consciente ni deliberado) en anti-sociologías. Por una parte, lo que sus autores aspiran es a producir un conocimiento de naturaleza más sintética que analítica, una "comprensión" vivencial o vital que está más cerca del arte que de la ciencia. Como decía Enrique Gómez Arboleya en su crítica de la fenomenología, "lo vivido es lo comprendido, y lo vivido comprendido es la realidad" (1954, 21). Para obtener este fin de transmisión de un conocimiento, producción de una verdad subjetivamente compartida por el autor y sus lectores, hay que pasar por la recuperación del individuo y de su identidad. Por otra parte, no pocos de estos ensayos se inscriben en la guerra general contra los roles y los status. En ^{algunas} llamadas sociologías "de la familia", de lo que se trata es de abolir los roles paternos y maternos, o más bien, como hace ya casi veinte años le oí a una gran psicóloga y pediatra francesa (Françoise Dolto) de hacer del padre un ser dulce, maternal, lavaplatos y despojado de masculinidad, una especie de mamá-bis (ésto es, se trata de subsumir el role paterno en el materno, asimilarlo a éste, e indiferenciarlo de éste). En la sociología de las prisiones se oyen cosas similares, sobre todo desde que el ministro Badinter se encuentra con cárceles superpobladas y con delincuentes que rehusan adaptarse al modelo angelical que supone la sociología "progre". Los oficiales de prisiones deben transformarse en unos consejeros psicológicos de los reclusos, conversar con ellos y oír sus problemas. La realidad la pone cruelmente sobre la mesa el oficial de prisiones que le dice al encuestador: "yo tengo ya demasiados problemas con mi mujer para ocuparme de los problemas de los demás. El buen preso lo que quiere es la celda individual, un transistor, y visitas más frecuentes de su familia, y saber si va a salir pronto; cosas todas ellas que no están en mi mano ni dependen de diálogos".

Si se parte de la convicción de que la autoridad y el poder son cosas intrínsecamente perversas y que hay que abolir, resulta que status y roles (por este orden) ya no son unidades analíticas necesarias para comprender los sistemas sociales y culturales y cómo funcionan, sino que son enemigos que hay que destruir. Bajo el nombre de sociología lo que se hace es la anti-sociología. Pues sin status y roles no quedarían más que poblaciones indiferenciadas, no sociedades. La sociología sería superflua, como lo es para los rebaños de ovejas. Hay cosas que son tan elementales y sabidas que forman parte del patrimonio humano acumulado durante milenios, y que solamente la actual adolescencia prolongada y el cretinismo generalizado han podido hacer olvidar. El individuo se hace persona por la relación social, y la persona humana se enriquece por la multiplicación

de su experiencia social. El hombre es la suma de sus relaciones sociales, dice justamente Marx. Lo que implica, no la abolición de los roles, sino su pluralidad en la persona. Un ser humano es tanto más rico cuanto mayor número de roles puede ejercer en adición a los existencialmente obligatorios para ganarse la vida (o para parasitar a otro ser humano). Pluralidad de roles implica a su vez, en una cierta medida (subrayo el condicional) pluralidad de status; pues la diferenciación de status es correlativa a la de roles, aunque no se agota en ella. (O en otros términos: status no se reduce a ser una dimensión de role; el concepto de status tiene su propia entidad formal y substantiva). "We all wear masks. Thank heaven for them: they are what give us our individuality", escribe un excelente novelista neoyorkino y lúcido cronista de la gente de su ciudad (Louis Auchincloss, 1966, p. 18). Lo que implica asimismo que la vida social está hecha de una cantidad de convenciones; si los seres humanos estuviesen continuamente lanzándose a la cara lo que piensan unos de otros, la convivencia sería imposible. Una sociedad transparente, es una contradicción entre los términos.

Y por ello mismo, no cabe usar una disciplina como la sociología (u otra "ciencia" social) para denunciar roles, status, convenciones, autoridad, poder, y todas esas cosas que son constitutivas de sociedad, de artefactos civiles substitutivos de la desnuda violencia. Ciertamente, las convenciones pueden degenerar en invivibles y bizantinos códigos de etiqueta (como en las cortes de Luis XIV y Luis XV), o en indecente hipocresía burguesa. Pero hay que tener bien claro que el arma adecuada contra la hipocresía no es la sociología. Las relaciones interindividuales quedan como objeto predilecto de poetas, novelistas, y autores de teatro que sepan captar la comedia humana. Estos artistas son más eficaces que los textos de microsociología que se pretenden manifiestos liberadores (y que funcionan como boomerangs antisociológicos).

Cuando todos los individuos quieren ser iguales, el poder se les constituye, a todos y cada uno, en problema general.

5. - Las identidades de los actores sociales.

Una de las causas más recientes (en los dos últimos decenios) del descrédito de la sociología en la comunidad científica, proviene del uso de materiales biográficos como objetos sociológicos. Para ganar algo en status se llama a esto sociología "cualitativa". Poner un magnetófono delante de un político, o de una prostituta, o de un recluso, puede ser, sin duda, uno más entre los muchos procedimientos de acumular materiales de un cierto interés social o político. Presentar estos materiales directamente al público, con una elaboración suma-

Sólo Nope Gato

de su experiencia social. El hombre es la suma de sus relaciones sociales, dice justamente Marx. Lo que implica, no la abolición de los roles, sino su pluralidad en la persona. Un ser humano es tanto más rico cuanto mayor número de roles puede ejercer en adición a los existencialmente obligatorios para ganarse la vida (o para parasitar a otro ser humano). Pluralidad de roles implica a su vez, en una cierta medida (subrayo el condicional) pluralidad de status; pues la diferenciación de status es correlativa a la de roles, aunque no se agota en ella. (O en otros términos: status no se reduce a ser una dimensión de role; el concepto de status tiene su propia entidad formal y substantiva). "We all wear masks. Thank heaven for them: they are what give us our individuality", escribe un excelente novelista neoyorkino y lúcido cronista de la gente de su ciudad (Louis Auchincloss, 1966, p. 18). Lo que implica asimismo que la vida social está hecha de una cantidad de convenciones; si los seres humanos estuviesen continuamente lanzándose a la cara lo que piensan unos de otros, la convivencia sería imposible. Una sociedad transparente, es una contradicción entre los términos.

Y por ello mismo, no cabe usar una disciplina como la sociología (u otra "ciencia" social) para denunciar roles, status, convenciones, autoridad, poder, y todas esas cosas que son constitutivas de sociedad, de artefactos civiles substitutivos de la desnuda violencia. Ciertamente, las convenciones pueden degenerar en invivibles y bizantinos códigos de etiqueta (como en las cortes de Luis XIV y Luis XV), o en indecente hipocresía burguesa. Pero hay que tener bien claro que el arma adecuada contra la hipocresía no es la sociología. Las relaciones interindividuales quedan como objeto predilecto de poetas, novelistas, y autores de teatro que sepan captar la comedia humana. Estos artistas son más eficaces que los textos de microsociología que se pretenden manifiestos liberadores (y que funcionan como boomerangs antisociológicos).

Cuando todos los individuos quieren ser iguales, el poder se les constituye, a todos y cada uno, en problema general.

5. - Las identidades de los actores sociales.

Una de las causas más recientes (en los dos últimos decenios) del descrédito de la sociología en la comunidad científica, proviene del uso de materiales biográficos como objetos sociológicos. Para ganar algo en status se llama a esto sociología "cualitativa". Poner un magnetófono delante de un político, o de una prostituta, o de un recluso, puede ser, sin duda, uno más entre los muchos procedimientos de acumular materiales de un cierto interés social o político. Presentar estos materiales directamente al público, con una elaboración suma-

-ria, como un trabajo sociológico, es algo que debe ser explicado por causas (o compulsiones) ajenas al conocimiento científico, al logos. Cuando la cantidad de sociólogos desborda la capacidad de la organización universitaria para albergarlos, hay que publicar uno o más libros cada año y extender la propia bibliografía, porque este requisito es instrumental en las luchas intra-académicas por un salario.

Conviene aquí recordar que el precedente de Oscar Lewis y de sus biografías "totales", era parte de un estudio general del cambio histórico en la sociedad mexicana. Los individuos cuyo testimonio se obtiene en cinta magnética lo son como ejemplificaciones (personalizaciones) de grupo y de clase social, y estos grupos y clases son significativos sociológicamente en el proceso de cambio histórico de la formación social más extensa que les incluye. Por tanto, hay un análisis de las relaciones del individuo con su grupo o su clase, y del grupo y la clase con la estructura social y el cambio histórico. El individuo mismo es afectado por el cambio histórico, a través del grupo y de la clase.

A su vez, el individuo, y sus descendientes a los que él socializa, van teniendo tomas de conciencia de la clase ^y ^{de} ^{las} relaciones sociales en que están inmersos. La maduración de la conciencia social ^{en el} individuo es correlativa de la maduración de una conciencia de clase, o está en avance, o está en retraso, o marginaliza al individuo.

Los procesos a analizar son cuádruples, y el material biográfico constituye un punto de partida, en ningún caso el objeto sociológico.

En Chile, en los años finales del período de Frei, un sociólogo chileno me expresó su indignación (correcta) por la moda de las biografías a la suite del éxito mundial de los libros de Oscar Lewis. Un angloamericano, docente en Oxford, había publicado una biografía de un adolescente delincuente, habitante del barrio portuario de Valparaíso. Al elegir un déclassé social, el autor no podía tomar los materiales biográficos como referentes empíricos de objetos sociológicos; no había la referencia a procesos sociológicamente significativos para (o en) la formación social, y no podía analizar la lógica que enlaza los acontecimientos personales con procesos sociales. La biografía de un "pelusa" (nombre que se daba a los niños vagabundos en los slums portuarios chilenos) podía ser literariamente interesante. Desde el punto de vista científico no era sino una superchería.

En los objetos sociológicos quedan abstraídos los actores individuales. La identidad sociológica de un actor no es su identidad social, así como ésta no es su identidad documental, i.e., la identidad civil. Las identidades sociológicas son construidas por un proceso selectivo y analítico.

La proximidad entre el ensayo sociológico de materiales biográficos, y la literatura (la novelística), es además engañosa. Porque el buen novelista no refleja directamente la realidad social, sino que la recrea en función de su propia concepción del mundo y de los seres humanos.

La comercialización del ensayismo sociológico exige (por las propiedades de la mercancía) que el autor y su público compartan una subjetividad. La recepción acrítica del lenguaje de los individuos es una de las condiciones de la formación de esta subjetividad compartida. Y, dado que una práctica social produce (o tiende a producir), las justificaciones y valorizaciones de sí misma, esta metodología de extrema simplicidad ha producido su racionalización. Así se nos dice que el científico social se encuentra con los objetos sociales ya organizados por los actores mediante el lenguaje común. Pero los objetos sociales que conoce la gente son, o bien grupos identificables por observación, o bien manifestaciones de la opacidad y la resistencia de "lo social" (i.e., lo que la gente toca como hostil, en las opiniones y los actos de los otros).

Esta vía de realismo acrítico y precientífico produce una cantidad de protosociologías privadas, ajenas a la posibilidad de prueba, incrementabilidad y cumulatividad sistemáticas del conocimiento. Por ello este pseudo-realismo "sociológico" exhibe un estilo expositivo en el que se mezclan los términos existenciales y particulares de la vida cotidiana, con los términos más generales y abstractos. Se usa "la sociedad", en la máxima extensión e indefinición del término; y junto al abstracto "la" sociedad, aparece "la" cultura, o "el" sistema, o "el" poder, universales lingüísticos que reemplazan a los conceptos analíticos (y dispensan de pensar). Ha venido así a realizarse un discurso que fué previsto y condenado por Durkheim:

"... una ciencia que podría satisfacer a los espíritus que gustan pensar con su sensibilidad más que con su intelecto, que prefieren las síntesis inmediatas y confusas de la sensación a los análisis pacientes y luminosos de la razón". (Durkheim, 1895, undécima edición, 1950, p. 34).

La recepción directa y acrítica del lenguaje de los actores es algo tan inadmisiblemente científicamente como si la Patología general, en vez de hacerse con conceptos anatómicos, fisiológicos, bioquímicos,

etc., se hiciera con los lenguajes de los enfermos. La primera condición del científico social es el distanciamiento respecto a los lenguajes de los actores. Las definiciones de situaciones sociales que dan los actores implicados en ellas, han de ser sometidas a una reelaboración crítica. Compartir, por ej., la definición que de una situación hace el político profesional, supone ignorar que una de las funciones de los políticos consiste precisamente en estar definiendo situaciones para endoctrinamiento de sus públicos. La sociología política ha de hacerse con el lenguaje de los sociólogos y no con los lenguajes de los políticos. El sociólogo debe explicar la acción social por sistemas de interacción, no por las motivaciones o sentidos subjetivos que dan los actores.

Si se "reifica" el actor social y se asume en el análisis, sin elaboración crítica, su identidad declarativa, quedan ipso facto negativamente abstraídos las decisiones, los actos, y otros observables, que permiten construir su identidad operativa. El contraste entre lo que se declara y lo que se hace, entre la ideología y la conducta, la representación y la acción, constituye uno de los aspectos más substantivos del análisis sociológico.

Cuanto más diversos y de mayor magnitud son los recursos que controla un actor social, mayor número de roles puede desempeñar y un abanico más extenso de identidades puede asumir. Cada identidad declarativa es parte de una estrategia.

La identidad operativa puede estar en menos de las capacidades potenciales del actor, por subutilización de sus recursos (manifiestos y latentes), o puede estar en más de los recursos que le son propios, en cuanto la tensión social, o el nivel de su proyecto social o político obligan al actor a producir permutaciones de recursos, nuevas combinaciones de ellos, o a movilizar recursos ajenos, insertándolos en su proyecto.

Por todo ello, hay que trascender en el análisis las identidades civiles, jurídicas, y sociales, que se nos dan en su inmediatez. En mi experiencia de investigación consta una confesión que, en un momento de sinceridad, le oí a un ejecutivo de una corporación multinacional. "¿La identidad de las firmas para las que trabajo? De hecho, nuestra identidad es un paquete de estrategias. El paquete contiene cosas diferentes; pero es siempre un paquete".

En consecuencia, una de las reglas del análisis sociológico consiste en no confundir los argumentos con las estrategias. Estas determinan a aquéllos, y los comprenden cuando los generan.

A su vez, los argumentos no están agotados (absolutamente determinados) por las estrategias. Los dos campos conceptuales se solapan parcialmente, se interseccionan. Pues hay argumentos que derivan directamente de las posiciones de los actores, haya o no una estrategia situacional. Ese tipo de argumentos son colectivos, compartidos por numerosos actores, son los slogans y lugares comunes que conocen bien tanto los sociólogos críticos como los dirigentes políticos o económicos.

Un alto funcionario relacionado con la política monetaria en un país en vías de desarrollo y con problemas en su balanza comercial, me decía en una entrevista:

"Cuando un empresario industrial viene a verme, sé la clase de argumentos que voy a oír de él, simplemente conociendo cuatro cosas: si es nuestro deudor o nuestro acreedor (si debe dinero al Estado o somos nosotros quienes le debemos), y si es importador o exportador (de productos intermedios)".

Mi entrevistado había construido una especie de matriz de identidades para clasificar a sus interlocutores, en base a un mínimo de variables "duras" y su combinatoria: deudor / acreedor, y productor-importador / productor-exportador (cruce que da cuatro posiciones y, cabe suponer, cuatro argumentos diferentes sobre políticas monetaria y cambiaria).

De lo que vengo diciendo se sigue la necesidad de diferenciar cualitativamente los estudios de demoscopia o sociografía, de los análisis propiamente sociológicos. Los agrupamientos estadísticos que operan con atributos como edad, sexo, status socioeconómico, residencia urbana o rural, y años de escolaridad, tienen una eficacia bien probada y son portadores de un grado de confianza no solamente por la representatividad de las muestras sino también por la repetitividad de los resultados. Los colectivos estadísticos revelan genuinas identidades sociales, que se manifiestan en orientaciones y opiniones predominantes. Ahora bien, el trabajo de demoscopia o sociográfico está, respecto al análisis sociológico, en una relación de cierta analogía con la que tienen los análisis clínicos respecto a la investigación de biología molecular. Constituyen un trabajo necesario, pero que, una vez rutinizado, deja de ser investigación. Son un nivel que incorpora la rutina científica, y que sólo excepcionalmente puede producir nuevo conocimiento.

Si la sociología tiene como objeto el análisis de la acción

social (o más precisamente, la comprensión de la acción social), resulta que la recogida y clasificación de opiniones están en menos de las potencialidades del análisis sociológico. Éste debe trascender las opiniones, enfrentarse a orientaciones, a valores, y a conductas. Obviamente, la frontera entre ambos tipos de trabajo no es rígida; el trabajo sociográfico admite la innovación, y es el conocimiento de sus límites (por la experiencia) lo que da la base para superarlo. Y asimismo es obvio que las identidades sociales de los colectivos estadísticos, se esfuman cuando se le demanda a la gente que se pronuncie sobre materias que no le afectan, ni en su pasado, ni en su acción presente ni futura, ni les interesan. Hay preguntas tontas, las cuales, sean cuales sean la edad, el sexo, la clase social, dan 1/3 de síes, 1/3 de noes, y 1/3 de no sabe, no responde. Las identidades sociales han desaparecido.

Por ello el análisis sociológico es tanto más interesante cuanto más se centra sobre la acción, y tanto más cualitativo cuanto más opera sobre actores que toman decisiones de un cierto alcance (decisiones en organizaciones, instituciones, sindicatos, partidos, etc).

Como un ejemplo de la construcción de una matriz de variables "duras", paso metódico en la obtención de identidades sociológicas, transcribo aquí un cuadro de dicotomías establecido en un trabajo que está inédito. La variable dependiente contemplada era: orientaciones hacia el conflicto o la colaboración social (o en términos simplificados: conflicto de clases / colaboración de clases). El colectivo a estudiar, gentes que toman decisiones, sea en empresas, sindicatos, o administraciones. La lista revela la distancia conceptual que media entre la demoscopia y el análisis sociológico.

Propietario de medios de producción / No propietario.
 Titular de capital / Asalariado
 Ocupa el cargo con duración indefinida / duración limitada.
 Pertenece al sector público / al sector privado.
 Ejerce autoridad en la organización / no la ejerce.
 Su acción es más bien movilizadora / más bien administrativa.
 Tiene poder de alcance societal / poder sólo local.
 La organización tiene un fuerte esprit de corps / tiene un fuerte turnover (de personal).
 El sector en que opera está en expansión / está estancado o en regresión.
 Transforma poder económico en político / su poder político es recibido (heredado, delegado, etc).
 Su grupo está por la alteración del status quo / está por el mantenimiento del status quo.

Algunas de estas variables son contextuales. Los atributos individuales (estadísticos) importan, pero importan menos que saber en qué procesos sociales se integran las decisiones y las acciones, si la coyuntura es expansiva o regresiva, si los entrevistados forman parte de una classe montante o de una clase que tuvo su momento político o económico y es ahora conservadora o está a la defensiva. Los colectivos estadísticos no son neutros, y los indicadores estadísticos no son intercambiables: hay que situarlos. (Cf. la coincidencia, en este punto, con argumentos diferentes, de un sociólogo no marxista como Erik Allardt, en Stein Rokkan, 1966, 1968, 344-345, y de un historiador marxista como Pierre Vilar, 1961, *passim*). Este tipo de análisis sociológico se acerca, cualitativamente, al análisis histórico. Hay que saber, ex.gr., si el grupo crea riqueza o poder, o si vive a expensas de otros grupos (Pierre Vilar, 1961, 34). Hay que analizar el proyecto y las anticipaciones del grupo, y ver si es capaz de desarrollar un proceso de learning colectivo (como yo mismo he planteado en mi estudio del empresariado catalán, 1966, 1967, en particular la redacción definitiva en la versión española).

En fin, hay que tomar en cuenta que la acción es siempre una síntesis de una diversidad de determinaciones y recursos (manifiestos y latentes, propios y ajenos, pero -- estos últimos-- movilizables por el actor si su proyecto y sus medios lo exigen y le capacitan), y que la síntesis incluye el proyecto del actor, proyecto que es un objeto sociológico por sí mismo (como han mostrado los esquemas de Touraine: proyectos de nivel alto o bajo, gestores de tensiones, incluyentes de otros niveles de acción, o proyectos reactivos, que responden a presiones, etc.).

La sociología que se limita a estudiar las determinaciones que se ejercen sobre los individuos, y considera (implícita o explícitamente) a éstos, y a los grupos, como receptores pasivos, es una sociología que ignora que la acción es siempre proyectiva, orientada a cambiar algún estado de cosas, o a impedir un cambio, o a restablecer un estado anterior.

Por ello la morfología social constituye un nivel primario de análisis. Y por ello las identidades sociales son solamente referentes empíricos para construir identidades sociológicas.

Habrà quien dirá que este tipo de conocimiento sociológico resulta instrumental para los decisores, para aclararles sus propios problemas organizativos y de su entorno. Ciertamente, así es. Cien-

-cia y técnica han sido continuo objeto de apropiación por las clases dominantes, o por las clases montantes que aspiraban a hacerse un lugar junto a, o en vez de, una clase dominante. No es responsabilidad del sociólogo si actualmente quienes ser dirigentes de clases dominadas, son incapaces (unos) de salir del delirio verbal, y se contentan (otros) con arbitrar entre los intereses coyuntural o circunstancialmente contradictorios de las propias clases dominantes.

La sociología de una sociedad ideal no es substitutivo histórico de la lucha real, que exige organizaciones y recursos.

La sociología que conoce solamente conciencias reflejas, seres humanos receptores pasivos de la estructura social, que les domina y determina, no puede funcionar como sociología revolucionaria.

La primera contempla, en el mejor de los casos, puros proyectos. La segunda no conoce que los hombres son sujetos de la acción, y los reduce a objetos de la sociedad.

La acción social comprende constantes, y cambiantes, síntesis de determinaciones, recursos, y proyectos. Y comprende asimismo las tensiones entre determinaciones y recursos, entre determinaciones y proyectos, y entre recursos y proyectos.

Todo esto tan obvio y fundamental, ha sido olvidado por las ideologías de la tribu, sean en forma de oposición abstracta entre individuo y sociedad (un tema ideológico pre-sociológico), sean por la elaboración de sociologías de una sociedad ideal.

Como aplicación práctica de estos principios (que no son ~~ninguno~~ apriorísticos, sino producto de la confrontación de discursos teóricos e ideológicos con la experiencia del trabajo de campo), en el documento inédito que antes cité (un texto de 1981 para un organismo estatal español) yo procedía a ejemplificar procesos que hay que observar en el análisis de la acción de un grupo de decisores:

- la tendencia a la concentración u oligopolización de las organizaciones, *en que trabajan;*
- la dependencia respecto al aparato estatal, o la influencia sobre él,
- el carácter más bien abierto de los canales de negociación, o la necesidad de recurrir a negociadores intermediarios,
- si las formas preferenciales de negociación transitan por el regateo y el contractualismo o por la presión y el conflicto,

como giv ad calde

-cia y técnica han sido continuo objeto de apropiación por las clases dominantes, o por las clases montantes que aspiraban a hacerse un lugar junto a, o en vez de, una clase dominante. No es responsabilidad del sociólogo si actualmente quienes quieren ser dirigentes de clases dominadas, son incapaces (unos) de salir del delirio verbal, o se contentan (otros) con arbitrar entre los intereses coyuntural o circunstancialmente contradictorios de las propias clases dominantes.

La sociología de una sociedad ideal no es substitutivo histórico de la lucha real, que exige organizaciones y recursos.

La sociología que conoce solamente conciencias reflejas, seres humanos receptores pasivos de la estructura social, que los domina y determina, no puede funcionar como sociología contribuyente a una mutación histórica (sea revolucionaria violenta, o de otra clase).

La primera contempla, en el mejor de los casos, puros proyectos. La segunda no conoce que los hombres son sujetos de la acción, y los reduce a objetos de la sociedad.

La acción social comprende constantes, y cambiantes, síntesis de determinaciones, recursos, y proyectos. Y comprende asimismo las tensiones entre determinaciones y recursos, entre determinaciones y proyectos, y entre recursos y proyectos.

Todo esto tan obvio y fundamental, ha sido olvidado por las ideologías de la tribu, sea en forma de oposición abstracta entre individuo y sociedad (un tema ideológico pre-sociológico), sea por la elaboración de sociologías de una sociedad ideal.

Como aplicación práctica de estos principios (que no son apriorísticos, sino producto de la confrontación de discursos teóricos e ideológicos con la experiencia del trabajo de campo), en el documento inédito que antes cité (un texto de 1981 para un organismo estatal español) yo procedía a ejemplificar procesos que hay que observar en el análisis de la acción de un grupo de decisores:

- la tendencia a la concentración u oligopolización de las organizaciones *en que trabajan;*
- la dependencia respecto al aparato estatal, o la influencia sobre él,
- el carácter más bien abierto de los canales de negociación, o la necesidad de recurrir a negociadores intermediarios,
- si las formas preferenciales de negociación transitan por el regateo y el contractualismo o por la presión y el conflicto,

- si las organizaciones son usadas instrumentalmente, y el actor social dispone alternativamente entre varias de ellas, o si el actor debe concentrar recursos en mantener su única organización (el caso de no pocos sindicatos obreros),

- si el lenguaje de los actores revela que usan la ideología como un instrumento, o si la ideología es mera representación,

- datos históricos: cómo el actor realizó el paso del nivel organizacional privado al institucional público; cómo el actor consigue o produce la legitimación social de su poder (i.e., que su poder no sea percibido como faccional o ilegítimo),

Etc.

Construir sociológicamente las identidades de los actores, requiere partir de la doble dimensión del actor: como un compuesto (por combinatoria de atributos y propiedades, analíticamente seleccionadas), y como un componente (de campos de poder, autoridad, influencia, etc).

6. - La prueba de la historia.

Mi primer contacto con "la Gran Teoría" (según el término más bien sarcástico de C. Wright Mills) fué en septiembre de 1960, en un seminario sobre Welfare State en Copenhague. Moviendo los hilos del symposium en conversaciones en despachos adyacentes al salón de sesiones, o en torno a una mesa de restaurante, estaba Edward Shils. Un día me llamó aparte para hacerme una crítica de un paper que yo había presentado (y que se titulaba 'La constelación de la indiferencia', y que había circulado en versión inglesa; texto que sigue inédito en español). Shils me dijo que la teoría sociológica estaba prácticamente hecha (mapeada: mapped), y que lo que había que hacer era aplicarla en la investigación. Viendo el juicio retrospectivamente, creo que el término empleado por Shils era correcto; pues lo que Parsons y sus colaboradores (entre ellos, ^{el} propio Shils) habían hecho, era en realidad una topología.

La desagregación del sistema social en subsistemas, y la teorización de las relaciones entre las partes, y entre el todo y las partes, facultaba al investigador para situar, en territorios de análisis bien definidos, sus problemas de selección de los units a estudiar.

Lo que la Gran Teoría no procuraba al investigador era una guía de las áreas particulares de análisis, y mucho menos una argumentación sobre los métodos (técnicas de análisis) más pertinentes en función de los problemas teóricos.

Bajo un punto de vista más bien primario, la Teoría general parsoniana era portadora de una garantía de cientificidad desde el momento en que estaba articulada a partir del concepto de sistema. Una propiedad de la vida social consiste en que transcurre en forma de recurrencias y regularidades. Predicar que las recurrencias y regularidades son sistemáticas, no era sino una deducción lógica. Usar sistema social, y subsistemas, en lugar del abstracto general sociedad, aparecía como un considerable avance cognitivo. Es más: los sistemas sociales, predicados analíticos de las sociedades, revelan unos órdenes cuyos referentes empíricos están en la propia vida social. La reproducción de una sociedad comprende la continuidad de hábitos, pautas de comportamiento, valores, relaciones sociales, económicas y políticas. La reproducción social y la reproducción cultural son posibles gracias al soporte material de la reproducción de la población, pero ésta implica al mismo tiempo una amenaza contra aquéllas. La renovación generacional de la población implica una destrucción cultural (la cual es una de las dimensiones de la historicidad). Por consiguiente, la Teoría general parsoniana era asimismo percibida como realista (y no sólo como conservadora) en la medida en que integraba una sobredeterminación cultural.(+).

/Nota 1
al pié/

Una Teoría general de la acción que no descansase sobre los postulados del utilitarismo económico, ni sobre la dogmática naturalista de las motivaciones humanas (incluido el freudismo), aparecía también como un fundamento científico de la sociología. La especificidad de lo social desaparece en ambos casos (cuyo fundamento común es el individualismo).

No creo que sea excesivo decir que durante un cierto periodo todos hemos sido parsonianos (de modo similar a como, en el ámbito cultural alemán entre 1815 y 1848, se era generalmente hegeliano). Éramos parsonianos a causa de una idealización de su sistema, basada en una extensa ignorancia de los textos más difíciles. En principio, Parsons y su grupo no eran unos reduccionistas, y tampoco eran (o eso creíamos) unos sobredeterminadores idealistas (o lo eran en un único aspecto, el cultural). (++)

/Nota 2
en 29 bis/

(+)

(En la literatura de la época, incluidos los pensadores de lengua española en el exilio en América, estaba firmemente arraigada la imagen jerárquica. La población (Naturaleza) da a la sociedad existencia; los valores compartidos (Cultura) le dan consistencia y permanencia.)

=====

2ª Nota, del pie de la pag. 29

=====

(++)- Reduccionismo y sobredeterminación son operaciones intelectuales opuestas y correlativas. En la historia de la teoría social no siempre los autores que las practican son deliberados en su uso. Es obvio que muchos de los reduccionistas del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX, creían que estaban encontrando las "causas" de fenómenos sociales y que hacían obra científica (en el campo de su concepción de la ciencia). El término reduccionismo tiene una aplicación unívoca y poco problemática cuando hacemos referencia a esos reduccionismos, el étnico o racial, el geográfico, el psicológico, etc, casi todos ellos naturalistas. Hay que recordar que Parsons, en su tratamiento de la especificidad de lo social, establece límites precisos para la Psicología, ciencia que tiene su objeto en los comportamientos humanos que derivan de las bases hereditarias de la personalidad, ciencia general de la motivación humana (1937, c.19; 1954, 235). El término reduccionismo tiene una aplicación más problemática (lo que no quiere decir incorrecta; lo que quiero significar es que se inscribe en un bloque de problemas) si un autor que está haciendo una sobredeterminación de lo social, oculta o niega la operación defendiéndose de hacer un reduccionismo. En una ocasión por lo menos, Parsons siguió este procedimiento.

Para no pocos sociólogos americanos que trabajaban dentro del campo de hegemonía teórica del sistema parsoniano, cultura no es un concepto que designa un nivel emergente sobre el social, sino un prerrequisito del nivel social.

Así Jackson Toby (1964, 82): "Culture is a prerequisite for sustained systems of interaction" (...) "Culture is the cement that holds systems of interaction together".

Las dos aserciones aparecen en la misma página, a pocas líneas de distancia, aunque reenvían a especificaciones teóricas diferentes de la relación entre el nivel social y el cultural.

Un ejemplo claro de reduccionismo del nivel cultural a un nivel no social, es el punto de partida metódico adoptado por H. G. Barnett en las páginas iniciales de su teoría de la innovación:

(sigue texto en 29 TERZ.)

24 Terzo

"Todos estarán de acuerdo, supongo, en que los hechos culturales son intangibles. No pueden ser identificados con objetos, aunque a veces originen objetos. Son y deben ser ideas. Sólo de este modo es posible la continuidad de una tradición cultural, pues sillas, mesas, y formas de gobierno, ni procrean ni causan a sus semejantes (...) Resulta por consiguiente difícil comprender cuáles pueden ser los materiales del científico cultural, a menos que estén compuestos de las representaciones inmateriales de aquellos objetos y conductas. Y debe ser asimismo verdad que el único lugar posible para la existencia de representaciones es el espíritu (mind). Además, el único sistema de inter-relaciones que puede desarrollarse entre esos modos mentales de las cosas, toma forma de acuerdo con las potencialidades de la acción mental. En otras palabras: las ideas interactúan con las ideas de acuerdo a leyes psicológicas..." (H.G. Barnett, 1953, p. 11).

Por suerte, H.G. Barnett se permitió, a lo largo de su obra, ser infiel al reduccionismo psicológico, y sus análisis constituyen todavía hoy una poderosa, y rigurosa, y probablemente la mejor, teoría de la innovación cultural.

[Fin de la nota]

Dicho esto, y una vez constatado que este cuerpo de teoría fué hegemónico durante algo más de veinte años (en los países anglosajones y en los ámbitos culturales periféricos o satélites de las universidades americanas, desde Munich a Buenos Aires), la cuestión realmente asombrosa con él es la rapidez con la que se derrumbó. En 1960 estaba en su acmé; en 1970 el propio Shils contribuía con un artículo a un número monográfico de la revista londinense Encounter sobre la crisis de la sociología. En la medida en que la historia es el banco de prueba de las cosas, el cuerpo parsoniano no resistió la prueba. (Si bien queda todavía algún fiel discípulo, que puede decir que la Historia (con H mayúscula) a la larga será justa, y que la injusta no es ella sino la política).

Sobre el contexto social (político e histórico) del derrumbe del edificio teórico parsoniano, me referiré brevemente en la sección III. Aquí importa retener ahora algunos aspectos de la crisis científica. Es ya característico de la situación de la disciplina que se personalizase (por los públicos universitarios) el derrumbe del edificio parsoniano, de modo que el acontecimiento era más bien la obra, directa o indirecta, de sociólogos que estaban a extramuros, que el efecto de las carencias del propio sistema una vez que, por su situación hegemónica, se pidió de él mucho más de lo que podía dar (i.e., en la investigación empírica y en su extensión a temas no contemplados en el proceso de construcción del sistema). Esa personalización la resume bien el rasgo de humor del estudiante judío que decía que el Goal-attainment del dios Parsons había quedado fallido (failed) por "the three gifted godless gurus: Goffman, Garfinkel, Gouldner".

Había en operación otras razones, de las cuales las personas de los sociólogos son mediadoras.

La crítica del sistema ha sido hecha tantas veces, y por tanta gente, en los años entre 1960 y 1970, que sería presunción añadir algo original, y tedioso el repetirla. (La crítica es, además, tan extensa como la propia obra de Parsons; dar cuenta de una y otra exigiría una faena de equipo y un tiempo generoso). Ahora bien, hay cuestiones imbricadas en el hundimiento del edificio teórico parsoniano, que no eran (ni son) circunstanciales y que afectan a toda la empresa de la sociología. No fué una teoría la que, simplemente, dejó de estar vigente, y unos libros los que dejaron de ser estudiados. Ninguna reconstrucción teórica ha venido a substituirlos (a pesar de los no pocos intentos) y la crisis del estructural-funcionalismo en su versión parsoniana fué de hecho el anticipo de la crisis general, y más profunda, de toda la disciplina.

Distinguiré en grueso (obligado por límites de espacio, si bien el tema es central en la finalidad de este ensayo), cuestiones substantivas, cuestiones teóricas, y cuestiones técnicas.

Cuestiones substantivas: Como ha repetido recientemente Jiménez Blanco (1985, 196) la obra de Parsons propondría una síntesis de la acción social, en cuyo análisis no se plantee la vieja oposición entre grandes sujetos colectivos y la acción de sujetos abstractamente individuales. En otros términos, la obra de Parsons se propondría la síntesis de los niveles de análisis macro y micro. Si se consideran las cosas con rigor, este abordaje ha de ser constitutivo de toda teoría social. Es la especificación de las relaciones entre el nivel micro y el nivel macro lo que diferencia a las teorías. Solamente los idealistas fideistas creen que la historia (ésto es, las objetivaciones de las acciones humanas) la hacen los conceptos o un espíritu transplanetario; y solamente los individualistas solipsistas consideran innecesario pensar en sujetos colectivos. Los hombres son los que hacen la historia, bajo condiciones que ellos no han elegido, dice Marx (al que se imputa, arbitrariamente, el atributo de colectivista máximo). Los hombres ejercen una constante, y cambiante, síntesis de las acciones que quieren con las que pueden. Esto es válido para la sociología y para la economía y para otras ciencias sociales. "Si no existiesen determinaciones, no habría ciencia económica, y se escribirían novelas económicas" (Tinbergen, J., 1954, 368). Por tanto, el requisito de hacer una síntesis de los niveles macro y micro es general, y no lo creo merecedor de una evaluación particular como el fiat que distingue a Parsons. Lo que es substantivamente significativo es conocer cómo están construidas y especificadas, y con qué direccionalidades, las relaciones entre el nivel micro y el nivel macro.

Usando un lenguaje complicado, oscuro, y que (como en no pocos textos de Weber) hay que estar traduciendo lentamente a términos más transparentes y menos cargados semánticamente, la obra de Parsons y su grupo revela una gran consistencia y continuidad. Veamos algunas proposiciones fundamentales:

"Toda acción es relacional" (1957, 35).

"Toda acción (...) implica dos referencias, una al polo de la situación y otra al polo de la orientación" (1957, 36). (Dicho más sencillamente: todo actor, individual o colectivo, se halla en una situación y está motivado por una, o unas, orientaciones).

"Un sistema de acción es un sistema de relaciones entre actor y situación" (1957, 36).

"Sólo actores en interacción constituyen un sistema social" (Only interacting actors constitute a social system; 1957, 11).

"Una colectividad (collectivity) es un tipo especial de sistema social, el cual se caracteriza por la capacidad de 'acción concertada'. Esto implica la movilización de los recursos de la colectividad para alcanzar fines específicos y habitualmente (usually) explícitos, e implica también la formalización de los procesos de decisión por cuenta de la colectividad como un todo" (1957, 15).

"Todo sistema social funciona en una situación definida como externa a él" (1957, 17).

"Un sistema social se caracteriza siempre por un sistema ~~ins~~-tucionalizado de valores. El primer imperativo funcional del sistema social es mantener la integridad de este sistema de valores y su institucionalización". (1957, 16).

"Las relaciones con la situación son problemáticas. De aquí emerge un interés generalizado (sic) en establecer e incrementar control sobre la situación" (1957, 18).

"El sistema debe 'buscar' ('seek') fines controlando elementos de la situación" (1957, 17)

"Un fin / goal state/ es una relación (subr. orig.) entre el sistema y uno o más objetos situacionales, la cual maximiza la estabilidad del sistema" (1957, 17). (En otros términos, el sistema tiene el imperativo funcional de alcanzar esos fines. Este es el segundo imperativo funcional).

(Resumo:) El tercer imperativo funcional es la adaptación. Definición de adaptación: "Manipulación del entorno en interés de la consecución de fines" (Goal-attainment) (1956, 404).

"El cuarto imperativo funcional para un sistema social es 'mantener solidaridad' en las relaciones entre elementos (units) (1957, 18).

"Hay que distinguir entre los elementos pertenecientes a la situación de la acción, y los pertenecientes a la orientación de los actores" (1957, 35).

"El funcionamiento de un elemento en un sistema de interacción depende en última instancia de la motivación de los actores individuales participantes en el elemento" (1957, 50).

"El uso (expenditure) de energía motivacional es unidireccional" (1956, 405).

(Resumo:) Para mantener el sistema en relación a su entorno, el sistema debe proveer un máximo de gratificación a sus miembros; una parte de la energía motivacional debe dirigirse a resolver problemas de adaptación, problemas integrativos, y problemas de gestión de tensión. (1956, 405).

La acción no puede ser simultáneamente maximizada en todos estos puntos (1956, 405). "Todo sistema social debe, como una condición de

equilibrio, alcanzar una solución relativamente satisfactoria en sus cuatro problemas básicos. La maximización en relación a los cuatro, simultáneamente, es imposible" (1957, 46 - 47).

"Las sociedades totales tienden (tend) a diferenciarse en subsistemas, los cuales se especializan en cada una de las cuatro funciones básicas" (1957, 47).

De aquí se sigue la diferenciación entre subsistema económico (resuelve los problemas de adaptación al entorno), subsistema político (asegura que la sociedad pueda, y sea capaz, de alcanzar sus fines), subsistema integrativo (de las relaciones entre elementos del sistema), y subsistema de mantenimiento de valores institucionalizados (relaciones intra elementos, o en otros términos, interiorización de los valores y control de las disfunciones).

Cada uno de los subsistemas forma parte de la situación de los otros tres (1957, 51). (Aserción fundamental).

Estas proposiciones significan, en el nivel micro, que las relaciones sociales que forman sistema, se mantienen en tanto que:

- (i) los actores las necesitan para realizar unos fines;
- (ii) estos fines satisfacen sus motivaciones;
- (iii) una parte de la energía de los actores se consume en la conservación de las relaciones, y transitivamente, del sistema,
- (iv) los actores eligen entre estrategias, según deseen, o necesiten, maximizar uno u otro aspecto. La acción es siempre selectiva.

Dados estos postulados, la noción de sistema es siempre funcional e integrativa. Las hipótesis para la investigación empírica han de ser conservativas de los sistemas. Parsons ha tomado de la sociología alemana dos grandes, fundamentales, ideas. Una, procede de Toennies. En la construcción de los tipos de vínculo social, que son voluntarios de los actores, se toman solamente en cuenta las orientaciones positivas (i.e., las que constituyen vínculo social, sea de naturaleza comunitaria, sea de naturaleza asociativa). La otra gran idea procede de Simmel. En la sociedad actual los grupos sólo pueden realizar sus fines en colaboración a otros fines de los grupos con los que interactúan. (Esta idea, de una importancia capital, reemerge discontinuamente en la teoría sociológica post-parsoniana, sin citar su origen en Simmel; cf. Martin Albrow, 1968, y sobre todo M. Crozier et al., 1977, 1981).

De esto se sigue que el actor se determina, en parte, a sí mismo, por la naturaleza de las relaciones sociales en que entra. En vez de ser determinada su acción por un contexto, exterior a él, lo que el actor hace es construir una situación. (La diferencia entre contexte

y construct es uno de los postulados analíticos explícitos en Crozier; cf. 1981, 391 y sigs.). La situación es co-construida por varios actores, y cada uno tiene su definición de la situación. El concepto de definición de la situación por el actor, lo tomó Parsons (y lo reconoce explícitamente) de W. I. Thomas (cf. Parsons, 1954, 29, 145, 234). Pero esta capacidad de definir la situación no es ni arbitraria ni discrecional. Los actores definen sus situaciones institucionalmente, i.e., en términos pautados por la cultura que les incluye. Ésta pone asimismo límites a la acción social, en cuanto prohíbe (excluye) no sólo ciertas acciones, sino también ciertas definiciones de la situación.

Con todo, la situación es susceptible (pasible) de ser manipulada adaptativamente por los actores.

Los contenidos normativos culturales (sistema de valores) se constituyen, analíticamente hablando, bien en la variable independiente (determinación directa del comportamiento por las especificidades del subsistema cultural), bien en una variable interviniente (que modula la determinación entre las variables independientes y la variable dependiente o variable "final" a explicar).

Creo que este esquema es bastante transparente, y que el complejo y prolijo edificio parsoniano oscureció con una argumentación innecesaria (como todas las idealistas) lo que en el fondo es intelectualmente sencillo (si se lo piensa con orden y tiempo).

En los textos primerizos de Parsons el lenguaje es más claro. En su ensayo de 1938 (The Role of Ideas in Social Action, cf. reed. 1954, p. 20) está dicho con una admisible claridad: se trata de tomar las ideas como variable independiente (sic) en la determinación de la acción social.

(En otros términos: se trata de la operación contraria a la habitual en la sociología, más o menos influida por Marx o por Mannheim, que deriva las ideas de la estructura social).

Un exámen más pormenorizado nos lleva a la conclusión de que, en la concepción de Parsons, la acción social debe ser explicada por una síntesis de las situaciones con las orientaciones de los actores. Las orientaciones pueden ser clasificadas científicamente, en un sistema de pares dicotómicos (universalidad / particularismo, orientación hacia el yo / orientación hacia la colectividad, especificidad funcional / inespecificidad funcional, afectividad / neutralidad afectiva, ascription / achievement, luego cambiada, o incorporada, al quinto par, quality / performance).

De estos cinco pares, dos (el primero y el quinto) conciernen criterios para la categorización de objetos (o dicho más sencillamente: conciernen la definición de los componentes de la situación, extra-actor), en tanto que los pares tercero y cuarto conciernen a la actitud del propio actor (i.e., hacen referencia a variantes intra-actor). (Este agrupamiento-diferenciación es una reelaboración de criterios establecidos antes de Parsons por Thomas y Znaniecki; cf. Parsons, 1954, 357).

En mi evaluación, esta clasificación de variables es la aportación más efectiva de Parsons a la posibilidad de una sociología científica. Y no es sorprendente que una gran parte de la investigación empírica se haya concentrado en observar comportamientos de actores bien sea asumiendo las dicotomías parsonianas, bien validándolas. Cada dicotomía construye un espacio cognitivo, y lo cierra, con solos dos términos. Esta es su fuerza. Hay aquí un verdadero sistema cognitivo, y es un sistema cerrado (en el sentido de Max Gluckman & Ely Devons, Closed Systems and Open Minds, 1964). Los actores (en este espacio cognitivo son actores siempre individuales) están orientados, o bien hacia el egoísmo o bien hacia la colectividad, o bien por el particularismo o el universalismo, son afectivamente tensos o son afectivamente neutros, etc.

Ahora bien: a pesar de toda la argumentación de Parsons sobre la especificidad de lo social respecto a los sistemas de la cultura y de la personalidad, el sistema de variables lo que revela es precisamente lo contrario: la completa penetración de este sistema por los otros dos. La 'puesta entre paréntesis' de la psicología como ciencia que trata de las bases hereditarias de la personalidad y de la estructura motivacional de ésta, no era más que una ficción argumental.

De hecho, la sola variable propiamente sociológica es la del quinto par, Quality / Performance, en la medida en que es una reescritura de la dicotomía Input / Output : lo que el actor pone en el sistema y lo que obtiene, como rendimiento, de él.

Es más: el cuerpo teórico general acepta, para la explicación de la acción, las definiciones de situación que hacen los propios actores. Para la categorización de las situaciones, Parsons no ofrece un sistema cognitivo firme y analítico como para la categorización de las orientaciones.

Y este es uno de los dramas de la sociología como empresa científica, y no solamente de la sociología parsoniana. O bien la sociología trata del actor (y recae en psicología), o bien trata de la organización social (y práctica, sea ^(a) un reduccionismo económico de la organización social a sus bases socioprofesionales o en clases sociales, sea ^(b) una sobredeterminación cultural de la organización social por los valores), ^(c) trata (y entonces es genuina sociología-ciencia) de o por fin

las relaciones entre organización social y actores, como presupuesto para la explicación de la acción social.

La definición de la situación por los propios actores es un objeto a investigar. Y los constructs de los actores son fenómenos a investigar, referentes empíricos para los constructs analíticos que debe hacer el sociólogo.

Claro es que los actores definen situaciones con materiales que encuentran en su entorno ideológico. No puede ser de otro modo, porque vivimos en espacios, y tiempos, sociales y culturales. Esta conexión no implica, a mi entender, ninguna síntesis analítica satisfactoria, científicamente hablando, entre el nivel micro y el nivel macro.

Dicho en otros términos: después de Parsons nos hallamos como antes de él: en el problema que presenta para todo científico social, no sólo sociólogo, el hecho de que los "objetos sociales" aparecen ante nosotros como organizados ya por los propios actores, con sus lenguajes.

De esta dificultad era consciente Spencer, lo era Marx, lo era Mannheim, lo es Touraine, y es una dificultad todavía no superada.

La explicación de la acción social por la relación actor / situación, es insuficiente. Entre los dos términos hay numerosas mediaciones: el modo de implicación en una situación (Mannheim), la imágenes o codificación de la situación, proceso selectivo, por el actor, de la información contenida en la situación (Boulding); el sistema de relaciones sociales en que el actor está implicado (Touraine); la estructura de relaciones por las que se opera el tránsito de la implicación a la movilización (S.F. Nadel), etc.

Además, los actores se diferencian por sus recursos. No está en la capacidad de todos el manipular la situación; si bien, de hecho, existen modos de adaptarse a ella, intra-actor; ésta es una de las funciones de la ideología. Ideología = codificación de la situación en términos que la racionalizan.

Dicho todo esto, en el propio diseño parsoniano estaban admitidos (como latentes) los comportamientos destructores. Parsons siempre consideró la energía motivacional como bifronte, a la vez necesaria para la performance social, y nociva para la integridad del sistema social y la institucionalización del cultural. La renovación de la población trae nueva vida, pero con ella trae la muerte (afortunadamente selectiva) para una parte de los elementos de sociedad y cultura. De aquí la aspiración clásica a bloquear la organización social. Aspiración que se renueva, en otro contenido, en las utopías modernas de la organización social última y perfecta. Y de aquí la parte de razón que le asiste a Gouldner en su conexión entre Platón y Parsons. Parsons es un teórico del orden cultural estable, como Platón lo fue de un orden político a la vez comunitario y jerárquico.

Si se produce una situación de pluralidad de sistemas de valores, que están en relaciones conflictivas, o se produce una situación de coexistencia entre algún sistema de valores y alguna de las formas del nihilismo, o en fin, se produce una situación de un nihilismo generalizado que coexiste con el utilitarismo individualista, los actores quedan libres de ejercer estrategias no contempladas por la estructura normativa de los sistemas de acción. Cada actor trata de manipular la situación, en la medida de sus recursos, o si ello no le es posible, y la situación no le es existencialmente necesaria, trata de romperla o salirse de ella.

Alternativamente, el actor asume la situación como una representación escénica, y juega en ella como en una pieza de teatro. Es la hora del cinismo desnudo, por una parte, junto al poder desnudo, por otra.

Como he escrito en otro lugar:

"El desarrollo del pensamiento estratégico es una manifestación de la crisis social y de la crisis de la sociología. En el plano societal, cada vez funciona de modo más precario la integración social por los valores. En el plano intelectual, la ciencia social es cada vez más inhumana y cada vez menos una ciencia del hombre y para el hombre. Lo que hoy interesa a los actores sociales es una determinada clase de conocimiento que incremente las posibilidades de éxito en una acción dada. Desde el nivel del municipio, hasta el sistema político mundial, hay actores trabados en complejos sistemas de partición, cooperación y conflicto. Un control social disputado entre grupos de estrategias-programadores implica una sociedad regida por un racionalismo amoral".

(Inédito, E.P.L.-H., Sobre la interdependencia entre sociología política y sociología de las relaciones económicas internacionales, 1981). (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas).

Con ésto hemos llegado nosotros también al nivel macro. Procede ahora examinar la crisis científica en este nivel, a partir de los supuestos particulares de la Gran Teoría parsoniana, para alcanzar luego la generalidad de la disciplina.

Entre mediados del decenio de 1930 y finales del decenio de 1940, Parsons contempló tres sistemas: el de la cultura, el de la personalidad, y el sistema social propiamente dicho. A partir de 1951 el sistema social se transformó en el sistema incluyente de unos subsistemas: adaptativo (subsistema económico), realizador de las capacidades para los fines colectivos (subsistema político), subsistema de solidaridad (o integrativo inter-actores), y subsistema de gestión de tensión e institucionalización de valores (intra-actores).

A partir de este diseño, la obra de Parsons fué desarrollando

proposiciones, hipótesis y sugerencias sobre los 'pasos de frontera' entre los subsistemas, o dicho más llanamente, sobre las interacciones entre subsistemas, cuya base empírica son las que se dan entre actores. En este nivel los actores son, en gran medida, colectivos, con procesos de decision-making formalizados e institucionalizados. (En otros términos, los actores son, en gran medida, organizaciones, las cuales crean sus propios reglamentos y se rigen por normas legales). La construcción teórica establece un espacio a 4 dimensiones, en el que circulan energía motivacional, interacciones, bienes y servicios, normas legales, valores.

Este ordenado diseño constituye más bien una topología, la construcción de un espacio cognitivo, que una teoría sociológica propiamente dicha. La Gran Teoría deviene in fact una metateoría.

En este aspecto creo que Shils estaba en lo cierto al decir que el territorio se hallaba mapeado definitivamente.

Ahora bien, queda en pie la cuestión, científicamente capital para una ciencia que no sea mera especulación, de la direccionalidad de las determinaciones.

Recordemos la proposición que dice que cada uno de los subsistemas forma parte de la situación de los otros tres.

Esto es el modo que tiene Parsons de resolver el enigma del todo y de las partes, y de la parte que se constituye en todo.

Tal enigma no se planteaba cuando el sistema social era un sistema propio al lado de los sistemas de la cultura y de la personalidad. Una vez que el sistema social se transformó en el todo incluyente, resultó lo siguiente: prima facie Parsons estaba rindiendo el máximo homenaje a la sociología y ésta se hallaba de nuevo (como en un periodo de la obra de Comte) en el ápice de la jerarquía de las ciencias. Y sin embargo, al mismo tiempo desaparecía la especificidad de lo social.

Dado ese diseño, ningún análisis empírico puede limitarse a poner en relación a un actor con una situación en su propio subsistema, puesto que la situación debe ser asimismo construida con elementos de los otros tres subsistemas. Cada subsistema puede suministrar a la vez variables independientes y variables intervinientes (siendo, por hipótesis, la acción social la variable a explicar o v. dependiente). Toda acción cultural incluye aspectos económicos y políticos; toda acción política incluye aspectos económicos y culturales, etc. Desde un punto de vista topológico esta red es rica y compleja y va derecha a aprehender la pasmosa diversidad y plurifuncionalidad de la acción social. Desde el punto de vista de la cognición científica este diseño no es mucho más que una reelaboración de algo que sabemos desde Montesquieu: que todo está relacionado con todo.

El sistemista francés Yves Barel echa mano de una analogía de la matemática topológica para darnos una imagen de este problema del sistema social que funciona a la vez como envolvente y envuelto. Dice Yves Barel en Le paradoxe et le système (1979) que es como una cinta de Moebius, en la cual el exterior deviene interior y recíprocamente.

En términos más llanos, podemos usar el dictum común francés que dice que le tout est dans le tout et réciproquement (cosa que gustaba de usar el ministro Couve de Murville cuando volvía de Bruselas a París después de alguna tormentosa, inacabable, discusión política o económica, o ambas, en las instituciones de la C.E.E.).

Y con todo, la cuestión no es baladí. Los althusserianos tuvieron que inventarse toda una complicada estructura de "regiones" y de "articulaciones" entre "regiones". Estos dos términos devinieron de uso ubicuo en París y en todas las universidades del mundo satélites de la especulación abstracta francesa, los términos favoritos desde finales del decenio de 1960 a finales del de 1970. Cada "región" tenía su propia "teoría regional" (sic) relativa a alguna clase de relaciones (políticas, jurídicas, etc), i.e., entre el todo y las partes y viceversa. Y, dado que en una sociedad histórica (base empírica de los subsistemas y de su agregación social) hay partes que están más bien atrasadas y otras que están adelantadas, o en el lenguaje de la tarta a la crema de la "modernización", hay partes arcaicas y partes modernas, los althusserianos chocaron con el no pequeño problema del tiempo social a diferenciar del tiempo histórico. Cada "región" tenía una especie de reloj blando, como los que aparecen en los cuadros de Dalí, y cada reloj marcaba una hora distinta; era su imagen onírica de las asincronías entre las "articulaciones". Quienes hemos tenido en París, entre nuestros alumnos, a fervorosos althusserianos, podemos dar cuenta de a qué logomaquia conduce el sueño de la razón.

Recientemente, en términos más sensatos y caseros, en España ha sido Miguel Beltrán quien ha aludido de nuevo (1985, 8) a este problema del objeto de conocimiento sociológico:

"Un objeto de una complejidad inimaginable, (...) que impone la penosa obligación de examinarlo por arriba y por abajo, por dentro y por fuera, por el antes y por el después, desde cerca y desde lejos; pesarlo, contarle, medirlo, escucharlo, entenderlo, comprenderlo, historiarlo, describirlo y explicarlo; sabiendo además que quien mide, comprende, describe o explica, lo hace desde posiciones que no tienen nada de neutras".

Hay que añadir, un objeto que viene condicionado por las expectativas de las organizaciones e instituciones que encargan y financian las investigaciones (como bien recuerdan en su ensayo Estruch y Cardús). Condicionamiento que queda, en parte, satisfecho precisamente cuando en el texto final de un estudio resulta que todo se halla mezclado, lo social y lo cultural, lo psicológico y lo económico, lo individual y lo colectivo, pues se piensa que hay que vender un cuadro que sea una síntesis vital. (Con desprecio por el hecho de que no cualquier síntesis es válida científicamente; una síntesis debe resultar de un trabajo analítico previo, y este análisis nos dirige hacia una determinada síntesis y no otras).

Para los lectores de buena fé en las organizaciones que financian las investigaciones, la riqueza y multiplicidad de los puntos de vista son una aparente garantía de la objetividad de los estudios. Pero la acumulación de puntos de vista tiene poco de coherente con las exigencias de la explicación científica, la cual requiere economía metodológica, análisis, elegancia lógica, poder explicativo, y simplicidad. La tarea del científico consiste en explicar lo heterogéneo múltiple por lo simple racional.

Karl Mannheim se enfrentó, hace ya decenios, a este problema de la investigación sociológica, explicitándolo desde el ángulo de la (por él llamada) sobrecausación de los fenómenos:

"...un fenómeno determinado es explicable en varios planos convergentes de causación (...) ¿Qué podemos decidir ante tal redundancia causal? (...) Olvidamos los orígenes múltiples de la acción y (...) tenemos la impresión de que el fenómeno queda sobreexplicado (...) No hemos descubierto la diferencia entre la serie necesaria de agentes causales, por un lado, y la clasificación abstracta de motivos aleatorios por otro, metiéndolos todos juntos en el mismo paréntesis sin tener en cuenta si son funcionalmente pertinentes o no. Así cuando reunimos las "causas" psicológicas, sociológicas, económicas y políticas del mismo acontecimiento, quedamos confundidos por el hecho de que tenga más causas de las funcionalmente necesarias". (Karl Mannheim, 1931, 1957, 118-119).

Más cerca de nosotros, Alfred Grosser se ha hecho asimismo problema (para el cientista político) de este aspecto de sobrecausación de los fenómenos (Grosser, 1972, 83 - 125) resultado de la inexistencia de una teoría heurísticamente pertinente.

Por ello las modas de Gran Teoría se suceden como reactivas: cada una nace como reacción contra las carencias de la anterior, despierta un gran entusiasmo en el periodo en que emerge y es conocida, y vendida, como la verdadera y definitiva teoría científica, dura un tiempo como un islote firme en medio de un pantano de empirismo rastrero y de sentido común, y al final se hunde cuando sus cimientos se revelan frágiles para resistir la enorme presión de la realidad empírica, presión que la Moda Teórica no puede soportar.

El proceso histórico de la empresa llamada sociología nos muestra así una alternancia de positivos saltos adelante y de desencantadas regresiones, con unos constantes vaivenes entre los niveles individual y colectivo, el micro y el macro, entre la búsqueda de tierra firme en las estructuras económicas, demográficas, y en general estadísticas, y el vuelo fantasioso verbal que, por jugar con palabras generales y abstractas, se pretende creativo. No hay disciplina académica con status científico que sea, simultáneamente, tan discontinua y tan poco cumulativa, con tantos replanteamientos volviendo a los padres fundadores y a empezar de nuevo, y que al mismo tiempo despierte, episódicamente, tantas adhesiones emocionales entre los públicos de clase media culturalmente motivados.

La Gran Teoría parsoniana se formó como una reacción contra el empirismo con algebrismo ingenuo de Lundberg o Dodd, y conoció su cénit cuando el sofisticado trabajo en la segunda generación de computadoras de gran capacidad, con el análisis multivariable, mostraba ya sus límites y la necesidad de ser dirigido por un previo orden teórico. La Gran Teoría estructural-funcional fué atacada desde Europa por el hyperempirismo dialéctico de Gurvitch (primero) y por el estructuralismo que se creía marxista (después). Hoy nadie se acuerda ya del hyperempirismo dialéctico (y dinámico) de Gurvitch, que reinó en la Sorbonne hasta mediados del decenio de 1960, y muchos de los estructuralistas con etiqueta marxista prefieren que los demás olvidemos que lo fueron y que defendieron las cogitaciones de sus desgraciados maestros, todos ellos (Lucien Sebag, Nicos Poulantzas, Louis Althusser) tocados por crueles tragedias personales e intelectuales.

El panorama actual acentúa, por consiguiente, la discontinuidad científica y hace difícil un proceso de reconstrucción. Edward Shils decía lúcidamente en 1970:

"Un sociólogo no toma un problema donde otro lo dejó, porque no está claro dónde el otro lo dejó"
(E.A. Shils, 1970, p. 60).

En la segunda mitad del decenio de 1970 el mosaico de teorías disponibles había cristalizado en una cantidad de sectas, las cuales se comportaban como tales, i.e, con un movimiento alternativo de encapsulamiento sobre sí mismas y de salidas histriónicas a campo abierto para increpar a alguna otra. Estaban disponibles los residuos académicos del estructural-funcionalismo, la sociología llamada crítica (y que era más crítica que sociología), todas las versiones del estructuralismo y del marxismo, el interaccionismo simbólico, la etnometodología, nuevas versiones de la fenomenología como las sociologías de la vida cotidiana, la sociología de casos o biográfica, y por supuesto, seguía haciéndose el trabajo empírico de encuestas y de demoscopia, llamándose también sociología. Para terminar el cuadro, debo citar la sociobiología: el libro de este título, primero de una serie, apareció en 1975 simultáneamente en Cambridge (Mass., USA) y en Londres. Mucha gente consideró que era una regresión naturalista, sin darse cuenta de que E.O. Wilson planteaba como central el problema del altruismo.

Y es precisamente un altruismo inespecífico el que ya no podía sernos demandado; y así, a finales del decenio, fuimos no pocos los que nos apartamos de la Gran Teoría considerando que su caso como ciencia estaba definitivamente perdido.

Hecho este excursus general, veamos ahora los problemas que aquí importan, con el detalle posible y practicable en un breve ensayo como el presente.

Cuestiones teóricas.: En seminarios con estudiantes de nivel avanzado o de postgrado ha surgido algunas veces la pregunta: ¿Y si fuese un error la definición del objeto de la sociología como la comprensión de la acción social?

Este planteamiento, o más rigurosamente dicho, este cuestionamiento, procede de constatar los inextricables problemas a que conduce la dicotomía actor / situación como determinante de la acción social. Para ser justos con Parsons, hay que señalar que por lo menos en un texto de 1945 el esquema se halla explícitamente cuestionado:

"La estructura de los sistemas sociales no puede ser directamente derivada del marco de referencia actor / situación. Requiere un análisis funcional de las complicaciones que introduce la interacción por una pluralidad de actores" (T. Parsons, 1945, reed. 1954, p. 229).

La observación de Parsons se inscribe en el contexto de una argumentación a favor de la teoría estructural-funcional, y por consiguiente los párrafos que siguen a su interesante inciso, se dirigen a hablar de necesidades sociales integrativas y de la institucionalización de las definiciones de la situación por los actores.

En coherencia con este planteamiento, cuando Parsons pasa

a teorizar sobre el sistema social en su aplicación más extensa (i.e., al nivel societal), todos los subsistemas están funcionalmente integrados. Y dado que los subsistemas tienden a un estado de equilibrio, no es admisible la hipótesis de que uno de ellos sea disfuncional para los otros. Decir que el subsistema económico puede ser disfuncional para el subsistema político o para el cultural, sería contradictorio con todo el edificio axiomático-deductivo. En el caso del subsistema económico, sería tanto más inadmisible cuanto que codifica las acciones sociales adaptativas.

Los conflictos sociales quedaban, por definición, reducidos a conflictos de roles, de status, y de coherencia inter-atributos. Por ejemplo, las motivaciones de algunos individuos no podían ser satisfechas por el sistema cultural. O bien ^{en} el subsistema económico ^{se} creaban nuevos roles, no previstos por el cultural ni por el político. Había conflictos posibles, cultura-personalidad, personalidad - status, roles - status, etc.; no había conflictos a nivel sistémico. Recordemos que durante dos decenios una buena parte de la investigación empírica giró en torno a los problemas de desequilibrio de status, i.e., los problemas paradigmáticos de gentes de clase media con atributos culturales más bien altos y con remuneraciones bajas, o con atributos políticos altos y atributos culturales bajos, o con atributos económicos altos y políticos bajos, etc. Problemas tanto más cruciales para esas gentes, cuando la sociedad entera estaba en movimiento, por el desarrollo económico, la industrialización, la urbanización, y el fabuloso crecimiento de las instituciones educativas. Participar en la cultura sin participar (suficientemente) del prestigio y del poder (aunque sólo fuera en la comunidad local) constituía un problema social subjetivamente interiorizado. Ahora bien; la reducción de los conflictos sociales a conflictos de roles, de status, de adaptación y desequilibrio, convertía al cuerpo teórico parsoniano en notoriamente insuficiente para explicar, con poder heurístico, otros muchos aspectos de cambio social, político y cultural, y tensiones sociales y políticas que se generan desde otras bases que las individuales. Los individuos que estaban orientados a reequilibrar sus status, o a cambiar de status, solamente en un grado parcial y sesgado estaban construyendo y definiendo sus situaciones. Eran los grandes procesos económicos y culturales los que redistribuían las posiciones y situaciones de los actores. Y esos procesos son obra de millones de actores con los que no se entra en "sistemas de acción"; son sus productos los que constituyen situaciones nuevas y, transitivamente, modifican las posiciones de otros actores.

En lugar del esquema actor / situación, lo pertinente era adoptar un esquema estructura social / actor. Entendiendo que la estructura es ella misma procesual (i.e., no es una representación morfológica, ni un conjunto de variables estadísticas que se entrecruzan). Este abordaje parecía más realista, más sociológico, evacuaba el psicologismo de las orientaciones, o si retenía las orientaciones e imágenes que los actores tienen de su circunstancia, era reescribiendo el término como ideologías (ellas mismas "derivadas de la estructura social"). Este abordaje parecía, además, relativamente conforme con una de las fuentes de la sociología crítica y de la sociología del conocimiento, i.e., el marxismo.

En el decenio de 1950 a 1960 empezaron a constituirse los bancos de datos que serían objeto de amplia explotación internacional en el decenio siguiente. El empirismo espontáneo (distinto del empirismo de fundamentos filosóficos) que animaba a numerosos sociólogos y aprendices de sociólogo en Estados Unidos, y la accesibilidad a las computadoras de gran capacidad, permitieron gigantescos trabajos de cálculo de correlaciones y covariaciones. En aquel periodo se cruzó prácticamente todo con todo, desde las técnicas de lactancia hasta el voto comunista. Los frutos no fueron precisamente esclarecidos, ni muy esclarecedores sobre la realidad, singularidad y modos de operación, de las diferentes formaciones sociales, ni sobre los conflictos, éxitos y fracasos característicos de cada una. George Lichtem escribió un ensayo lleno de humor inglés sobre unos textos de sociología americana en los que, entre otras cosas similares, se habían correlacionado suicidios, actos de agresión, tasas de alcoholismo, con indicadores de radicalismo político como el voto a partidos comunistas. Todos los coeficientes de correlación eran significativamente negativos. De donde, la deducción de Lichtem de que la sociología (o aquella sociología) había entrado en un mundo irreal, y era necesario volver a tomar contacto con la vida colectiva, ésto es, con la historia (George Lichtem, 1960, 306-309).

La American Sociological Association tuvo su LX conferencia anual en los primeros días de septiembre de 1965 en Chicago. El año 1965 es una frontera social, cultural, moral, e incluso científica, en una serie de aspectos, no solamente en América sino también en Europa Occidental. El lema de la Convención fué "Las Civilizaciones y sus Cambios", y el premio de más alto nivel honorífico fué para un libro que se estaba haciendo famoso mundialmente, World Revolution and Family Patterns, de William J. Goode. Había, pues, una conexión de los niveles micro y macro, y precisamente la coincidencia se establecía en el cambio revolucionario. La convención fué predominante-

-mente crítica. "Esta profesión ha estado demasiado focalizada en reunir datos, y ahora hay que saber qué hacer con ellos". "Se han menospreciado las teorías de conflicto y de cambio social que se hallan en las tendencias mayores del pensamiento sociológico". "Estamos en el periodo de los mosquitos; hay que enfrentarse al fin a los elefantes" (tomo al azar de un largo resumen del N.Y. Times de 5 sep.) La "estructura social" de las grandes sociedades nacionales devenía así objeto sociológico privilegiado. El espíritu del desaparecido C. Wright Mills ganaba una batalla contra la inercia del mundo académico. En The Sociological Imagination estaba escrito: the nation-state is now a major fact in the life of every man (1959, 135). La estructura social y la estructura política debían ser diferenciadas por casos nacionales y había que usarlas como variables "duras" (explicativas) de: (a) el comportamiento de los grandes colectivos nacionales; (b) el comportamiento de individuos y grupos en cada colectivo. El método comparativo inter-sociedades debería substituir a las microecuaciones de la acción adaptativa, utilitaria, culturalmente pautada, etc.; y el Estado-nación substituía a la situación.

Todos hemos trabajado durante algún tiempo en ese nuevo cauce, abriendo terreno y esperando hacer verdad las premoniciones de Simiand (1933) o de Cu villier (1955): la sociología sólo puede ser científica como macrosociología.

Ahora bien: "estructura social" significaba cosas diferentes para gentes diferentes. No era un concepto, sino una noción con fronteras indefinidas y con referentes empíricos ilimitados. Podía designar la división de la sociedad en clases (operación partitiva del todo social), o podía significar las clasificaciones de la población por sus roles socioprofesionales y por sus atributos culturales y étnicos (operación agregativa de los elementos). Podía designar la distribución de la población en actividades productivas (partición en relación al espacio) o podía significar la disposición de los actores, orientados hacia la modernidad o hacia el arcaísmo (agregación de los elementos en relación al tiempo). Podía designar la interrelación de otras subestructuras, política, económica, territorial, cultural, (con lo que "estructura social" no era sino un cambio semántico respecto a sistema y subsistemas), y podía significar un sujeto histórico (i.e., su reificación como un ente históricamente actuante en cada sociedad civil organizada como Estado).

Podía significar todas esas cosas a la vez. Con lo cual su pertinencia y sus potencialidades operatorias quedaban en entredicho.

/Nota del pié de la pag 45 /

(+) En los centros universitarios y de investigación de los países con una sólida tradición científica y con una crítica científica institucionalizada, se vió pronto que "estructura social" difícilmente podía convertirse en un concepto con valor heurístico. El precedente de las polémicas de Gurvitch con los funcionalistas parsonianos, y las cuestiones epistemológicas que la noción implicaba para los antropólogos sociales británicos (estructura = modelo, o bien estructura = sistema real de los roles disponibles en la sociedad o en la comunidad), eran señales de alerta sobre los laberintos intelectuales a que conducía esta noción y su intercambiabilidad con la noción de sistema. Solamente en Francia prosperó una moda racionalista, dogmática, y estéril para la investigación científica social y sociológica, que tomó el nombre de estructuralismo, otorgando a las estructuras de cualquier clase (y en particular a las simbólicas y a las analógicas) un poder heurístico que estaba en la cabeza de los escritores más que en la relación entre teoría y práctica.

En los países con baja tradición científica no existían las salvaguardas contra el ensayismo, y el análisis llamado estructural se impuso como el definitivo hallazgo científico frente a las carencias del viejo análisis causal.

Esta moda coincidía con el lenguaje de políticos y periodistas que continuamente estaban hablando de "cambios de estructura", y de que "hay que cambiar las estructuras", sin saberse bien de qué estructuras se trataba.

En 1964 yo publiqué un breve ensayo en el num. 1 (y último) de una recién fundada, y abortada, Revista Española de Sociología. El Ministerio de Información (que regía el Sr Fraga Iribarne) impidió la salida al público de la revista. Mi ensayo (primera parte de un texto más largo que quedó inédito) se titulaba Sobre ciertos problemas que plantea la noción de estructura social. Dado que es un documento que sigue teniendo interés, extraigo algunos párrafos:

"Se ha hecho vigente un modo de razonamiento en el cual se tienden a conectar directamente resultados sociales de toda índole, y fenómenos sociales pertenecientes a procesos muy distintos, con esa especie de lugar de causaciones comunes que parece ser la estructura social al nivel de la sociedad global" (...)

"El análisis estructural podría no ser más que un nombre brillante con el que enmascarar unos análisis de precisión deficiente". (...)

"En la sociedad urbana contemporánea, el hombre percibe la existencia de grandes regularidades de la acción que no parecen haber sido dictadas por nadie (...); percibe también, de forma relativamente concreta, la existencia de grandes nucleaciones de poder económico y político, frente a las cuales su papel de ser humano resulta irrelevante; por añadidura, la extensión del trabajo asalariado en roles donde las cualidades personales tienden a ser indiferentes, y los contenidos compulsivos de la cultura kitsch, despiertan en algunos hombres reacciones ... de diversa índole: esfuerzos individuales por preservar la identidad personal; retroceso neurótico al seno de la familia nuclear residente en la subciudad dormitorio; adopción de ideologías antiprogresivas; pero también otras veces racionalización de la realidad, intentos de comprensión analítica de ella y de sus procesos. Es entonces

=====

FINAL DE LA NOVA

cuando emerge el tema de la estructura social al nivel de la sociedad global; la "estructura" es algo importante y oculto: un sistema de conexiones entre hechos sociales "fundamentales" que se han ido acumulando sin quererlo nadie y como un sedimento producido por las acciones de todos". (...)

"Cada sociedad y los seres humanos que la forman se hallan continuamente dialogando con el pasado. La misma sociedad no sería reconocible como tal sin esa inercia histórica cuya función estabilizadora ha sido racionalizada por Robert L. Heilbroner. Pero las permanencias van siempre acompañadas de caducidades; y es obvio que cada sociedad nacional posee unos tamices selectivos que la distinguen de otras y que no se deben al azar. El proceso selectivo de permanencias y caducidades sería una mediación teórica valiosa si lo pudiéramos sistematizar o estructurar. Esta meta es, por ahora, un desideratum remoto".(...)

"La advertencia del profesor Fritz Machlup a los economistas -- Synthesis in the abstract serves no good purpose -- no posee aún valor normativo para los sociólogos...".

Párrafos que hay que situar, a su vez, en el contexto español de la época. Circulaba por el país un tratado de estructura social escrito por un profesor especializado en la "ontología de lo social" (sic); el autor se preguntaba si la estructura social es formal o material, si es causa o efecto, si tiene lugar y espacio o si es inmaterial, etc. Todo ello como preludio a una teoría sociológica normativa e idealista. Enrique Gómez Arboleya había reaccionado contundentemente contra aquella diversión:

"La sociología tiene que ser sobre todo ciencia de la estructura social del presente, de modo análogo a como la física es ciencia del mundo físico real, y la biología no es ciencia de la vida perfecta e intemporal sino de la vida real tal como se ha constituido en el término de un decurso efectivo y real". (E.G.A., 1957, 12).

Crítica oportuna contra la sociología de una sociedad ideal; pero aserciones de valor menor frente a las que ponen el objeto de la sociología en las relaciones sociales o en la comprensión de la acción social. La estructura dice solamente una parte de la relación del actor con la situación. Hay que tomar en cuenta la otra parte: que el actor quiere (o necesita) cambiar un estado de cosas. "(Una) idea no es mero reflejo de condiciones sociales, (...) es un proyecto", escribía el propio Gómez Arboleya en otro texto (1957, b, p. 71).

El trabajo teórico se repartió, en grueso, en tres grandes tendencias. La de quienes se dedicaron a **postular** el cambio histórico hacia "la modernidad", teniendo como tierra los prerequisites del take-off de W.W. Rostow, y como cielo la sociedad llamada post-industrial (Daniel Bell). La de quienes se dedicaron a estudiar el conflicto social y político, en base a la lucha de clases, o los enfrentamientos étnicos, o alguna combinación de lucha de clases y luchas étnicas. En fin, la de quienes se dedicaron a descomponer la estructura social por diferentes ejes sociales (unos) o analíticos (otros), hallando coherencias y tensiones (en América Latina, la escuela de Peter Heintz).

Fué la época de oro de la expansión de la sociología a los países culturalmente dependientes, preludio al desarrollo, en éstos, de una sociología de la dependencia económica y política.

Obviamente, había híbridos de las tendencias. El cambio hacia la modernidad podía ser pensado, y ejemplificado, con referencias al desarrollo capitalista y la disputa del poder del Estado entre dos (o más de dos) clases sociales, sin que la emergencia y consolidación de nuevos modos y procesos de valorización de los capitales (del capital comercial al industrial y de éste al financiero) se constituyeran en el marco teórico pertinente. Las luchas de clases podían ser atenuadas por otros tipos de problemas (ex.gr., adaptación de poblaciones migrantes, tensiones rural-urbanas, problemas organizativos intra-sindicatos, formación de nuevas élites al compás del desarrollo económico, etc). Y los temas favoritos de la escuela de Heintz (precedencia de la urbanización sobre la industrialización, precedencia del desarrollo cultural sobre el económico, tensiones entre clases medias arcaicas y nuevas clases medias, desequilibrios de atributos en cultura, ingreso (renta) y estratificación de la población y entre colectivos territoriales portadores de una identidad cultural o administrativa), podían ser temas que en último término se incluyesen en una teoría de la modernización y del desarrollo.

Hay un rasgo común a todas estas tendencias que se formaron en el decenio de 1960 a 1970 y que prolongaron su vida hasta la crisis económica en 1974. Todas se centraban en problemas de nivel macro, de naturaleza más bien política o pragmática. Frente a la degradación del consensus social en Estados Unidos (por obra, sobre todo, de la guerra en Viet-Nam, y por los conflictos raciales) surgía una sociología que no era tal, sino fuite en avant prescriptiva de una sociedad futura (todos los ensayos post-industriales, sobre la sociedad del ocio, la desaparición de las grandes desigualdades de clase, la tecnificación de la política por medio de la cibernéti-

-ca, etc). Frente a la ideología del estructural-funcionalismo parsoniano que imputaba a toda la sociedad los valores de las clases medias, se describían los valores conflictivos y contrapuestos asociados a cada clase social. Frente a la visión armónica del desarrollo, se percibían los efectos diferenciales de la urbanización y la industrialización, respecto a grupos tradicionales de privilegio local en ingreso y en cultura y respecto a nuevos grupos dinámicos nacionales.

El gran objeto teórico de la disciplina, la comprensión de la acción social, quedó en un trasfondo histórico. Se estaba pasando a la comprensión de la sociedad nacional, cada una con su singularidad, sus desequilibrios y tensiones, en función de un modelo lineal de evolución social que llevaba desde la sociedad preindustrial a la (presuntamente) postindustrial.

Dicho en otros términos: se recaía en la tentación de hacer de la sociología una especie de Historia sin nombres de personas, como dice la frase de Comte (Cours..., lección 52).

Esta idea se hallaba poderosamente difundida (y sigue parcialmente vigente en nuestros días). Armand Cuvillier, Lucien Goldmann, Edward Hallet Carr, Roy F. Harrod, y otros muchos de las generaciones intelectualmente hegemónicas en los decenios de 1950 y 1960 han escrito que cuanto más histórica sea la sociología, y más sociológica la Historia, tanto mejor.

Las implicaciones de esta extensión por lo que concierne a la disciplina científica, en su sentido más estricto, las hemos constatado más recientemente. La sociologización ha beneficiado a la Historia, añadiéndole nuevas dimensiones. La historización ha ayudado al éxito público y comercialización del ensayismo sociológico, pero al mismo tiempo ha hecho más indefinido el territorio de los objetos de conocimiento sociológico y ha incrementado, con las dificultades de la "prueba" histórica, las ya considerables dificultades de la prueba científica de las hipótesis y hallazgos en la investigación propiamente dicha. Cuando un autor tiene talento, como en el caso de Barrington Moore Jr., los resultados de hacer más sociológica la Historia, y de tomar temas sociológicos desde su despliegue histórico, conllevan un poder de convicción que funciona como una alternativa a la "prueba" científica. Cuando los autores no tienen talento, estamos ante la multiplicación de opiniones.

Hay más: la reorientación del objeto general de la disciplina, de la comprensión de la acción social, al estudio de las sociedades nacionales en proceso de cambio, pone problemas metodológicos que no habían sido ni siquiera sospechados. Quiero traer aquí una reflexión de Pierre Naville sobre la noción misma de cambio social:

"Primero de todo, sería necesario preguntarse cuál es el objeto del cambio. Se dirá que es la sociedad, conjunto de seres humanos en sus relaciones mutuas. (...) Nociones como las de 'aculturación', urbanización o industrialización, parecen referirse naturalmente a la noción de sociedad. Y sin embargo, la implicación no se sigue necesariamente (l'implication ne va pas de soi) (...) La urbanización, por ejemplo (...) puede ser elegida como un posible factor esencial de los cambios sociales, sin que sea en modo alguno evidente que su objeto sea 'la sociedad'. (...) (...) La mayoría de los autores confunden el objeto de cambio con sus factores, o toman unos por el otro, o los unos por los otros, sin pararse en el análisis. Industrialización y urbanización pueden ser tomadas como objetos de cambio tanto y tan bien como factores de cambio".

El problema lógico ha sido enunciado por Naville en unos párrafos previos:

"Debería admitirse que, si se quiere definir el objeto de cambios, antes de suponer que los haya y cuáles sean, es necesario poner un objeto susceptible de cambios, es decir, un objeto inestable. El estudio de los cambios no sería entonces, y en definitiva, otra cosa que el estudio de las condiciones de inestabilidad del objeto. A partir de aquí sería preciso preguntarse cuáles son los sistemas de relaciones más o menos inestables, y bajo qué modelo se presenta esta inestabilidad. El modelo 'histórico' suele ser el elegido con mayor frecuencia, pero en forma evolucionista confusa y verbal, sin referencia a estructuras determinadas. Por su parte, el modelo estructural suele ser objeto de invocación, pero sin que se hagan explícitas sus condiciones de transformación..." (P. Naville, 1962, 495-97. *Cursivas en el original*)

Puede opinarse que estos párrafos no son sino otra manifestación del esprit de géometrie y que la materia social misma excluye, por su naturaleza, que podamos llegar un día a esta clase de operaciones hipotético-deductivas.

Si fuese así, la sociología estaría condenada para siempre a ocupar un espacio ambiguo entre la disertación incontrolada y el paciente trabajo de laboratorio que analiza, con los recursos de la estadística matemática y de la teoría de la decisión, matrices de datos.

Ahora bien, esta condena a la ambigüedad no sería intrínseca y necesaria, sino el resultado de la extensión alternativa, en diferentes direcciones, de las tendencias teóricas y de sus respectivos objetos.

La imbricación de Historia (con H mayúscula) y sociología es uno de estos casos. El estructural-funcionalismo parsoniano, y todavía más el estructuralismo francés que se creía marxista, habían evacuado la historia (con h minúscula) de los actores sociales. Se suponía que posición, situación, y orientaciones eran suficientes para explicar la acción social. (O por lo menos para postular la correspondencia entre posiciones y situaciones y unos tipos de acción). Posición, situación, y orientaciones, son objetos necesarios, ciertamente, pero no suficientes. Los actores son portadores de esquemas de acción dictados por su experiencia anterior, y en los casos de las organizaciones e instituciones (sindicatos, empresas, organizaciones corporativas, etc) el conocimiento de la historia del sujeto colectivo es tan importante como el diagrama de las relaciones en que se halla en un momento dado. No hay que absolutizar el presente.

La sociedad nacional no es, empero, un sujeto colectivo de esa índole.

Una cosa es asumir que los actores sociales tienen, cada uno, su historia, la cual determina (en parte) sus modos de acción; otra cosa es asumir que la sociología deba ser una especie de historia sin actores (i.e., una Historia que, al contemplar los grandes agregados colectivos y tomar como materia las series estadísticas, no conoce otros actores que los millones de átomos individuales, y evacúa los actores diferenciados, organizados e institucionalizados). En fin, otra cosa todavía más arriesgada, científicamente hablando, es introducir como objeto de la disciplina, y como actor general, el abstracto sociedad.

Siendo "la sociedad" por ahora una noción abstracta (ni siquiera un concepto debidamente elaborado) esta introducción en lu-

-gar de "la acción social", o "la comprensión de la acción social", o más en general, "las relaciones sociales", resulta portadora de la necesidad de que el investigador se adhiera al nivel empírico más grueso e inmediato. Es la paradoja del idealismo formal.

Por una parte, las sociedades nacionales, organizadas como Estados, facilitan datos estadísticos que permiten la comparación internacional y manipulaciones matemáticas sumamente sofisticadas. Los sujetos son las Naciones-Estado, las cuales se posicionan, avanzan, retroceden, etc., en complejas escalas jerárquicas de status. En el Soziologisches Institut der Universität Zürich se hicieron, en el decenio de 1970, estudios de esta índole por parte de discípulos de Peter Heintz, estudios posibles gracias al empleo de computadoras de gran capacidad. Prima facie se tiene la impresión, leyendo algunos de estos trabajos (ex. gr., los de Lawrence Alschuler) que la sociología ha tocado techo alcanzando un nivel científico-matemático tan positivo como el de las ciencias "duras". Al cabo de cierto tiempo, la relectura crítica permite distanciarnos de lo que es, de hecho, una teoría behaviorista de los Estados, teoría que supone que éstos tratan de reequilibrar sus status o de alcanzar status más altos en diversas dimensiones de ranking internacional. El concepto de status ha sido divorciado del de role y ha sido absolutizado, precisamente porque status tiene disponibles dimensiones que permiten la elaboración matemática en gran escala (álgebra vectorial, etc). Pero lo que aprendemos sobre la acción social, o sobre las élites nacionales que compiten en los campos de fuerza internacionales, es bastante poco. Un resultado macroeconómico puede ser el efecto de causas de naturaleza muy diferente. La descapitalización y el bloqueo del desarrollo económico pueden acontecer (cf. Lawrence Alschuler, 1975, 46) tanto por la dependencia de la inversión y de la tecnología respecto de las firmas multinacionales, como por una política radical de redistribución del ingreso en favor de los trabajadores de la industria (una observación que es pertinente no sólo para Argentina, que es el caso que Alschuler tiene en su mesa de estudio, sino también para Bélgica). Y son precisamente estas consecuencias pervertidas de la acción racional, las portadoras de un interés científico más provocativo.

Por otra parte, la substitución de "las relaciones sociales", o de "la acción social", por el abstracto que designa la sociedad nacional, tiene efectos tendencialmente apologéticos de ésta y claramente conservadores. Siempre que se considera a la sociedad nacional como un bloque dirigido por una élite, la cual es concu-

-rrencial o competitiva en la arena internacional, se justifica la dominación o se la asume como un dato. Otro tanto sucede cuando se considera a la sociedad nacional solamente desde el punto de vista de los sistemas y subsistemas; estas nociones conllevan necesariamente la integración funcional. En las sociedades hay elementos susceptibles de sistematización y otros que no lo son. Toda sociedad comprende a la vez orden y conflicto, azar y necesidad, determinación por sus recursos y por su propio pasado, y luchas para superar la determinación mediante una acción proyectiva.

" Si los elementos fundamentales que constituyen los sistemas sociales no fuesen esencialmente los mismos en todas las sociedades (aunque diferentemente combinados) y si los modos posibles de usar estos elementos fundamentales no fueran limitados en número, las llamadas ciencias sociales se verían vacías de toda teoría general.

Si la sociedad no fuese sistemática, no podría haber ciencia social. (...) (...)

Pero esto no es todo: en toda sociedad podemos percibir fenómenos que tienen poco que ver con el sistema social y que aparecen ajenos o antagonistas a él. Sugiero que podríamos dividir gruesamente los fenómenos sociales en tres clases: no sistémicos, pro-sistémicos, y anti-sistémicos."

T.H. MARSHALL, Sociology: the Road Ahead (Cambridge, Novbre. 25, 1960; reprod. en Sociology at the Crossroads, Londres, Heinemann, 1963, 27, 28).

Estas proposiciones del gran maestro británico constituyen un notable avance respecto al funcionalismo americano. Son proposiciones que no van, empero, lo suficiente lejos, y que quedan ancladas en los aspectos sistémicos. Como sabía Maquiavelo, razón y necesidad a veces concuerdan y a veces se oponen (Discorsi, circa 1518, 1971, 145).

Si se quiere introducir la Historia (con H mayúscula) en vez de las historias de los actores, organizaciones e instituciones, parece heurísticamente mucho más poderoso tomar como referente las relaciones sociales históricamente diferenciadas: de castas, de clases, del capitalismo comercial, del capitalismo industrial, el fi-

-nanciero, etc (El "etc" designa los compuestos: hoy el capitalismo agrario en las sociedades tecnológicamente avanzadas reúne rasgos del capitalismo industrial -- la agricultura ha devenido una industria 'pesada' por la composición de capital--, y del capitalismo comercial). Cualquier observador sabe que la estructura de clases de una ciudad fabril difiere de la de una ciudad que vive del capitalismo financiero, y que este hecho trasciende a las orientaciones de los actores y se refleja en las relaciones sociales e incluso en los lenguajes de las gentes. Cada gran forma del capitalismo tiene su estructura de clases, sus modos de valorización y acumulación de los capitales, y por tanto sus procesos de formación de élites. Si se usa "capitalismo" como otro abstracto ahistórico, y no se le diferencia históricamente, resulta estéril para la investigación social. Es en esta dimensión en la que el análisis sociológico se avvicina al análisis histórico, no para hacer una reducción economicista de las relaciones sociales, sino precisamente para evitar el reduccionismo. El gran marco de referencia económico funciona como el universal (universal no abstracto ni generalizado, sino especificado), y las propiedades de cada formación social, según sus recursos, sus élites, su propio pasado, y su modo de posicionar y distribuir a los actores, funciona como lo particular. Como bien asevera el dictum hegeliano, la ciencia consiste precisamente en conocer lo universal en lo particular. A lo que hay que unir la corrección de Marx: lo universal no tiene otro modo de existencia que en lo particular. Ambas aseveraciones se sostienen.

Cuestiones técnicas.:

"Sólo se puede llegar a comprender verdaderamente la realidad social mediante un paciente y minucioso trabajo de análisis similar al de las ciencias experimentales". (Armand Cuvillier, 1950, vol. I, 251).

Sigo creyendo que Cuvillier vió claramente a qué extravíos verbales conduce la disertación incontrolada e incontrolable (la proclividad de los docentes a viajar por los diccionarios, seleccionando palabras abstractas y grandiosas, y a unir las por flechitas, y presentar sus papelitos como reflexión teórica, lo que no es más que una cómoda superchería que exime de la investigación). Cuvillier tuvo ya que enfrentarse a la logomaquia de los símbolos, las vivencias, los significados, los sentidos subjetivos, y otras cosas que anunciaban la identificación de la sociología con una especie de sintaxis de lo irracional.

Hay que decirlo con toda su radicalidad: en los dos últimos decenios los sociólogos se han desacreditado ellos mismos. A fuerza de tirar piedras contra la ciencia experimental y contra las matemáticas como paradigma último de la racionalidad científica, sus propios argumentos se han vuelto contra la sociología como disciplina con pretensión científica. A estas alturas el panorama de la indisciplina y del caos es suficientemente elocuente.

El trabajo de investigación ha estado amenazado por tres fronteras diferentes. El Graal del conocimiento puro. Podemos codificar esta actitud con la frase de Simmel: teoría es una relación con algo que justamente no está en relación con nosotros. Dos: la sociología a la toma de la Bastilla. En la República de Weimar sostenían esta exigencia tanto los marxistas como los nazis. Johann Plenge: solamente en la acción se conoce la realidad. En fin: la sociología-cien-cia-de-la-cultura . Ya no se dice así, como se tenía la honestidad de decir en aquel hormiguero de creatividad y de crisis que era la Alemania pre-hitleriana; ahora se dice "la sociologie est la science des significations sociales, des raisons symboliques, des raisons signifiantes" (Giovanni Busino, 1981, 316). Lo que evacúa la investigación sociológica propiamente dicha y tiene al pensador, cómodamente instalado en su sillón, en una sala de los espejos donde su conciencia se mira a sí misma.

Ciertamente, la science n'est qu'un pan du polyèdre de la connaissance (Busino, 1981, 315); y asimismo es cierto que las operaciones matemáticas no garantizan por sí mismas que el resultado posea las propiedades de un conocimiento científico. Lo que acontece es que se puede decir de la investigación controlada en sociología lo que Churchill de la democracia: es el peor de todos los métodos, con excepción de los demás.

Mi posición deriva de una larga experiencia como investigador, en bastantes países, y de reflexionar sobre las limitaciones, éxitos y fracasos, de los métodos empleados.

La cuestión crucial reside en lo siguiente: una buena teoría que antecede a la investigación, debe designar qué método es el más pertinente para cada una de sus hipótesis.

Esta norma ideal la hemos violado a veces, en particular porque el abanico de programas de computadora a nuestra disposición en los laboratorios era muy restricto y no permitían ir más allá de los cruces simultáneos de media docena de variables (distribuidas en independientes, intervinientes, y dependientes) y de las pruebas estadísticas sobre la confiabilidad de los resultados. Ahora bien: si los

efectivos con los que trabajamos son de magnitud suficiente, tales cruces de variables, y las matrices resultantes, se pueden practicar con sucesivas variables, y se pueden ir observando la sistematicidad y coherencia (o la no coherencia) de las direccionalidades de las determinaciones. La repetición del experimento es una de las condiciones de la prueba científica. Si las variables están debidamente codificadas y debidamente ordenadas, y si responden a criterios lógicos y teóricos, el análisis multivariable implica un substitutivo satisfactorio, en la ciencia social, de lo que es el experimento de laboratorio en las ciencias "duras". Esta aserción está repetidamente probada; es solamente la ignorancia de quienes nunca han hecho investigación, y la audacia de quienes critican lo que no conocen, lo que permite tantas risitas irónicas sobre la sociología que ellos llaman despectivamente "cuantitativa" (y que es más cualitativa de lo que suponen).

Durante mucho tiempo hemos estado limitados por las condiciones que Parsons describía poco después de la Segunda Guerra Mundial;

"El ideal de la teoría científica debe consistir en extender la dimensión dinámica del análisis de los conjuntos complejos tan lejos como sea posible (...) La solución ideal sería el empleo de un sistema lógicamente completo de generalizaciones dinámicas que pudiera enunciar todos los elementos de interdependencia recíproca entre todas las variables del sistema. En el sentido formal, este ideal sólo ha sido alcanzado por los sistemas de ecuaciones diferenciales de la mecánica analítica.

Para ser factible este nivel de análisis dinámico, parecen necesarias dos condiciones esenciales: por una parte, las variables deben tener carácter empírico de modo que los materiales particulares en el seno de las categorías generalizadas sean en realidad formulaciones fácticas correspondientes a un estado dado del sistema empírico...; por otra parte, el carácter lógico formal de estos conceptos debe ser susceptible de tipos especiales de manipulación técnica. La única clase de manipulación técnica hasta ahora disponible que realice simultáneamente el análisis dinámico de la interdependencia de diversas variables en un sistema complejo..... es el cálculo diferencial y algunas de sus más refinadas derivaciones. Para admitir este género de manipulación analítica, una variable debe ser de una clase muy particular: debe variar sólo en valores numéricamente cuantitativos en un continuum. Esta necesidad reduce enormemente la amplitud de la posible observación (...) La condición más esencial de un análisis dinámico , es la continuada y sistemática referencia de cada problema al estado del sistema como conjunto. (...) La función de las categorías estructurales reside en simplificar el estudio de los problemas dinámicos y en hacerlo posible sin recurrir a un análisis matemático extremado". (Parsons, 1947, pp. 47-48).

El análisis multivariable fué una respuesta a tales limitaciones, una respuesta con un sentido sociológico, y no meramente matemático. La crítica de la cual es pasible el modo en que hemos estado usando el análisis multivariable, consiste en señalar que aprehendía solamente un lado de las determinaciones sociales. No hay genuinos actores cuando lo que investigamos es el efecto de unas variables "duras" sobre las conciencias, las opiniones o las representaciones de los individuos. Pero el análisis multivariable ha servido (y sirve todavía) para otros muchos tipos de análisis. Por ejemplo, en la movilidad social. Ha habido un tiempo en que se consideraba públicamente que la sociología estudia las determinaciones mayores sobre los grupos o colectivos humanos, porque se tiene una idea de la sociedad como opresora. (Quizá no sea ajena a esta idea, una lectura sesgada de Durkheim y de su definición de los hechos sociales como coactivos). Hoy disponemos de otros instrumentos matemáticos, y a los análisis deterministas hay que reunir los análisis estocásticos y los de modelos de simulación. Más recientemente, para el análisis de procesos de decisión, disponemos de una matemática de la discontinuidad, las bifurcaciones y los límites.

Encuentro pocas razones para desdecirme de lo que escribí hace ya algo más de un decenio, y que motivó un ataque feroz (y deshonesto, científicamente hablando) por unos críticos de la sociología que ellos llamaban "burguesa" :

Lo que distingue los resultados del trabajo científico, sea de los resultados de la intuición individual, sea de la experiencia de prácticas sociales tal como son vividas por los actores, o, en fin, del discurso metafísico que cuando usa datos numéricos lo hace como ejemplificación *demostrativa*, no es la capacidad del trabajo científico de dar cuenta o de explicar mucho más de lo que los otros tipos de intelección o de conocimiento pretenden explicar. Se trata de una cuestión de garantías y no de cantidad o de extensión. A los resultados del trabajo científico se llega a través de operaciones cuya validez ha sido establecida por otros investigadores, operaciones que están sometidas a reglas, que son consistentes lógicamente, que admiten (si es necesario) posibilidades lógicas y matemáticas que no se hallaban contempladas por los principios de la lógica tradicional, que son repetibles y acumulables y, en fin, que cuando se terminan con ciertos resultados numéricos como los valores de los *tests* puede estimarse la confiabilidad y el nivel crítico de esos valores mediante las tablas usadas en la teoría de la decisión en estadística (algunas de las cuales ha costado decenios perfeccionar o completar). Son estas garantías las que permiten reunir y tratar datos, confirmar o desconfirmar hipótesis. Aunque esto parezca muy pobre al lado de la ambición de ciertos discursos interpretativos, sin embargo, es así como se puede poner a prueba la consistencia entre las imágenes de ciertos procesos sociales y la realidad de estos procesos: ver si los hechos son como son representados o son diferentes de las ideas o creencias colectivas sobre ellos; ver si algunas de esas imágenes son racionalizaciones sociales de grupos con intereses en la vigencia de ellas, etc.

Es muy fácil denigrar esta posición como "otra ideología". En ningún momento he pretendido que el status científico de la sociología dependa de sus técnicas. Aparatosos tratamientos matemáticos desembocan a veces en la "prueba" de meras trivialidades. Y recíprocamente, correlaciones estadísticas halladas empíricamente son elevadas al status de proposición teórica con validez general. (Hasta que un investigador de otro país descubre que en el suyo no se verifica la "ley" o el modelo) (++).

Pero no por ésto hay que minusvalorar el poder y la trascendencia de las técnicas. Sin el microscopio se seguiría haciendo biología especulativa. Sin las sondas interplanetarias y la radioastronomía se seguiría todavía hablando de los canales de Marte y de los marcianos.

Todos los grandes temas de la sociología admiten el tratamiento matemático, en niveles diferentes de aplicabilidad y de significación: determinación social, integración social, diferenciación social, cambio social, racionalidad de la acción.

Sin duda hay toda una constelación de abordajes y tratamientos que forman parte del esprit du temps. Y sin duda otra matemática y otra lógica del descubrimiento serían posibles, en otras coordenadas de espacio y tiempo sociales. Es inevitable que trabajemos con los materiales recibidos de nuestros maestros. No somos ángeles ni tenemos "el punto de vista de Sirius". Es un rasgo típico de los cretinos el considerar que el resto de la gente somos, por lo menos, tan cretinos como ellos. Suponen que quienes dedicamos meses (y en mi caso, a veces años, como en una investigación sobre industrialización y movimiento sindical en Iberoamérica) a explorar uno tras otro los niveles de análisis posibles (hasta llegar finalmente a la conclusión de que la investigación había sido mal planteada, precisamente por un especialista de la Gran Teoría, y que después de un gasto de centenares de miles de francos no había más que unos cuantos islotes de cosas válidas), somos gentes incapaces de darnos cuenta de lo que tenemos delante y de los problemas científicos implicados.

"Dentro de nuestra ideología igualitaria la realidad aparece sobre un solo plan y como constituida de átomos equivalentes. Transportamos por todas partes esta imagen simple y uniforme de la realidad y de la experiencia, gracias a la especialización que permite multiplicar los planos analíticos de este género, todos en principio homogéneos en su extensión y todos independientes unos de otros en sus orientaciones y situaciones. (...) La sociología y las ciencias de lo vivo en general deben, por el contrario, reconocer la organización de lo dado en niveles jerárquicos". (Louis Dumont, 1979, p. XXV).

Nota en
57. 57 63

Lo que implica introducir lo cualitativo en lo cuantitativo.

Dicho en otros términos, avanzamos a través de los experimentos, por éxitos y fracasos. Quienes se atribuyen la condición de estar libres del pecado original de ideología, pueden declarar inútiles todos los conocimientos parciales y temporales, en función de que ellos creen que poseen (o creen posible poseer) un conocimiento que sea inmediato, vital, y verdadero. Ideología de seminaristas, no de universitarios.

:===:

=====

NOTA DE LA PAG. 56

=====

(++) Recientemente, con el problema del desempleo de los jóvenes, tenemos un ejemplo. En España, país de bajo nivel científico y de constante mimesis y caricatura de cualquier modelo extranjero (sobre todo si es norteamericano), se ha tomado acríticamente la teoría de Easterlin (que es una teoría demográfica), la cual introduce la tasa de desempleo como la variable interviniente entre la escasez relativa de jóvenes (variable independiente) y la tasa de natalidad (variable dependiente). La teoría demográfica es transformable en teoría económica o sociológica, en modo simplificado: la tasa de desempleo es inversamente proporcional a la tasa de natalidad (cf. Enrique Gil Calvo, 1984, 62).

En Francia, país de alto nivel científico y autocentrado, que se sitúa críticamente ante las modas que llegan del otro lado del Atlántico, la teoría de Easterlin ha sido examinada por sus valores y no por su poder de convicción. Transcribo de las actas de un seminario (Alfred Sauvy et al., 1982, p. 77):

"Philippe Ransford: Easterlin construye una ratio que relaciona el nivel de fecundidad con la probabilidad de buena inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo. Es fácil mostrar que esta correlación no es válida. Es absolutamente falsa en el Tercer Mundo. Tal vez sea solamente válida en los países industrializa-

=====

FINAL DE LA NOTA DE LA PAG. 56

=====

-dos, cosa que Easterlin no dice, y sobre todo no dice el por qué. Por lo que concierne a la población de color en América del Norte, se constata que su inserción en el mercado de trabajo es menos buena que la de la población blanca, lo que no le impide tener una fecundidad más fuerte. Durante el decenio de 1970 la tasa de incremento de la población negra en Estados Unidos ha sido superior en más del doble a la de la población blanca".

Gérard-François Dumont: Los Chicanos en Estados Unidos permiten realizar la misma constatación. La tesis de Easterlin es refutable en su propio país".

Philippe Ransford : El modelo de Easterlin no tiene valor alguno. Easterlin ha construido un indicador agregado, ha hecho una regresión con los datos, ha ajustado los coeficientes sobre la población de referencia en Estados Unidos y en Inglaterra. Para los demás países, la tesis no se aplica, a menos de cambiar los coeficientes y por tanto la tesis. Ahora bien, ajustar los coeficientes ex post para probar una tesis es una especie de estafa científica /escroquerie scientifique/. Desgraciadamente, este tipo de demostración tiene una apariencia científica que le otorga mucha influencia".

En mi trabajo inédito, antes cit. (E.P.L.H., 1981, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 93 - 94), se hace un comentario de particularización, frente a una proposición que se presenta como de validez general, y que resulta de una "prueba" estadística. L. R. Alschuler, en una investigación de alto vuelo científico, establece un teorema (teorema num. 6, cf. Lawrence Alschuler, 1973, p. 170) que dice: "Cuanto mayor la satelización de una nación, menor su movilidad social ascendente". El autor aporta la prueba empírica para países de

América Latina midiendo satelización por el grado de concentración del comercio exterior de cada país en relación a otro país (op. cit., pp. 319 - 322). Mi comentario: sería del mayor interés averiguar por qué ese teorema no parece aplicable a varios países del Este de Europa.

En 1973, al presentar al público el vol. 2 de la gran investigación sobre inmigración y movilidad social en Cataluña (edición en catalán de la Fundació Jaume Bofill) yo puse como lema una cita del matemático británico W.W. Sawyer:

"Mathematics is the classification and study of all possible patterns. Pattern is (...) any kind of regularity that can be recognized by the mind (...) Where there is pattern there is significance".

Es decir, la formalización constituye una vía regia para aprehender la significación. Con todo, pocas páginas después yo añadía unas precisiones que en este país no han sido (por lo que parece) ni leídas :

Quan ens trobem en presència de sistemes constituïts per actors que tenen diferents nivells de poder o de recursos, o davant sistemes organitzats a causa i amb la finalitat de dominar o de gestionar l'escassetat, és lògic que tendim a aplicar mètodes que suposen la prova de relacions causals. Els indicadors numèrics d'aquests tipus de relacions no són difícils de trobar o de bastir. Si aquestes relacions tenen una durada en el temps, hi apareixeran funcions lineals o quasi-lineals. Igualment, si hi ha una massa limitada de recursos, de qualsevol mena, i/o regularitats sistemàtiques en la distribució d'aquests recursos, tant les relacions entre dades en brut com entre els processos socials o econòmics són susceptibles d'ésser formalitzades en models que inclouen termes (semàntics o teòrics) deterministes, i operacions (matemàtiques) que suposen l'existència de funcions lineals.

Però, què passa quan introduïm relacions simultànies entre "paquets" de variables? (o, dit d'una altra manera, quan especifiquem les hipòtesis per incloure a l'observació, o a la teoria, una diversitat més gran de casos i de causes).

Són escassos els exemples d'anàlisi on es pugui presentar un model teòric d'una mitjana complexitat (és a dir, relacionant subconjunts de variables, i no només tres o quatre variables), on el model operatiu o matemàtic serveixi de "prova" del model teòric; la cosa més freqüent és que aparegui una tal diversitat de residus o desviacions en relació a les funcions establertes pel primer, que l'investigador vegi que es troba davant dos problemes de gran magnitud: el de la pertinença (estadística) d'un cantó i el de les tècniques de validació de l'altre.

La conducció del treball en computador ha permès als darrers temps l'ús de tècniques poderoses com són la regressió múltiple, la factorització, l'anàlisi discriminant, etc., amb les quals es poden exhaurir, fins a uns certs límits, els problemes plantejats per l'existència de diverses variables causals actuant sobre una variable dependent i dels pesos relatius de cadascuna d'aquelles. Més recentment, l'anàlisi de correlacions canòniques i altres extensions de l'àlgebra vectorial permeten relacionar causalment *grups de variables*, les unes que són dependents i les altres independents.

Això ha significat un gran avanç en el camí de l'explicació científica. Però romanen encara moltes dificultats, bé perquè les variables independents no són ortogonals (hi ha correlacions entre elles, o diverses classes d'interacció entre elles), bé perquè no s'han pogut trobar indicadors numèrics en forma de medicions contínues o d'interval, bé a causa d'altres requisits que exigeix el model matemàtic i que no es poden complir amb la classe de dades que s'han obtingut a l'enquesta.

D'altra banda, el científic social no es troba constantment davant sistemes dotats, per dir-ho així, d'una determinació interna, resultat aquesta, del poder, de l'escassetat, o d'ambdues coses alhora. El científic social construeix, ell mateix, sistemes més abstractes, on no hi ha actors (col·lectius reals) presos en quant elements del sistema, ni les relacions sistemiques no són relacions entre actors. Aquests sistemes més abstractes relacionen conceptes que han estat designats amb termes teòrics (per exemple, incongruència de l'estatus, devolució de poder, incrementalisme, mobilització, etc., etc.). El camp de relacions cobert per aquests conceptes està limitat discrecionalment per l'investigador (que ha procedit a l'operació dita "tancar el camp"). Si els conceptes remetent a processos factuais, a d'altres referents empírics, o a unitats més elementals observables, aleshores el camí analític conduirà a les operacions o tècniques que des de la *Lògica* de Mill són conegudes com a anàlisis de covariació. En aquest terreny el científic social mira més aviat amb desconfiança proposicions del tipus "X és la causa de Y" o bé "X produeix Y". Les proposicions del tipus "X prediu Y" (és a dir, X és un predictor, no un productor) són menys vulnerables a un examen crític: constaten que la presència en un procés d'una certa mena d'elements, A, que posseeixen la propietat x , està associada a la presència de la propietat y en una altra sèrie d'elements, B, d'un altre procés. Pot succeir aleshores que a cada valor de x , dins uns límits determinats (x_1, \dots, x_n), correspongui un valor predictable de y , i que ens trobem en presència d'una funció lineal, i pot també no succeir això i trobar-nos davant funcions contínues no lineals o d'un altre tipus.

Si els conceptes no remeten a referents empírics observables, les relacions entre els termes són només semàntiques, no poden originar experiments estadísticament controlats, i la validació del model depèn de la seva capacitat de predicció segons un sistema de significats socialment admesos en la interpretació de fets col·lectius i històrics.

De fet, a la pràctica científica rarament ens trobem amb aquests tipus purs. Treballem amb híbrids on se sobreposen camps complets d'actors i de relacions tal com són actuats i percebuts per ells, amb camps teòricament construïts; actors reals i conceptes col·lectius; aproximacions a anàlisis causals i meres estimacions probabilístiques. Cerquem la relació determinista quan és possible; quan no ho és, mirem de treballar mostrant l'existència de covariacions sistemàtiques; quan no hi apareixen amb unes estructures definides o no són estadísticament significatives, recorrem a models més simples de relació entre unes poques variables, cercant evidències d'associació o interacció entre elles; quan sabem que existeix interacció però no podem mesurar-ne la intensitat i la direccionalitat, ens limitem a dir que hi ha relacions probabilístiques no degudes a l'atzar experimental; quan no tenim mostres de casos sistemàticament obtingudes i sotmeses a elaboracions estadístiques controlades, aleshores tanquem el cercle cognoscitiu saltant del nivell més elemental a la gran generalització teòrica, la qual si bé és incerta en bases empíriques i dependent de propietats subjectives d'un autor, és també productora de múltiples rasons dins la caverna ("comprensió" sense predicció i sense experiment).

Un cop dit tot això, sembla necessari al·ludir breument a d'altres arguments per tal de prevenir el lector contra la temptació d'encercar explicacions exhaustives. Una investigació sociològica es troba limitada per condicions de temps, recursos, magnitud de la mostra, tipus de programes de computadora disponibles i altres, tant de tipus operatiu com financer. En la codificació d'una investigació es pot resumir, sota la forma de variables, només una part de la informació pertinent o accessible. L'anàlisi s'ha de basar necessàriament en les relacions entre variables codificades. Els conceptes que defineixen aquestes variables poden tenir una extensió semàntica molt ampla (i per tant una gran ambició explicativa). Ara bé, la brillantor de l'exposició pot tapar un problema de no congruència entre l'amplitud dels conceptes i la concreció dels indicadors numèrics: aquests no són tan extensos com aquells. Si el model construït conté elements de prova estadística, o en cas de manca d'aquells conté enunciats que formulen prediccions i aquestes prediccions són validades per altres models teòrics o per la pròpia producció dels fets, podríem raonablement ignorar els problemes de la "distància" entre conceptes i indicadors. Però, quan no tenim experiments controlats ni formulem prediccions, aleshores carreguem els conceptes i les relacions entre ells amb tot el pes de l'explicació. La qual cosa ens remet a la qüestió d'altres tipus d'explicació.

[text, veure a p 56]

I I I . La crisis académica.

Sócrates: ¡Ignoras, mi querido Critón, que en toda ocupación las gentes mediocres y sin valor son en el mayor número, y los espíritus serios y dignos de estimación son la minoría? En definitiva, ¿no te parecen bellas cosas la gimnasia, el arte de los negocios, la retórica y el mando de ejércitos?

Critón: Sin duda alguna.

Sócrates: Y bien, ¿no ves que en cada una de esas artes hay una mayoría que se cubre de ridículo?

PLATÓN: Eutidemo (306 c, 306 d).

En esta sección seré breve, porque no son particulares de los departamentos universitarios de sociología, o de los centros de estudios sociológicos en otras instituciones científicas, muchos de los aspectos de la crisis. Lo que acontece es que, dada la multiplicación del número de sociólogos en los últimos decenios, los cuales no pueden hallar empleo más que dentro de la organización universitaria, y dadas las condiciones de crisis científica en la propia disciplina, los peores efectos del desfase entre racionalidad de la institución y racionalidad de las conductas, se concentran en el contexto intra-académico.

En 1980-81, en un debate en la revista científica francesa La Recherche sobre el tema (otra vez) de si la sociología es una ciencia (La Sociologie est-elle une science?) Pierre Bourdieu decía:

"hay muchas gentes que se dicen y se creen sociólogos y respecto a los cuales confieso que me es difícil (j'avoue avoir quelque peine) reconocerlos como tales". (Pierre Bourdieu, 1980, 738).

La observación de Bourdieu es conforme a la situación producida al cabo de veinte años de explosión académica, periodística y cultural de la sociología, veinte años de gigantesca vulgarización y trivialización (por una parte) y de snobismo y creciente oscuridad esotérica (por otra).

En la época en que Bourdieu realizaba su gran investigación en Argelia (años finales del decenio de 1950 y primeros del de 1960) existía una creencia generalizada en que la sociología podría ayudar rápidamente a la solución de una cantidad de problemas sociales. Esta creencia se daba en formaciones sociales de diverso nivel de desarrollo económico y de culturas diferentes. Yo la he encontrado en España, en Turquía, en Yugoslavia, en Argentina, etc. En el num. 1 (y último) de la Revista Española de Sociología antes citada, los profesores de la Universidad de Madrid que escribieron el editorial decían:

"La sociología (...) no debe limitarse a un análisis descriptivo de una problemática social, sino que debe ir más lejos, de tal suerte que sea uno de los factores aceleradores del cambio que la sociedad española necesita. El estudio riguroso y crítico de la estructura social del país pone de manifiesto contradicciones tan evidentes que (...) su esclarecimiento ha de tener un gran valor para la acción, ya que podrán conocerse con mayor precisión las fuerzas integrantes del todo que ha de ser el motor del cambio".

Nada menos. (Incidentalmente, la última frase no sé lo que significa). Por entonces yo estaba trabajando en el sudeste de Anatolia central, y en cada aldea de las que visitábamos se repetía la pregunta: ¿Para qué va a servir esta encuesta? Los problemas económicos (por la escasez de tierra cultivable, por la aridez del territorio, por el incremento de población) y los problemas políticos (por la contrarrevolución agraria en marcha que devolvía el poder a los antiguos terratenientes) se aliaban a problemas humanos lacerantes. A cada alcalde de aldea y al jefe de cada familia influyente había que asegurarles que los datos que se estaban reuniendo eran de la mayor importancia y que un día tendrían sus efectos para beneficio de una planificación económica. De hecho, a las dos semanas de trabajo no era difícil percatarse de que el mayor efecto de tantos viajes, tantas encuestas por equipos de estudiantes, y tantas visitas a autoridades locales, iba a ser la promoción académica del director de la investigación a una de las instituciones científicas de más alto prestigio internacional. Todo lo demás quedó como un enorme instrumento. El análisis tardó once años en publicarse en París y yo tuve que intentar (a través de abogados franceses) un proceso al autor, por apropiación de materiales sin citar mi nombre en los lugares pertinentes. La crítica científica independiente (ex. gr. La Recherche) señaló la debilidad científica de los análisis finales. Por entonces (1976) éso importaba ya poco.

En el decenio de 1960 se creía con tal firmeza que la sociología podría orientar racionalmente el cambio social, que las instituciones de investigación de los países centrales se volcaron a hacer encuestas en los lugares de cambio más radical y rápido de los países periféricos o dependientes. A principios de 1967, cuando llegué a Córdoba (Argentina) para hacer un estudio en la fábrica de automóviles IKA (asociación de Kayser y Renault), el primer obrero de la fábrica al que tratamos de entrevistar para el control del cuestionario-piloto, nos dijo que era mejor que buscásemos a otro: acababa de ser entrevistado, en las últimas semanas, por gentes de tres universidades norteamericanas diferentes, y creía que sus respuestas ya no podían tener la espontaneidad y la sinceridad necesarias.

Releyendo el formidable trabajo de Bourdieu y sus colaboradores sobre Argelia (que se publicó pronto y bien), observo que Bourdieu tuvo el humor de poner en una página en lo demás blanca, al principio del estudio sociológico propiamente dicho, una frase de un pequeño comerciante de Sidi bel-Abbès:

"Id y decidle a vuestro profesor que se han escrito ya una montaña de libros como ese. Eso no cambia nada. Eso no sirve para nada". (P. Bourdieu, 1963, p. 255).

Cuando se me daban comentarios de esta índole, sea en una aldea turca, sea en una "villa miseria" de los suburbios del Gran Buenos Aires, uno pensaba por entonces que éso era el efecto de la inercia mental de las gentes ignorantes. Ahora creo que Bourdieu da (tal vez involuntariamente) una observación más clarividente: "de todos los trabajadores, los proletarios son los menos accesibles a las seducciones de la demagogia" (P. B., 1963, 387).

He hecho esta introducción casi autobiográfica, porque creo que una de las razones del deterioro académico de la sociología ~~procede de la conciencia (ahora relativamente generalizada) de su poca utilidad social. Es más: de la conciencia de que, no habiendo prueba científica de muchas de las aserciones escritas por los sociólogos, éstos se hallan libres de escribir cualquier cosa sobre cualquier cosa. Así sucede que el sociólogo se encuentra en una situación completamente privilegiada respecto a otras profesiones. Los médicos, los arquitectos, los abogados, los ingenieros, están sujetos a sanciones profesionales (por parte de sus clientes, en primer lugar) si cometen errores repetidos que concluyen por calificarlos como malos profesionales. El abogado que no sabe manejar los conceptos jurídicos pertinentes para la exposición, definición y defensa de su caso, terminará por~~

En el decenio de 1960 se creía con tal firmeza que la sociología podría orientar racionalmente el cambio social, que las instituciones de investigación de los países centrales se volcaron a hacer encuestas en los lugares de cambio más radical y rápido de los países periféricos o dependientes. A principios de 1967, cuando llegué a Córdoba (Argentina) para hacer un estudio en la fábrica de automóviles IKA (asociación de Kaiser y Renault), el primer obrero de la fábrica al que tratamos de entrevistar para el control del cuestionario-piloto, nos dijo que era mejor que buscásemos a otro: acababa de ser entrevistado, en las últimas semanas, por gentes de tres universidades norteamericanas diferentes, y creía que sus respuestas ya no podían tener la espontaneidad y la sinceridad necesarias.

Releyendo el formidable trabajo de Bourdieu y sus colaboradores sobre Argelia (que se publicó pronto y bien), observo que Bourdieu tuvo el humor de poner en una página en lo demás blanca, al principio del estudio sociológico propiamente dicho, una frase de un pequeño comerciante de Sidi bel-Abbès:

"Id y decidle a vuestro profesor que se han escrito ya una montaña de libros como ese. Eso no cambia nada. Eso no sirve para nada". (P. Bourdieu, 1963, p. 255).

Quando se me daban comentarios de esta índole, sea en una aldea turca, sea en una "villa miseria" de los suburbios del Gran Buenos Aires, uno pensaba por entonces que éso era el efecto de la inercia mental de las gentes ignorantes. Ahora creo que Bourdieu da (tal vez involuntariamente) una observación más clarividente: "de todos los trabajadores, los proletarios son los menos accesibles a las seducciones de la demagogia" (P. B., 1963, 387).

He hecho esta introducción casi autobiográfica, porque creo que una de las razones del deterioro académico de la sociología procede de la conciencia (ahora relativamente generalizada) de su ineficacia práctica. Los sociólogos pueden producir textos sutiles y argumentados con suma complejidad intelectual sobre cualquier problema social; raras veces está en su capacidad el poder resolver los problemas o contribuir a las decisiones adecuadas para su resolución. Se diría que el a priori baconiano, Sapientia est potentia, que estuvo en el infantamiento histórico de la sociología, es irrealizable en esta disciplina. El mundo empírico de "lo social" tiene una consistencia propia que sólo circunstancialmente se altera (en el caso, por ej., de grandes manipulaciones por los mass-media, que dan lugar a fenómenos colectivos que en el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial se [definían como propios de la psicología de masas]).

por Bourdieu

Man
traducir

perder sus causas frente a colegas más competentes. El químico que provoque un accidente en su laboratorio, perderá su empleo. Los sociólogos (y otros científicos sociales afines, de disciplinas que han devenido especulativas, porque ésto es lo que conviene a la mayoría de sus docentes) no están sujetos a ese tipo de sanción. A pesar de los esfuerzos de Neil Smelser y de Karl W. Deutsch, los catálogos de proposiciones sociológicas definitivamente validadas, con carácter general, son catálogos más bien esqueléticos. Así acontece que los debates entre sociólogos son siempre inconclusos. Hubo un tiempo en que el debate terminaba cuando las partes se incriminaban mutuamente, unos llamando stalinistas a los otros, y éstos llamando a los primeros vendidos al imperialismo americano. Ahora, en los países desarrollados y decadentes en que se ha instalado una especie de cinismo general y la conciencia de que, en resumen, todos pertenecemos a la misma clase social y a la misma triba, los debates terminan simplemente dejando que cada uno recite su rollo, sabiendo que es la parte que le justifica en la distribución de los fondos públicos que llegan hasta esta profesión.

La sistemática sociológica no ha progresado substantivamente en el ordenamiento teórico de las numerosas parcelas de conocimiento que puede estimarse válido, pero que es relativo a los contextos sociales, políticos, económicos, o culturales, en que fué obtenido. ~~Nada~~ Nadie puede negar que en los últimos decenios se han realizado muchas y excelentes investigaciones, en sociología y en ciencias afines, que han producido conocimiento y lo han validado por las técnicas del proceso de obtención y por los tests de confiabilidad. Se trata, empero, de conocimiento que es más bien yuxtaponible que sintetizable, no pocas veces expresado en lenguajes teóricos diferentes. Estas parcelas de conocimiento sobre el hombre y la acción social, permanecen disjuntas, en cuanto, con frecuencia, el investigador se veía obligado a ser también constructor conceptual. De aquí (entre otras causas) la débil incrementabilidad y cumulatividad del conocimiento sociológico. ↑

Para resolver esta crisis es necesaria una motivación científica (en el sentido más estricto y riguroso) tanto en los estudiantes (que deben ser intransigentes contra el charlatanismo de los docentes mediocres) como en la propia institución universitaria; es también precisa la coordinación de los centros de investigación, a fin de que los resultados puedan ser comparados, evaluados, traducidos a un lenguaje teórico común, o a términos teóricos susceptibles de recibir la producción de nuevo conocimiento. Todo ésto ha devenido a su vez problema, en cuanto la producción sociológica, y la sociología

misma, se han ido transformando en una mercancía. La demanda procedente de los mercados culturales determina cada vez más el contenido de la producción que se llama sociológica. Los públicos quieren (o las editoriales creen que los públicos quieren) una mezcla comercial de ensayismo y de barniz científico. Y en este aspecto el ensayo de Estruch y Cardús dice, y dice verdad, algo muy grave para la disciplina como ciencia: la gente quiere ver confirmadas sus representaciones sociales. El sociólogo es un traductor, amplificador, y diversificador, de cosas que la gente piensa. Cada grupito de sociólogos cultiva su público.

La conexión entre teoría y práctica, entre teoría y métodos, y entre métodos y técnicas, se ha hecho más tenue, y en no pocos casos ha desaparecido. El híbrido de ensayismo literario y de encuesta ha devorado lo que hace todavía veinte años aparecía como una gran empresa científica.

En las instituciones de alto nivel científico de los países que tienen todavía vigente una tradición de racionalismo, de pensamiento científico, o de exigencias morales derivadas de una tradición puritana, y en los que hay auténticas comunidades científicas con juicio crítico (entre otras razones, porque son países que deben defender su rango en las jerarquías internacionales de prestigio) se exige a los profesionales que produzcan textos de calidad independientemente del mercado. En los países de muy bajo desarrollo económico, agobiados por problemas sociales dramáticos y manifiestos, los sociólogos se sienten (y están) convocados a colaborar con otros profesionales, junto a comunidades de base compuestas por los desheredados y los que sufren, para resolver o paliar tales problemas. El sociólogo vive en estos casos la realidad social directamente, inmerso en la comunidad, en contacto con médicos, enfermeros, pedagogos, especialistas en la lucha contra plagas o parasitosis. Tiene ahí la oportunidad de aplicar los conceptos generales, y de ir llenando las abstracciones de contenido empírico. En el Africa subsahariana los sociólogos están sobre el terreno, siguen de cerca la sedentarización de poblaciones nómadas a las cuales la sequía ha obligado a abandonar sus territorios, ayudan a la medicina preventiva, etc. Por supuesto, con errores y con éxitos, con un turnover entre la ciudad y la sabana, pero tratando de ser útiles a su comunidad. Hace pocas semanas he seguido la grabación de unos coloquios de sociólogos francófonos que han estudiado los problemas sociales y demográficos de la sequía en el Sahel, comparando sus experiencias con sociólogos brasileiros que trabajan en el N.E. del Brasil (Estado de Ceará). El método comparativo era una permanente fuente de enriquecimiento cognitivo.

La sistemática sociológica no ha progresado substantivamente en el ordenamiento teórico de las numerosas parcelas de conocimiento que puede estimarse válido, pero que es relativo a los contextos sociales, políticos, económicos, o culturales, en que fué obtenido. Nadie puede negar que en los últimos decenios se han realizado muchas y excelentes investigaciones, en sociología y en ciencias afines, que han producido conocimiento y lo han validado por las técnicas del proceso de obtención y por los tests de confiabilidad. Se trata, empero, de conocimiento que es más bien yuxtaponible que sintetizable, no pocas veces expresado en lenguajes teóricos diferentes. Estas parcelas de conocimiento sobre el hombre y la acción social, permanecen disjuntas, en cuanto, con frecuencia, el investigador se veía obligado a ser también constructor conceptual. De aquí (entre otras causas) la débil incrementabilidad y cumulatividad del conocimiento sociológico. A pesar

de los esfuerzos de Neil Smelser y de Karl W. Deutsch, los catálogos de proposiciones sociológicas definitivamente validadas, con carácter general, son catálogos más bien esqueléticos.

Para resolver esta crisis es necesaria una motivación científica (en el sentido más estricto y riguroso) tanto en los estudiantes (que deben ser intransigentes contra el charlatanismo de los docentes mediocres) como en la propia institución universitaria; es también precisa la coordinación de los centros de investigación, a fin de que los resultados puedan ser comparados, evaluados, traducidos a un lenguaje teórico común, o a términos teóricos susceptibles de recibir la producción de nuevo conocimiento. Todo esto ha devenido a su vez problema, en cuanto la producción sociológica, y la sociología

misma, se han ido transformando en mercancía. La demanda procedente de los mercados culturales determina cada vez más el contenido de la producción que se llama sociológica. Los públicos quieren (o las editoriales creen que los públicos quieren) una mezcla comercial de ensayismo y de barniz científico. Y en este aspecto el ensayo de Estruch y Cardús dice, y dice verdad, algo muy grave para la disciplina como ciencia: la gente quiere ver confirmadas sus representaciones sociales. El sociólogo es un traductor, amplificador, y diversificador, de cosas que la gente piensa. Cada grupito de sociólogos cultiva su público.

La conexión entre teoría y práctica, entre teoría y métodos, y entre métodos y técnicas, se ha hecho más tenue, y en no pocos casos ha desaparecido. El híbrido de ensayismo literario y de encuesta ha devorado lo que hace todavía veinte años aparecía como una gran empresa científica.

Pienso que Estruch y Cardús están (desgraciadamente) en lo cierto cuando dicen que esta crisis científica va a ser larga y que la situación tiene difícil arreglo. Pues precisamente la ausencia de "pruebas" científicas, o la negativa de las sectas sociológicas a admitir como "pruebas" los resultados condicionales y circunstanciales (si bien, no pocas veces, rigurosos, reproducibles, y bien ordenados) de la investigación con los recursos de la estadística matemática, produce unos efectos paradójicos que convienen en el más alto grado a los sociólogos que se contentan con disertaciones. No habiendo "prueba", se puede escribir cualquier cosa sobre cualquier cosa, sin ser sancionado por una comunidad científica. Esta es la paradoja: el sociólogo se halla en una situación privilegiada respecto a otras profesiones. Los médicos, los arquitectos, abogados, ingenieros, están sujetos a sanciones profesionales (por parte de sus clientes, en primer lugar) si cometen errores repetidos que concluyen por calificarlos como malos profesionales. El abogado que no sabe manejar los conceptos jurídicos pertinentes para la exposición, definición y defensa de su caso, terminará por perder sus causas frente a colegas más competentes. El químico que provoque un accidente en su laboratorio, perderá su empleo. Los sociólogos (y otros científicos sociales afines, de disciplinas que han devenido especulativas, porque ésto es lo que conviene a la mayoría de sus docentes) no están sujetos a ese tipo de sanción.

Así acontece que los debates entre sociólogos son siempre inconclusos. Hubo un tiempo en que el debate terminaba cuando las partes se incriminaban mutuamente, unos llamando stalinistas a los otros, y éstos llamando a los primeros vendidos al imperialismo americano. Ahora, en los países desarrollados y decadentes en que se ha instalado una especie de cinismo general y la conciencia de que, en resúmen, todos pertenecemos a la misma clase social y a la misma tribu, los debates terminan simplemente dejando que cada uno recite su rollo, sabiendo que es la parte que le justifica en la distribución de los fondos públicos que llegan hasta esta profesión.

El acervo de la sociología, como teoría y como práctica, se incrementa así por los dos extremos sociales: el del sumo privilegio, que permite a unos científicos trabajar con tiempo generoso, bibliotecas y ayudantes a su disposición, y el del extremo pauperismo, que exige que los que saben y pueden algo, se pongan al servicio de quienes no saben ni pueden.

En los países que no tienen un prestigio científico internacional que defender, ni tampoco graves problemas sociales de pauperismo, la sociología ha devenido una carrera cómoda para hijos de familias de clase media; familias que, en el contexto cultural y económico actual, lo que han hecho es sobreproteger a sus infantes en una especie de adolescencia prolongada, tratando de ahorrarles el más largo tiempo posible las experiencias del mundo del trabajo. Para los más audaces, o los que más pronto se liberan de la protección, el departamento de sociología es un trampolín mundano. El mundo que no se conoce ni en su gestación histórica ni en su realidad social, se toca por los continuos viajes y reuniones, sobre todo a los países privilegiados. Hay una "sociología" que se aprende en los bares y los dormitorios de hoteles de lujo. Para los menos audaces, el departamento ofrece un ersatz del prestigio y el poder locales, microcosmos en el que se gana algún dinero escribiendo cosas para un grupo político.

Y es por todas estas condiciones por lo que tantos departamentos de sociología se convierten en nidos de intriga, encapsulados sobre sí mismos, nichos ecológicos (para usar la noción de Stephen Toulmin) cuyos habitantes alternan los sentimientos de comunidad más íntima frente al exterior (frente a las propias autoridades de su universidad, cuando les piden cuentas de en qué emplean el dinero), y los sentimientos más viles de hostilidad de unos contra otros (en cuanto se trata de repartirse una subvención o de acceder a una promoción, por su propia naturaleza limitada).

El requisito de engordar la propia bibliografía como condición necesaria para cada nueva promoción académica, produce cada año un flujo de textos que se superponen a los que están determinados por la demanda cultural de extramuros universitarios. Esos textos escritos deprisa, porque hay que firmar la renovación del contrato, o conseguir al fin una tenure, tratan de conciliar urgencias contradictorias. Hay que satisfacer a la moda cultural o a los problemas que, en un periodo dado, reciben subvenciones de gobiernos u organismos privados, problemas que se estiman urgentes. Se entrecruzan continuamente criterios privados y públicos con las exigencias de la carrera individual, quedando las motivaciones genuinamente científicas subordinadas a los múltiples factores del contexto, sea institucional

fuerte

No

Y es por todas estas condiciones por lo que tantos departamentos de sociología se convierten en nidos de intriga, encapsulados sobre sí mismos, nichos ecológicos (para usar la noción de Stephen Toulmin) cuyos habitantes alternan los sentimientos de comunidad más íntima frente al exterior (frente a las propias autoridades de su universidad, cuando les piden cuentas de en qué emplean el dinero), y los sentimientos más viles de hostilidad de unos contra otros (en cuanto se trata de repartirse una subvención o de acceder a una promoción, por su propia naturaleza limitada).

El requisito de engordar la propia bibliografía como condición necesaria para cada nueva promoción académica, produce cada año un flujo de textos que se superponen a los que están determinados por la demanda cultural de extramuros universitarios. Esos textos escritos de prisa, porque hay que firmar la renovación del contrato, o conseguir al fin una tenure, tratan de conciliar urgencias contradictorias. Hay que satisfacer a la moda cultural o a los problemas que, en un periodo dado, reciben subvenciones de gobiernos u organismos privados, problemas que se estiman urgentes. Se entrecruzan continuamente criterios privados y públicos con las exigencias de la carrera individual, quedando las motivaciones genuinamente científicas subordinadas a los múltiples factores del contexto, sea institucional

Defectiva

(universitario) o comercial (públicos lectores). El snobismo cultural se mezcla con estrategias políticas y con las estrategias personales necesarias para salir adelante en el laberinto académico. El acervo de los clásicos se convierte él mismo en objeto susceptible de ser utilizado en estas estrategias y en luchas despiadadas por parcelas de poder. Se elijen pasajes de éste u otro gran pensador del pasado (el cual, estando ya muerto, no puede defenderse) y se les aplica el poderoso aparato crítico y técnico que tenemos en el presente. Raro es el clásico que no sea vulnerable en tan desigual lid. Hay que añadir que quienes así proceden no hacen (a veces) sino continuar un procedimiento que ya constataron como operativo en la biografía, y la bibliografía, de su superior jerárquico, el mandarín propietario de la cátedra o del departamento. También éste, para anunciar su talla intelectual en la plaza pública, se midió con algún clásico (o con varios a la vez) y demostró su ingenio desmontando pieza a pieza unas cuantas frases de cada clásico, a fin de demostrar que pertenecían a la prehistoria científica. Hay que recordar que una de las razones y de los valores de Parsons consistió en que siguió el procedimiento opuesto al que estoy describiendo. En lugar de sostener: "yo soy el primer científico verdadero en esta disciplina, y conmigo empieza la ciencia, y los que me precedieron andaban a tientas" (actitud de mandarín parisiense), lo que hizo Parsons fué lo contrario: tomó una serie de grandes clásicos y sostuvo que todos eran convergentes hacia un mismo objetivo final: la comprensión de la acción social. En vez de "No conozco profetas", lo que hizo Parsons con The Structure of Social Action (1937) fué declarar bien alto: "Todos Son Mis Profetas". Caso inteligente y más bien aislado, pues en las organizaciones universitarias salvajemente competitivas (si más no, por la sobrepoblación de docentes y aspirantes a docentes) la reputación académica tiende cada vez más a fundamentarse sobre la ruina de la reputación de los demás.

"En los juegos de poder casi políticos que los científicos profesionales emprenden (...) en nombre de sus respectivas disciplinas, las victorias institucionales sólo pueden ser transitorias. Cada nueva generación de aprendices, mientras desarrolla sus propias perspectivas intelectuales, también afila las armas para la futura toma del poder profesional". (Stephen Toulmin, 1977, vol. I, p. 292).

"El mundo científico (...) es el lugar de una competencia orientada por la búsqueda de beneficios específicos, competencia conducida en nombre de intereses irreductibles a los económicos (...) y percibidos por ello como "desinteresados". (Pierre Bourdieu, 1980, 738 - 743).

La crisis científica ha hecho más laberínticos, más kafkianos y surrealistas estos mundos intra-académicos. Al no haber descubrimientos científicos de la talla de los que se dan, por ejemplo, en biología o en astronomía (e incluso todavía en egiptología), los mandarines tienen que asegurarse una corte de repetidores de doctrina a su alrededor. En 1968 un profesor de Princeton, O. R. Young, escribió al final de un libro de sistemática en ciencia política, cuatro páginas (O.R. Young, 1968, 103 a 107), que son un ejemplo de honestidad, por una parte, y también de hartazgo y de irritación ante la situación que se estaba produciendo en la universidad americana. En un mundo de sectas competitivas en el que no hay ninguna ortodoxia aceptada, la relación mandarín-discípulos deviene de importancia capital. Esta relación da poder (transitorio) a los mandarines, pero a más largo plazo produce la esterilidad creativa y científica; los discípulos son meros implementadores (*sic*, p. 104). Las cuestiones de doctrina ocupan el tiempo y los debates, y cada secta se hace cada vez más inflexible (i.e., impermeable a la recepción del conocimiento ajeno). Quien no está en ninguna secta es, en fin, atacado por todas.

La descripción de O.R. Young ha dejado de ser el espejo de la realidad universitaria americana de hoy, pero en buena medida conviene a los que imitan a los Estados Unidos con veinte años de desfase.

La crisis científica ha estimulado asimismo la producción de libros escritos por sociólogos solamente para otros sociólogos. Son textos que se ocupan poco de incrementar el conocimiento del hombre sobre el hombre y sobre la acción social. En esos libros no se trata de problemas sociales ni de conflictos sociales, ni de cómo los hombres producen tales conflictos, se los representan, los desarrollan, los negocian, los radicalizan, o los resuelven. Por tanto, enseñan raramente cosas que conciernen al núcleo de la disciplina. Son los testimonios de una actividad intelectual que, como decía ya Hans Freyer sobre la sociología alemana en el periodo antecedente a la Segunda Guerra Mundial, se sabe enferma. Es el médico (presunto y deseado) que ha devenido él mismo enfermo.

Después de usar estos strong terms (Young, p. 103 en nota) sería contradictorio conmigo mismo si imitase al profesor americano en su cólera, con casi dos decenios de retraso. Procede ir poniendo término a esta reflexión y entrar en un puerto más apacible.

IV. La crisis política.

"Porque en los últimos veinte años hemos vivido una progresiva politización de nuestra existencia, nos interesa (...) averiguar qué es esa política bajo cuyo riguroso imperio vivimos... y morimos." (...)

"El sociólogo (...) deberá vivir con la plena conciencia de que si su teoría es importante, su persona no lo es, socialmente hablando. El sociólogo ha de objetivarse y perderse en su obra, en su sociología".

Nicolás Ramiro Rico, Sociología, sociólogos y economistas (1950, reed. 1980, 174, 184).

7. - Pistas hacia el espejismo.

"La cabeza mide / distancias / de otro modo que los piés".

Kafka a Milena, Abril 1920. (+).

La Historia de la sociología dice muchas cosas que están ocultas por los libros de éxito en el presente. Esta historia es ya de una extensión suficiente para permitir análisis distintos de los que se adhieren a la superficie textual. Cuando un edificio intelectualmente complejo ha ido creciendo y diversificándose, y deviene de una confusión inextricable, las síntesis del presente resisten las técnicas del presente. Para hallar hilos conductores hay que recurrir a los proyectos de los arquitectos. En el bien entendido que

(+) En una postal de Kafka desde Merano, a Milena, en Praga.

añora, desaparecidos o silenciosos los arquitectos, los maestros de obras y los albañiles reinterpretan los planos, y tratan de hacer habitable el edificio en función de sus experiencias y de sus propios proyectos. Así resulta que la Historia de la sociología incluye la sociología de la sociología.

Hay que tomar en cuenta otra cosa; las síntesis que van siendo producidas son, en no pocos aspectos, como esos estuches que se encuentran en los bazares de Oriente: cada uno contiene en su interior, sucesivamente, otros de tamaño más pequeño y con símbolos y colores distintos. Lo que se alberga en el último no es, necesariamente, ni lo más voluminoso ni lo más significativo.

Siendo el siglo XIX el siglo por excelencia de la europeización (como el siglo XX lo ha sido de la americanización), los estilos intelectuales y modos de pensar propios de la tradición europea se constituyen en trama que recibe y sostiene las particularidades políticas de cada país y la opción de clase de cada pensador. Todo esto queda imbricado en síntesis existenciales que se encapsulan a su vez en lenguajes de escuela o de filiación teórica. Las ideas viajan con los libros, y cosas nacidas en Francia o Alemania como respuesta a problemas determinados, germinan en otras partes dando híbridos sorprendentes.

Con todo, alguna correspondencia es siempre descubrible entre la sociología que se hace en un país y los caracteres que definen la situación histórica de su sociedad. Ni las modas culturales ni la discrecionalidad intelectual individual pueden volar arbitrariamente durante un tiempo (aunque puedan dar lugar a episodios y libros aislados). (+).

Los clásicos tuvieron compromisos políticos que reelaboraron con sutiles argumentos teóricos. Esta era su misión: aportar unas dimensiones de racionalidad científica a determinadas racionalidades po-

(+) Determinación indirecta y que no es susceptible de prueba, sino tan sólo de sugerencia. En el decenio de 1940 hubo en Argentina y Brasil, ex. gr., una moda apasionada por Hans Freyer (que fué un filósofo-sociólogo que se quedó en la Alemania hitleriana). Unos veinte años más tarde una profesora de una universidad de Buenos Aires me contaba que en su habitación de estudiante tuvo una imagen de la Virgen y una gran foto de Hans Freyer. También Brasil (Rio y São Paulo) participaron de esta admiración por el sociólogo teórico alemán. Se puede sugerir que en un periodo en que ambos países estaban construyéndose como naciones (eran Estados, pero naciones lo eran *in fieri*, por la enorme masa de inmigrantes) la filosofía de Freyer a la vez comunitaria, hegeliana, y organizativa, era funcional para los aspirantes a formar parte de las clases dirigentes.

Otras determinaciones son más directas. Pocas gentes saben hoy (quizá ya nadie, dado el olvido histórico que caracteriza a los españoles) que en las historias de las teorías sociológicas de finales del siglo XIX y

FINAL DE LA NOTA DE LA PAG 67

principios del siglo XX, consta un autor español por una teoría sobre el parasitismo social. El jurista, penalista, de orientación positivista, Pedro Dorado Montero, elaboró una imagen de la sociedad como un gran escenario de relaciones de parasitismo y dependencia recíproca. No es sorprendente, en un tiempo en que las burocracias públicas aparecían ya transparentemente como parasitarias, un tiempo en que el país tenía una de las tasas más bajas de trabajadores productivos asalariados (comparativamente a otros países europeos), y en que las familias de las clases no trabajadoras se caracterizaban por una cantidad de mujeres ociosas; el ideal de las clases medias, símbolo de status, era evitar a las mujeres toda relación con el mundo del trabajo (incluido el intelectual), tener abundante servicio doméstico, y contribuir precisamente al status del varón que, solo individuo con un empleo o un negocio, podía mantener una casa rodeado de muchos familiares y allegados.

En los países africanos post-coloniales se han desarrollado asimismo ensayos sobre el parasitismo. Lo que no es sino reflejo inmediato de la circunstancia: en cuanto un hombre destaca, sea como miembro del Partido gubernamental, sea como estrella en los mass-media, etc., se trasladan a su lado, a la ciudad, todos los miembros del clan familiar, los cuales se instalan parasitariamente viviendo del hombre público.

Ha sido un sociólogo africano el que me recordó que en los manuales de sociología antiguos, un autor español figura con una teoría sobre el parasitismo. No he tenido tiempo de investigar en los libros del jurista español (que, creo, publicaba sobre todo en Barcelona).

Quizá algún estudiante rastree el tema para una tesis de postgrado.

-líticas. Complementariamente observaban y sometían a análisis crítico las carencias, flaquezas y lados vulnerables de sus respectivas sociedades (lo cual tenía una trascendencia política práctica, en una época de constante rivalidad política, económica y cultural de los grandes Estados europeos, por la hegemonía en el Continente y, si posible, en ultramar). Los clásicos que no estaban motivados por esta forma de servicio a su nación, debían observar y someter a análisis crítico las carencias, flaquezas y lados vulnerables de las clases sociales que pretendían liderar a las que habían atribuido la función de futuro sujeto histórico. Es el caso de Marx y de Engels y de su lucha contra las ideologías burguesas. De este trabajo políticamente motivado, ha quedado un conocimiento positivo en forma de sociología de las ideologías (una consecuencia académica tal vez no prevista por Marx ni por Engels).

Lo que diferenciaba (entre otras varias cosas) de un modo cualitativo a los clásicos respecto de los ensayistas sociales y de los escritores directamente políticos, es que las presiones que sobre ellos ejercían las necesidades políticas y de organización social, no son reflejadas en su inmediatez, sino a través de filtros y mediaciones intelectuales y teóricas. Las presiones son reelaboradas mediante una diversidad de transacciones, unas teóricas (desde la base epistemológica asumida) otras prácticas (políticas y económicas). Este complejo de transacciones se hace visible más tarde, cuando percibimos la síntesis existencial gracias a la suficiente distancia histórica.

Por todo ello es un tanto simplista la discusión (ya anacrónica, creo) destinada a decidir si la sociología es, en general, ciencia de crisis que nace con una crisis histórica (los fracasos políticos y sociales de la restauración del Ancien Régime en el primer tercio del siglo XIX europeo), o si es, necesariamente, ciencia de sociedades estables, capaces de mantener un orden social en un entorno de transformaciones materiales y técnicas, orden que permanece en su núcleo sin merma de las adaptaciones económicas y prácticas.

Ahora bien, no es lo mismo estar, como ciudadano además de como sociólogo, en una sociedad derrotada y que busca nuevas bases para su prosperidad y para hacerse un lugar en el mundo de los poderosos, que estar en una sociedad que domina ese mundo por su industria, su comercio, sus finanzas, o su flota. No es lo mismo escribir en una fase de confianza social que en periodo de crisis y nihilismo. Ni es igual escribir en una sociedad arcaica que en otra que tiene en pleno desarrollo sus fuerzas productivas.

Hay razones suficientes para presumir que una ciencia de la sociedad, i.e., una ciencia cuyo objeto son más bien los resultados o productos sociales de las relaciones entre actores (individuales y colectivos), deba ser una ciencia conservadora. Este sesgo no aparece con la misma evidencia si decimos que el objeto de la sociología es la explicación de la acción social, o en términos más generales, que es el estudio, clasificación y análisis de las relaciones en sí mismas.

Las sociedades son productos de la acción, productos relativamente estables, a pesar de estar continuamente trascendidos, como casi todas las cosas humanas, por la historicidad. Las preguntas permanentes que subyacen a toda reflexión social, desde la más antigua, revelan que ante la mente del pensador aparecen como enigmáticos dos grandes hechos: que las sociedades, a menos de ser radicalmente asesinadas por una agresión foránea, se desintegran muy difícilmente; segundo, que la mayoría social obedece a una minoría. Como decía Hume, "nada hay tan sorprendente, para quienes consideran los asuntos humanos con mirada filosófica, como la facilidad [the easiness] con la cual los muchos son gobernados por los pocos".

Una ciencia particular de la sociedad tiende a ser conservadora porque ese objeto tiende a ser estable y porque el conocimiento mismo exige órdenes relativamente estables. Las hipótesis de orden, regularidad, recurrencia, son esenciales en el conocimiento científico, para que éste pueda ser objetivado y transmitido. Tiene su lógica profunda que ya en el primer tercio del siglo XIX se ligue por un autor, en la Inglaterra antirrevolucionaria, el concepto de sistema (system) con el predicado social.

Otras razones para presumir que una ciencia particular de la sociedad deba ser conservadora, provienen de la extremada complejidad de las sociedades, tanto las mal llamadas 'primitivas' como las de nuestro presente. Todo se sostiene en cierta medida, y muchos hábitos y modos de comportamiento se reconstruyen, aparentemente de manera espontánea, después de eventos políticos o sociales que, para los actores, marcaban una irreversible ruptura revolucionaria. En su útil librito sobre la formación del moderno espíritu francés Hans Kohn cita (1955, 49) una carta de Taine al anciano Guizot, en la que se argumenta que una ciencia social ha de tender hacia el conservadurismo por la propia complejidad del cuerpo social. "Esto nos protege fácilmente del charlatanismo y de las panaceas generales". Dejando aparte el contexto en que la carta está escrita (cuando la sociedad francesa burguesa vive aún bajo el impacto de la Commune) pienso que Taine está en lo cierto. Ningún utopista había sido científico. La utopía contenía la organización social imagi-

-naria. Por esto Marx tuvo que librar un continuo combate contra ellos. Hay, además, utopistas y utopías. Las del siglo XIX europeo no son como la de Platón. Este había encontrado el modelo histórico de la comunidad política perfecta, y de lo que se trataba era de estabilizarlo y defenderlo frente a la energía vital, inexperimentada e irracional, de las generaciones jóvenes.

Los seres humanos no somos libérrimos contractualistas que firmamos y rescindimos compromisos según nos conviene (como supone, y generaliza, la ideología económica liberal). Aunque el capitalismo convierte en mercancía cuanto toca, no puede hacer mercancía de su propia organización social capitalista. La organización social no es rescindible.

Los juristas y filósofos anteriores a la crisis que es coetánea con el nacimiento de la sociología (o más precisamente, con la conciencia social de que es necesaria una ciencia como la sociología), habían razonado a su modo la estabilidad de las sociedades. Unos lo habían hecho por una reducción psicológica: la affectio societatis cara a los escolásticos. Otros lo hicieron por una ficción jurídica, el pacto o el contrato social permanente. La sociología nace no porque tenga un proyecto revolucionario, sino porque aquellas ficciones eran vulnerables y revolaban su obsolescencia, tanto teórica como práctica. El Derecho, la jurisprudencia, la teoría política, la filosofía moral, eran disciplinas insuficientes en una época de crisis y de cambio. Se requería un nuevo conocimiento y un nuevo lenguaje. Solamente la religión seguía apareciendo, y siendo, el cemento que resiste a más largo plazo. Esta consistencia relativa de la religión emerge incluso como explicación "científica" en la historia social y cultural comparativa que se escribe en Francia e Inglaterra, en Alemania y en Rusia, durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros decenios del siglo XX: hay una cantidad de literatura comparativa que "explica" diferencias entre sociedades por su base religiosa: la anglicana y la católica, la luterana y la católica, la bizantina y la romana, etc.

Frente a la permanencia y consistencia, relativas, de la religión, una cierta "ciencia social" asume, para determinados públicos, un carácter disolvente y revolucionario. El mismo Taine, espíritu conservador y burgués, escribió en su introducción a la Histoire de la littérature anglaise aquello que hacía estremecer de indignación al clero de Francia, i.e.: que el vicio y la virtud son productos químicos como el vitriolo. Audacia materialista

más espectacular que real por parte de quien sabe que el equilibrio del edificio social no depende de la virtud de los inquilinos.

La ciencia social misma se constituye, en general, bajo tres condiciones que la enfrentan en su raíz a las imágenes religiosas del mundo y de la historia, a saber:

-- des-sacralización (o en otro término, secularización), lo que implica asumir plenamente que son los hombres los actores de su propio drama y que hay que excluir del discurso y de la reflexión científica las causas trascendentes al mundo humano (sean éstas un plan de la Providencia, sea un fatum imputable a un pueblo o a la familia o dinastía reinante en un pueblo, etc);

-- sistematicidad : los hechos sociales (como se decía entonces) al relacionarse forman sistemas, los cuales, en cuanto sistemas, son independientes de voluntades individuales;

-- especificidad de lo social : los hechos sociales poseen propiedades irreductibles a explicaciones (o "factores") naturalistas, como los biológicos, geográficos, climatológicos, étnicos, etc., (aunque el nivel social, para existir, necesita el soporte material de otros niveles de organización, como los biológicos, poblacionales, psicológicos, etc.; lo importante es que hay propiedades del hecho social que son irreductibles a sus soportes). Asimismo, la exclusión de la sobre-determinación espiritual o suprasocial (lo que está, en parte, incluido en la condición de des-sacralización).

Dadas estas condiciones, la sociología debía aparecer como revolucionaria frente a la religión y como conservadora frente a todos los utopistas y revolucionarios.

Hubo mucha gente que se engañó, y creyó que, porque la sociología era corrosiva frente a la religión, lo era en todo lo demás. El historiador de la 'Sociedad Fabiana', Edward R. Pease (de la cual fué secretario desde 1890 a 1913, y secretario honorario hasta 1933) describe elocuentemente el clima de conflicto ideológico en que se formaron, a finales del siglo XIX, los que serían futuros líderes laboristas británicos:

(sigue en 72)

"No es fácil reconstituir la amplitud del abismo [(gulf)] que separaba a la joven generación de aquel período respecto de la de sus padres. El Origen de las especies, publicado en 1859, inauguró una revolución intelectual como el mundo no había conocido desde que Lutero clavó sus tesis en la iglesia de Todos los Santos en Wittenberg. La gente mayor se negó en bloque a considerar o aceptar la nueva doctrina (...) Nuestros padres, que no leían ni a Spencer ni a Huxley, vivían en un mundo intelectual que no tenía relación alguna con el nuestro; y cortados como estábamos de las ataduras intelectuales de nuestra adolescencia, y reconociendo, como reconocíamos, que los adultos eran inútiles como guías en cuestiones de religión, ciencia, filosofía, puesto que nada sabían de la evolución, nosotros sentíamos también instintivamente que nada podíamos aceptar como artículo de fé si venía de aquéllos que aún creían que los primeros capítulos del Génesis describen exactamente el origen del universo, y sentíamos que debíamos descubrir en alguna parte, por nosotros mismos, cuáles son los verdaderos principios de la entonces recién inventada ciencia de la sociología". (E. R. Pease, citado in extenso en David Thomson, 1950, 1959, p. 151).

Como podemos observar, las adhesiones emocionales a la sociología por parte de jóvenes de clase media, son bastante más antiguas de lo que podrían suponer quienes las han protagonizado, en ignorancia histórica, en el decenio de 1960 a 1970. Y como podemos constatar por el testimonio histórico, aquella sociología, que era la de Spencer, resultó muy poco revolucionaria para el orden social.

Spencer dió confianza a las clases medias de Inglaterra y Escocia en sus papeles económicos y políticos en el siglo XIX, en el ámbito interno (la industrialización) y en el externo (el dominio imperial mundial). La sociología de Spencer naturalizó el proceso, haciéndolo orgánico, evolutivo, actuante por medio de la especialización funcional y la integración estructural. La creación de la sociedad industrial, y la Pax Britannica, estaban inscritas en el orden natural de las cosas. Ciertamente, éste era un orden en constante devenir y adaptación. La quiebra de una aplicación simple, estática, y general, del principio de identidad, conmovió a los espíritus fideistas para quienes los ^{objetos} habían sido siempre idénticos a sí mismos. No hubo otro cambio revolucionario. Solamente hacia el final de su vida Spencer se

percató de que el dominio del comercio mundial no era condición suficiente para el dominio político mundial, y que industria e imperio convergían en la necesidad de una nueva, gigantesca, estructura militar. Los imperios militares-industriales estaban delante, no detrás.

Es el caso de la sociología en Francia el que suele aducirse para la caracterización de la empresa intelectual de este nombre como ciencia de crisis. En los manuales (y en las explicaciones en el aula de los docentes simplificadores y vulgarizadores) suele trazarse una analogía entre Comte y Durkheim, en el sentido de que ambos trabajan inmediatamente después de una crisis (Comte, en medio del fracaso de la restauración política y religiosa del Ancien Régime, Durkheim después de la derrota de Francia en la guerra contra Prusia). La correspondencia es superficial y falaz. Comte aspiraba a obtener un saber general sobre las formas de la sociabilidad humana, cualquiera que fuese el contexto social. Conocidas esas formas y sus "leyes", podría estabilizarse y organizarse debidamente el cuerpo social, poniendo fin a la recurrencia de las revoluciones. Durkheim, en cambio, procede como un científico experimental por el análisis del milieu específico que da origen a cada tipo de acción y de orientación. La relación entre el milieu o contexto y los "hechos" o "problemas", es una vía regia para el análisis sociológico. Comte era substantivamente universalista; Durkheim era contextualista en lo substantivo y universalista en lo conceptual y metodológico. Durkheim no estaba interesado en restablecer un orden antiguo, sino en contribuir a la cohesión social, civil, laica, republicana, de la recién nacida Tercera República. Durkheim estaba asimismo, y sobre todo, motivado para contribuir a la formación de una conciencia colectiva científico-racional en las élites tanto intelectuales como políticas. La educación universitaria científica era tan importante como la educación cívica, ambas sosteniéndose recíprocamente. En los años entre la Commune y el Congreso de Berlín era opinión común en Francia que la causa de la derrota estaba en la propia universidad francesa (que no podía resistir la comparación científica con la universidad alemana). En la breve, pero intensa, fase de reacción religiosa que se apoderó de una parte de las clases altas y de la clase media francesa después de la derrota de 1871, se puso fin al monopolio estatal de la enseñanza universitaria (constitución de Facultades católicas en 1875) al mismo tiempo que se hacía evidente que se necesitaban nuevos principios de integración y solidaridad sociales. No es casual que en la obra de Durkheim predominen los temas de la integración social

sobre los de diferenciación y segmentación sociales, ni es por una voluntad de distanciamiento por lo que Durkheim somete a crítica tantos aspectos biologists y psicologists de la sociología de Spencer. Conciencia colectiva (en el nivel de lo social) y racionalidad política (del Estado que arbitra, organiza y dirige, primus inter pares entre las organizaciones sociales) afirman sus principios irreductibles y sus valores. Durkheim racionaliza; Spencer naturaliza. Éste codifica el apogeo de una sociedad liberal, individualista, que ha sabido ocultar la violencia económica; aquél pone principios para una sociedad que está por venir, guiada por la fé en la razón y la ciencia, con una democracia participativa más allá de la liberal-parlamentaria burguesa. Consecuentemente, sus actitudes ante la función social del Estado difieren substantivamente, diferencia tanto más cualitativa cuanto ambos eran enemigos del Estado autoritario, fuese de inspiración absolutista histórica, o de inspiración hegeliana filosófica o jurídica. Un rasgo común a ambos es la hostilidad hacia el socialismo y su concentración de poder político y económico.

Tampoco en Estados Unidos nace y se desarrolla la sociología como un proyecto revolucionario, si bien nace y se desarrolla con profundas implicaciones políticas, económicas, y éticas.

La sociología de orientación spenceriana fué hegemónica en Estados Unidos en el último tercio del siglo XIX, y no provocó allí una ruptura intelectual como la que E.R. Pease señala para Inglaterra. Los contenidos individualistas y evolucionistas que aparecen en la filosofía social de Spencer, convenían muy bien al espíritu de libre empresa y de laissez faire y al contexto histórico de un país en pleno desarrollo de sus fuerzas productivas. En 1885 William Graham Sumner publicaba en Nueva York Lo que las clases sociales deben una a otra (What Social Classes Owe to Each Other) para demostrar que nadie debe nada a nadie y que (simplemente) se da la supervivencia del más apto y del más hacendoso. Diez años después escribía: "La locura más grande en que puede caer un hombre es la de sentarse con lápiz y papel a planear un nuevo mundo social" (1894, reimpr. 1911, 195-210). Dado que este hombre era consecuente con sus ideas, cuando un estudiante en Yale le preguntó qué opinaría si otro profesor le quitaba su cátedra, respondió que la culpa sería probablemente de él mismo, por no haber sabido desempeñarla como el más apto. Toda intervención de un poder social o político para salvar a los fracasados o los desheredados de su fatal destino, no podía conducir sino a empeorar la situación de la sociedad.

Esta racionalización de un capitalismo agresivo produjo sus contratendencias en la propia América, por parte de gentes con una

cultura científica y filosófica, que no eran beneficiarias principales del proceso de desarrollo capitalista.

Lester F. Ward era un hombre de esta clase. Creía en la posibilidad de mejorar el orden social por una conjunción de racionalidad científica, voluntad, y principios morales. No era un altruista sentimental, pues pretendía ser un científico. No se hacía ilusiones sobre los motivos básicos que mueven a los hombres y que se traducen en fuerzas sociales. Pero estaba convencido de que la voluntad también es una fuerza social (influencia de Schopenhauer, uno de sus maîtres à penser) y que la voluntad debía ser usada en el mejoramiento de la sociedad. El mundo social podía ser construido, como ingenieros y arquitectos construían un nuevo mundo artificial. Los sociólogos podrían enseñar a los políticos qué podían éstos hacer y cómo. La intervención planificada, la educación pública y cívica, la protección de los débiles, la aplicación de principios científicos para una acción social colectiva, la función reguladora del Estado, eran dimensiones de una actividad pragmática, una sociología aplicada, regida por principios normativos (en su teoría) y desplegada como un arte (en la práctica). Lester F. Ward tenía una concepción ingenua y grandiosa de la sociología, la ciencia de las ciencias (scientia scientiarum).

Ward había sido contemporáneo de una generación de ensayistas sociales americanos, unos críticos, otros utópicos (Edward Bellamy, H. D. Lloyd), y de sociólogos que estaban asimismo motivados por la reforma social. Si el decurso de las ideas tuviese una lógica propia, obediente sólo a las relaciones con otras ideas, esa tradición nativamente americana y prometeica, hubiese podido constituirse en ideología orgánica (en el sentido gramsciano) para economistas y políticos precisamente en el periodo de la Gran Depresión de 1929 a 1937, cuando los traumas sociales producidos por la crisis degradaban las condiciones de vida de millones de americanos y no pocos intelectuales se interrogaban sobre el final del capitalismo.

Por qué no ocurrió tal cosa y por qué el funcionamiento del sistema capitalista en Estados Unidos debía incluir el fracaso, o el silenciamiento, de aquella tradición y la esterilización de sus potencialidades, son cuestiones que han sido objeto de diferentes racionalizaciones (+). Pocos años antes de la crisis la memoria de Ward seguía viva como la del "Aristóteles de América"; en cuanto se hizo dominante el empirismo observacional y sociográfico su nombre desapareció incluso de los manuales de sociología. En el espacio de dos generaciones se pasó de una concepción prometeica de la construcción del mundo social,

(+) Nota pie pag., en 75 bis.

=====
NOTA DEL PIE PAG. 75
=====

(+). Por qué en la sociedad americana pudieron prender doctrinas libertarias y, en algunas áreas, incluso doctrinas nazis, pero los americanos resultaron impermeables, en general, al socialismo y al marxismo, es un tema que ha sido tratado por numerosos autores. Ya a principios de siglo Werner Sombart se planteó el asunto de la resistencia de la sociedad americana al ideario socialista. Indirectamente lo trató también Talcott Parsons varios decenios más tarde, en sus análisis comparativos de la República de Weimar y de Estados Unidos. En el momento en que redacté esta nota recibí la noticia de la muerte accidental (en Istanbul) de Louis Hartz, quien consagró no pocas reflexiones al tema, dando una argumentación que me sigue pareciendo interesante (a pesar de su difícil lectura); véase Hartz, The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought since the Revolution, Nueva York, Harcourt, Brace and Co, 1955, caps. IX y X, sección 4 del cap. X, pp. 277 y sigs. Una reflexión alternativa, basada en datos económicos comparativos entre Estados Unidos y los países de Europa central y occidental, durante la crisis de 1930, se ofrece en mi libro (en curso de terminación) Sociología política de las crisis económicas. Los datos muestran hasta qué punto los Estados Unidos, a pesar de la magnitud de la crisis, se beneficiaban de ésta por lo que concierne a las transacciones mundiales.

a una sociología escindida en tres áreas:

- el ensayo culturoológico académico (reflexiones sobre la civilización, estudios comparativos e históricos, la técnica y el cambio cultural, la civilización urbana frente a la folk, etc);
- la observación empírica y sociográfica, ex. gr., sobre delincuencia juvenil, problemas de convivencia urbana entre diferentes grupos étnico-lingüísticos, adaptación de inmigrantes;
- el experimento de laboratorio: el behaviorismo, la sociometría de pequeños grupos, la psicotecnia de las relaciones humanas en las fábricas, etc.

El proceso de urbanización y la gran extensión de la educación media y superior, hicieron posible una especialización de funciones entre los científicos sociales. Muchos de estos profesionales eran hijos de inmigrantes europeos y no habían podido conectar con escritores radicales americanos que publicaron sus libros en los últimos años del siglo XIX o en los anteriores a la Primera Guerra Mundial. De Europa llegaron simultáneamente métodos estadísticos y de tratamiento de datos muestrales que pronto adquirieron en América el estatuto de objetividad científica. Estadísticos americanos como G. W. Snedecor continuaron en Estados Unidos la obra que en Gran Bretaña estaban haciendo Karl Pearson y Ronald (luego Sir Ronald) A. Fisher. De estas bases se desarrolló la escuela que fué hegemónica en la investigación empírica americana, con Paul Lazarsfeld, James Coleman, H. Blalock y otros.

La concepción de la ciencia social que tenían estos profesionales les alejaba (o les oponía) a la conjunción de teoría, práctica y ética que caracterizó a los sociólogos del meliorism y de la reforma social. En cuestión de ética, había que imponer un "manos fuera". La ciencia es neutral. En su excelente libro Science, Class, and Society el sociólogo sueco Göran Therborn recuerda oportunamente (ampliando una observación de Gouldner) ^{ve} en plena época de disturbios sociales y crisis económica, en el año 1937, cuando en el "Memorial Day" la policía de Chicago mató diez obreros metalúrgicos, era precisamente cuando Talcott Parsons empezaba su magna obra teórica de la integración social por los valores culturales, y cuando Fritz Roethlisberger y sus colaboradores hacían la siembra sociotécnica para la teoría de las relaciones humanas en la industria (Göran Therborn, edición inglesa de 1977, pp. 421-422).

En fin, la sociología "aplicada" que no era meramente observacional se estaba convirtiendo rápidamente en manipulación social. Los

procesos sociales dirigidos y controlados que había imaginado Ward eran ya una realidad, aunque de naturaleza muy diferente a la por él deseada. Se llamaba ciencia social aplicada a prácticas psicotécnicas, a experimentos de laboratorio con grupos condicionados, a la organización "científica" del trabajo y las cadenas de montaje en las fábricas, a técnicas de propaganda política y de publicidad mercantil, y cada una de estas actividades creaba empleo para miles de nuevos profesionales, interesados en su consolidación y desarrollo. Así se expandía un sector terciario diferente del previsto por algunos de los padres fundadores de la sociología americana, y que hubiese debido funcionar para la transparencia racional de las relaciones sociales y la autodeterminación del individuo en armonía con la sociedad. Apenas habían transcurrido tres años desde la muerte de Ward, un director cinematográfico, D. W. Griffith, produjo la primera película de propaganda política destinada a justificar una guerra a ultranza contra otra nación (en este caso, contra Alemania. El film fué Hearts of the World, 1917. De modo que Ramb Stallone tiene, por lo menos, seis decenios de raíces).

No se estaba únicamente edificando un mundo material nuevo en substitución del entorno de la Naturaleza que había regido la vida y la muerte del hombre durante siglos. No se estaba solamente construyendo rascacielos, urbanizando el campo y levantando nuevas ciudades, alargando los ferrocarriles, produciendo automóviles y autopistas para ellos, y vendiendo otros mil productos de la técnica. Se estaba creando por primera vez en la historia todo un mundo simbólico artificial, hecho de mensajes, de imágenes, iconos, condicionamientos sensoriales e intelectuales, mundo que rodea a cada individuo con nuevos lenguajes artificiales, y se interpone entre cada ser humano y su prójimo, y entre cada hombre y sus instrumentos de trabajo (algunos de ellos recíprocamente activos, productores también de símbolos, informaciones numéricas y mensajes). Ahora cada nueva generación nacida en este universo artificial lo asume como propio. Y con excepción de erráticas minorías que andan a la búsqueda de una identidad, la mayoría de los individuos lo justificamos por nuestros trabajos en él. Los sociólogos han devenido necesarios para la cohesión de este universo simbólico, en cuanto los estudiantes precisan que se les enseñen códigos para descifrar signos, símbolos y significados, y en cuanto los propios sociólogos han logrado persuadir a los dueños del dinero público que la sociología es muy valiosa para orientarse en el laberinto.

Dadas estas condiciones, esta filiación intelectual, y estas prácticas académicas y sociales, resulta un hecho más bien sorprendente que hacia finales del decenio de 1961 a 1970 la sociología (o las sociologías) se transformaran en una especie de doctrina revolucionaria y que no solamente las gentes de orden, sino también los sociólogos, creyeran de buena fé que la sociología era (o podía ser) el instrumento o el arma definitiva para la revolución (o para alguna clase de ruptura revolucionaria irreversible). La dicotomía entre sociología del orden y sociología de la revolución, que puebla tantos ensayos y textos del periodo 1965-1975, siempre me pareció profundamente engañosa, tanto para los lectores como para quienes la empleaban convencidos de su pertinencia. Por una parte, porque todos los grandes clásicos de la sociología con la sola excepción de Comte (que estaba obsesionado por el consensus) son pensadores que han incorporado a sus análisis el conflicto social y no ignoran la función del conflicto en conseguir que el orden político y el orden legal sean más civilizados o más justos. Desde Maquiavelo a Durkheim pueden aducirse los textos sobre la funcionalidad del conflicto para el perfeccionamiento de las leyes (en el caso de Durkheim, argumento llevado a sus últimas consecuencias: no hay sociedad conocida sin conductas delincuentes; sin delincuencia no se perfeccionaría el Derecho) (4). La funcionalidad social del conflicto fué argumentada incluso como contributiva a la cohesión del grupo o de la nación (un punto de vista diferente del que subraya el vínculo entre conflicto e historicidad). En la Alemania post-bismarckiana ese argumento aparece en varios pensadores, entre ellos, en particular, Georg Simmel. La hostilidad del entorno o la agresión exterior refuerzan la identidad y cohesión del grupo (una observación cuya probable fuente es el propio contexto histórico-político alemán, cuando los alemanes se ven como un "imperio del medio" rodeado de potencias hostiles).

Por otra parte, porque el estructural-funcionalismo parsoniano no negaba la existencia del conflicto social; lo que había hecho era reducirlo o localizarlo (en las transacciones entre subsistemas) y más precisamente individualizarlo (como una expresión de tensiones por la energía de que es portador el individuo). Para construir una sociedad nueva, a través de una revolución, también era válida la proposición parsoniana que dice que los sistemas de nivel más alto de informa-

(+) El argumento no era nuevo, y lo que Durkheim hizo fué desarrollarlo y darle un tono escandaloso para los burgueses bien pensantes: sociológicamente hablando, puesto que el crimen es un hecho social general, el crimen es normal. Marx, que había muerto once años antes de que Durkheim escribiera ese texto, conocía el argumento a través de Mandeville, e hizo sobre él algunos comentarios sarcásticos (en Theorien..., V, 182).

-ción controlan los sistemas a nivel más alto de energía. (Proposición que reescribe, en lenguaje complicado, algo que era obvio para todos los verdaderos revolucionarios que hubiesen leído a Lenin y la tesis que dice que teoría y organización son intrínsecamente superiores a voluntad y espontaneísmo).

El nacimiento de una autotitulada sociología de la revolución debe rastrearse y hacerse inteligible por otros caminos. Por supuesto, había la guerra del Viet-Nam y habían las luchas guerrilleras contra el neocolonialismo y el imperialismo. Aquí estoy tratando de filiaciones intelectuales y no insistiré sobre esos factores históricos suficientemente conocidos (y de suprema importancia en algunos de los aspectos coyunturales). Creo que no pocos de los doctrinarios de la nueva sociología y de la sociología de la revolución, en Estados Unidos, lo que querían era precisamente no ir a la guerra de Viet-Nam, y más bien escribir sobre las guerrillas que participar en ellas. Con un decenio de retraso repetían el espejismo de Sartre: la guerra de Argelia era el preludio de la revolución en Francia, etc. Había que esperar que la historia trajese la revolución a casa.

Es oportuno recordar aquí que la revolución sociológica (no social) fué precedida, y en cierta medida infantada, por un episodio populista que llevaba en sí no pocos de los aspectos ulteriores: la división maniquea del cuerpo social entre los que tienen alguna clase de autoridad o poder y los que no la tienen (o no la tienen reconocida), el romanticismo, la contracultura, la idealización de la Naturaleza incluyendo al ser humano como ser natural.

En los últimos seis o siete años de su vida C. Wright Mills eligió el camino consistente en producir una sociología política de bajo nivel de abstracción y fuertes dosis de indignación cívica. Nadie puede sentirse indiferente a las soberbias cualidades de su prosa y a su capacidad de descripción de relaciones concretas de poder apenas tocadas por otros autores o deliberadamente silenciadas. Pero los años transcurridos desde su muerte (21 marzo 1962) muestran también que la tradición de crítica moral en la que él se inscribió y de la cual llegó a ser un formidable representante, no tiene gran cosa que ver con la renovación científica de la sociología ni con el depasamiento de la sociología empirista. Es más: si leemos con atención esa especie de manifiesto llamado the new sociology que Irving Louis Horowitz puso en 1964 como introducción a una antología póstuma de textos ^{scite} /C.W. Mills, podemos ver que la empresa sociológica en la que éste andaba metido en el momento en que le sorprendió la muerte, no era más que otra gran-

-diosa ilusión. Se trataba de descubrir "la naturaleza de nuestra época" (the nature of our epoch) y "la estructura del mundo presente y pasado" (Horowitz, 1964, 42). Para ello Mills había reunido datos de 100 naciones y 50 grandes ciudades cubriendo: a) esferas simbólicas (sic: symbol spheres), b) desarrollo progresivo de modos de comunicación, c) servicios sociales y de ayuda pública, d) horizontes mundiales (o contextuales); . e) alcance del poder político; f) imágenes societales: Dios, Razón, Burocracia (sic!); g) roles de los intelectuales; h) tipos de personalidad; i) formas de legitimación; y finalmente j) tipos de angustia y problemas psicológicos (I.L. Horowitz, 1964, 44). A esta sopa Mills la llamaba epochal sociology.

Obviamente, los datos manejados debían ser datos censales, ya que estaba excluido ir a cada uno de los 100 países a hacer investigaciones sobre el terreno. Cuando leí aquel resumen de programa científico, estábamos haciendo en Barcelona la investigación sobre el empresariado catalán, y recuerdo muy bien que el entonces Vicedecano de la Facultad de Ciencias Económicas, Prof. Alfonso García-Barbano, estaba trabajando una cantidad de horas extra para tratar de poner en claro los mayores errores de los censos españoles de 1940 y 1950. Cuando llegué a Buenos Aires unos años después para la investigación sobre industrialización y movimientos sindicales, encontré en el Instituto Di Tella un grupo de demógrafos que trataba de depurar los censos argentinos posteriores a 1945. Casi veinte años más tarde, sobre la explotación del censo francés de 1975, leo lo siguiente: "La ciencia demográfica se encuentra en estado de crisis. Hay una especie de agotamiento de la demografía oficial, que se manifiesta por la propensión a perderse en refinamientos técnicos y por la incapacidad de realizar un cierto número de mediciones fundamentales. (...) Actualmente no sabemos si la población de la región parisiense aumenta o disminuye; el Prefecto de l'Ile-de-France no lo sabe tampoco" (Jacques Dupâquier, en Alfred Sauvy et al., 1982, p. 19. En la pag. 21 se recuerda que a finales del siglo XIX se hacían en Francia resúmenes estadísticos bien precisos con solamente 9 funcionarios para todo el país). En la mayoría de los Estados ocurre lo mismo: en la época en que había una gran fé en la investigación científica y en la cual los funcionarios de estadística se consideraban portadores de una misión cognitiva (conocer la realidad de su sociedad, su patria, y contribuir a la ciencia, nacional y universal) los censos eran de una suma calidad y pormenorización. Desde el momento en que la estadística se hace por burocracias sin motivación científica, la investigación cualitativa debe proceder, antes de usar datos cen-

-sales, a una cantidad de cruces, para observar la coherencia de unas magnitudes con otras. De aquí la importancia que ha adquirido la demografía histórica y la extrapolación teórica de datos antiguos para ver si las series se ajustan a datos recientes, y descubrir cuándo hay datos inverosímiles, o cuándo un país ha dado realmente un salto en alguna clase de proceso. En todo caso, este inciso anecdótico es suficiente para comprender que Mills, gran crítico del empirismo y de la sociología técnica que mide diferencias porcentuales y descubre estructuras latentes, andaba irremediabilmente abocado a hundirse en el pantano de otro empirismo no menos (y quizá aún más) estéril.

En el bien entendido de que el problema sigue en pie. La fé en la razón y en la ciencia que animaba a Durkheim y a su escuela, ha dejado de estar socialmente vigente. Ahora se trata de justificar unos salarios, publicando lo que buenamente salga. En 1965, en el curso de un seminario en Yugoslavia, un especialista yugoslavo en migraciones interiores me decía al final de una mesa redonda: "Ahora se escribe mucho sobre la zadruga, pero nadie va a las aldeas de montaña a ver si la zadruga existe todavía. Ahora los investigadores lo que hacen es calentar los sillones con sus traseros".

(Otras observaciones podrían multiplicarse. Quienquiera que haya estado en Budapest puede constatar que el ingreso per capita en esa capital ni es, ni puede ser, un tercio (i.e., dos tercios inferior) al de la gente que vive en Barcelona o Madrid. Durante dos decenios las estadísticas del Fondo Monetario Internacional han estado dando para Hungría, país centroeuropeo, un ingreso per capita inferior al de unos cuantos países subdesarrollados del Tercer Mundo. Y un largo etc.).

Por lo que concierne a la orientación política propiamente dicha, Wright Mills tendía a hacer los análisis del presente comparativamente por referencia a un modelo ideal del pasado americano, una democracia transparente e ilustrada que es dudoso que haya existido en los términos en que él la concebía. (Cf. sobre este punto, la crítica de Talcott Parsons, 1957, 1966, 225 y sigs., 248 y sigs.; y asimismo el comentario de un cientista político italiano, prematuramente desaparecido como el propio Mills: Vittorio de Caprariis, 1966, 180). Había que recuperar el mundo jeffersoniano con su estructura sencilla de poderes razonables y visibles.

La crítica de las concentraciones abusivas de poder se transformó pronto en el rechazo de todo poder. En manos de autores menos inteligentes y con menos información histórica que Mills, la sociología política se convirtió en una antisociología. ¿Cómo fué esto posible? Creo que al absurdo no es ajena una de las ramas teóricas

del propio funcionalismo americano. A fin de evitar el ejercicio irresponsable del poder, los funcionalistas ligaron indisolublemente este concepto con el de responsabilidad. En el modelo funcionalista de sistema social sobredeterminado por los valores culturales, cualquier conducta "disruptiva" (disruptive behavior) debe ser necesariamente resistida o controlada por cualquier actor que disponga de alguna clase de poder. El poder es un requisito funcional de la sociedad para el control de las conductas desviantes (Marion Levy Jr., 1952, 1959, 333, 468). Dicho de otro modo: en aquel modelo de sistema social la libertad del individuo se realiza en la adaptación voluntaria y consciente a las expectativas de roles socialmente pautadas, roles que a su vez son coherentes con una estructura de valores culturales. Los valores no son negociables: se interiorizan por la educación y se manifiestan en la adaptación integrativa a estructuras sociales empíricas. El actor puede negociar a lo sumo márgenes de tolerancia en el cumplimiento de sus roles. El principal introductor del concepto de role en la ciencia social (i.e., el concepto propiamente dicho, a partir del soporte semántico lexical), Ralph Linton, había expresado esta vinculación entre role, socialización, poder, y orden social, con una gran honestidad política y (diríamos) con admirable candor; su texto, previo en casi un decenio al climax del estructural-funcionalismo parsoniano, corresponde a una época que hoy nos parece arcaica pero que tenía sus cualidades:

"Las llamadas sociedades libres no son en realidad sino aquellas sociedades que estimulan a sus miembros para que expresen su individualidad en cosas de poca importancia y aceptables socialmente, al mismo tiempo que obligan a sus miembros a vivir entre innumerables reglas y prescripciones, haciéndolo tan sutil y cabalmente que apenas las notan". (Ralph Linton, 1945, reed. 1959, p. 32).

En suma: el estructural-funcionalismo convirtió el poder en una capacidad generalizada y difusa por todo el sistema social. E implícitamente redujo todo el poder a autoridad (i.e., poder socialmente consentido y legitimado).

De esto se siguen consecuencias no previstas. El poder se halla por doquier. Los roles que ejercen autoridad en la familia, los de los maestros en la escuela, los de los contra maestros en las fábricas, los de los ejecutivos en las empresas, y desde luego los de los gobernantes y de los policías, resulta que forman parte del sistema político. El sistema político se transforma en coextensivo a toda la sociedad. (Volvemos a aquella paradoja de la parte que es todo

y del todo que es parte). En el nivel analítico, el sistema político deja de tener unas fronteras definidas. En el nivel empírico, resulta que toda relación social aparece como portadora de una relación de poder y por tanto como relación que es asimismo política. Cualquier diferencia entre actores es visualizada y evaluada como privilegio de uno y desprivilegio de otro. El poder mismo se cosifica como una propiedad, en vez de ser visto, y conceptualizado, como resultado cambiante de la operación de relaciones sociales en determinados contextos, relación por sí mismo, concepto relacional y no cosa.

"Nuestro mundo está obsesionado por los problemas del poder": así abre C.B. Macpherson su introducción a una moderna edición del Leviathan (1968, 1979, 9). El análisis que refleja esta situación tiende a convertir toda sociología en sociología política. Su objeto ideal y real son los conflictos de poder. Por ej.: las relaciones intrafamiliares son percibidas y tratadas cada vez más como tensiones y luchas por el poder de decisión. La sociología hospitalaria se convierte en sociología de los conflictos de poder entre administraciones, cuerpos médicos y cuerpos auxiliares paramédicos. Familias, hospitales, sindicatos, empresas comerciales y financieras, partidos políticos, municipios, instituciones administrativas, iglesias, sectas, etc., quedan unificados ideológicamente bajo la imagen de campos de fuerza donde los actores o los individuos luchan por tener poder de decisión. La racionalidad de los fines colectivos a realizar queda subordinada a la racionalidad instrumental de esas luchas. Desaparecen los roles como unidades analíticas: quedan los intereses y las voluntades, absolutamente irreductibles.

La consecuencia a extraer es obvia: estamos ante la aplicación general de un principio ideológico (en el sentido de ideología = codificación y racionalización de unas representaciones, siendo muchas de estas representaciones generadas por la propia práctica social). Y tanto en el nivel empírico como en el analítico lo que resulta es una especie de cratografía o cratología. Esta sociología totalitariamente impregnada de diferencias de poder, es de hecho una cratología aplicada a la generalidad de las relaciones sociales.

Hay que tener en cuenta lo siguiente: si definimos de un modo riguroso y restricto el sistema político, podemos establecer conclusiones teóricas de un cierto valor heurístico sobre lo legal y lo justo, lo legal y lo injusto, la legitimidad y la legalidad, la gestión del poder y el origen del poder, lo permitido ilegal y lo no tolerado legal, etc. Hay periodos en que el sistema político tiene una importancia capital para la vida cotidiana de los grupos sociales, y otros periodos en que la vida transcurre en sus márgenes. Pensemos, ex.gr., en la situación de la clase obrera industrial en Barcelona en 1939 con la derrota de la República, o en la deprivación de derechos políticos del Tercer Estamento en vísperas de la Revolución

Francesa, o en fin, hoy, en la sobredeterminación política de las diferencias raciales en Africa del Sur. En todos estos casos es imposible, para los colectivos sociales, no definirse respecto al sistema político. Pero en otros periodos el sistema político no es una estructura, ni manifiesta ni latente, que interfiera imperativamente en la vida y la acción cotidianas, o que determine una separación tan minuciosa y brutal entre lo permitido y lo prohibido, que la existencia social de la dominación y la subordinación sea ineludible para la conciencia de cada hombre. Como sabemos por el trabajo de campo, en no pocas investigaciones las preguntas políticas caen en el vacío, y la gente tiene problemas para darnos sus respuestas, no por miedo, sino porque tocan temas que no les conciernen. Si a esta misma gente les hacemos, por el contrario o alternativamente, preguntas sobre su trabajo, sobre sus problemas laborales, sobre su empresa y la manera en que es gestionada, o les pedimos sugerencias sobre modos de hacer que su trabajo sea más interesante y más humano, o sobre el trabajo que preferirían hacer en lugar del que hacen, por lo general tenemos respuestas precisas, nada fantasiosas, enraizadas en la realidad, y que contrastan con el mundo artificioso y poblado de conflictos intelectuales del ensayismo sociológico. Obviamente, en periodo de crisis, riesgo de pérdida de empleo, o pérdida efectiva del empleo, estas gentes que eran ajenas a una conciencia política, alcanzan una cierta comprensión de la sobredeterminación política de las disfunciones del sistema económico; pero es precisamente en periodo de crisis cuando esta comprensión, o esta conciencia, es más difícil de traducir en acción, por la precariedad de recursos y por las carencias organizativas.

La focalización sobre el poder, sea en la forma de quimeras que hacen del ensayismo la "historia imaginaria de la sociedad de mañana" (Raymond Boudon, 1971, 39), sea en el otro extremo, el nivel micro ultra-concreto de las relaciones interindividuales más mezquinas, que esgrimen no pocos portadores actuales de lo que fueron, en origen, movimientos de liberación y hoy han devenido discursos delirantes, es una focalización propia de gentes que disponen de alguna clase de privilegio social para no tener como prioridad los problemas de su trabajo. En ambos casos el ensayismo sociológico constituye una especie de enfermedad infantil. En lugar de descubrir cómo son las cosas y reelaborar el conocimiento en forma de verdad (la modesta, relativa, pero cumulativa verdad científica, distinta de la verdad emocional) lo que se persigue es la afirmación de una voluntad.

[Apurc]

No la voluntad general, ni la voluntad de un sujeto histórico, real o postulado, sino la voluntad de imponer una imagen de la sociedad en función de las reivindicaciones de cada grupo. El fin de las grandes ideologías políticas ha traído una población agitada y caótica de pequeñas ideologías y representaciones particulares. Unos hablan el lenguaje tradicional de la sociedad de clases y otros dicen que la sociedad de clases se terminó y todo es una especie de inmensa clase media con grupos marginales a su alrededor; unos enfatizan el consensus y el pragmatismo y otros señalan que cada fracción levanta su campamento reivindicativo frente a todas las demás fracciones; unos pintan el país de la cucaña (como decía Josep Pla) donde todos vivirán de renta (salvo unos pocos desgraciados que tendrán que trabajar) y todos podrán dedicarse al ocio creativo, probabilidad que está ya a la vuelta de la esquina, y otros ponen de manifiesto que la crisis económica ha traído consigo un incremento de las distancias sociales y la producción de nuevas áreas de miseria en los propios países privilegiados; unos valoran la función reguladora del Estado y la imposibilidad de dismantelar el Estado-providencia, y otros dicen que ese Estado ha degenerado en el negocio de unas burocracias y de carreristas populistas; unos imaginan un mundo nuevo completamente artificial y técnico, y otros postulan el retorno a una Naturaleza ideal, más parecida a las películas de dibujos animados de Walt Disney que la Naturaleza real; unos describen el poder de las grandes organizaciones y corporaciones y otros se entusiasman con el espontaneismo de movimientos sociales que dicen de liberación, etc. Cada uno recita su discurso, aportando, si puede, sus ejemplificaciones.

Creo que asiste una buena dosis de razón a Michel Crozier cuando en el debate de La Recherche sobre el tema "¿Es la sociología una ciencia?", dice:

"La mayoría de los sociólogos atrapados en el conformismo de la denuncia se indignarán de que colegas suyos puedan hacerse ingenieros sociales de un orden establecido que sólo tratan de transformar en la medida en que lo confortan. (...) Si la sociología quiere adquirir el espíritu experimental sobre el que está fundada la ciencia moderna, es absolutamente preciso que acepte la prueba y el riesgo de la acción y de la intervención, es decir, de la reforma". (Michel Crozier, 1981, 105, cursiva en el original).

Programa que reduce a la sociología a una actividad pragmática y modesta en, y sobre, problemas sociales muy concretos y bien definidos, y por tanto programa en los antípodas del espejismo de "la ciencia de las ciencias". Y con todo, posibilidad de salvar todavía a la sociología del charlatanismo y de hacerle su hueco en una ciencia del hombre y para el hombre.

Programa que no ha de implicar, necesariamente, una sociología apologética de cada uno de los órdenes existentes en las relaciones sociales.

Cuando se piensa la sociedad en general y en abstracto es cuando acontece alguna de las cosas siguientes:

(i) o bien se hace de ese abstracto, ese nombre (no concepto) el culpable de toda inhumanidad, grande o pequeña, real o trivial, como en las frases de los sociólogos pretendidamente críticos que aparecen por los canales de TV, que imputan a "la sociedad" todos los problemas, con lo cual nadie es particularmente responsable de ellos, y con lo cual el pretendido criticismo es una ficción verbal;

(ii) o bien se hace la apología del sistema y del orden existente, mediante la demostración (en esencia, tautológica) de que toda sociedad es cohesiva, está ordenada y contiene regularidades que se repiten independientemente de las voluntades de sus miembros, con lo cual se supone que esas regularidades son necesarias y en el fondo son aceptadas y valoradas como convenientes;

(iii) o bien se piensa en la sociedad ideal, también en general y en abstracto, el orden social definitivo (del que hay tantas versiones como se quiera, pues las fantasías y las quimeras son libres de determinaciones de espacio y de tiempo históricos).

Por todo ello, la investigación empírica, cuando está bien hecha, de modo riguroso, con los conceptos adecuados y las mediciones empíricas pertinentes, es análisis concreto de una situación concreta, y la verdad que descubre puede ser más crítica que el manifiesto voluntarista.

La misión de la sociología no es la de substituirse a la teoría política ni al voluntarismo histórico. En el bien entendido de que rehuir el "conformismo de la denuncia" (Crozier) no tiene por qué implicar abstenerse de denunciar. Tantos crímenes se cometen hoy contra los seres humanos, unos en nombre de la absoluta soberanía de la voluntad individual, otros en función del orden que ha de ser mantenido a toda costa, que hay materia más que suficiente para hacer una sociología crítica. La cuestión es que sea simultáneamente sociología científica; para lo que ha de profundizar, antes, en su autocrítica.

afueras para
frases a estar
frases.

Programa que no ha de implicar, necesariamente, una sociología que sea apologética del orden social más general. Pues es cuando se piensa la sociedad en general y en abstracto (en vez de las relaciones sociales) cuando el ensayo tiene que orientarse, sea a la fantasía, sea a la demostración (en esencia, tautológica) de que toda sociedad está ordenada, es cohesiva, y contiene regularidades que se repiten contra la voluntad de sus miembros. Toda sociología de la sociedad, en general y en abstracto, o postula quimeras, o hace la apología del sistema existente.

Por todo ello, la investigación empírica, cuando está bien hecha, de modo riguroso, con los conceptos adecuados y las mediciones empíricas pertinentes, es análisis concreto de una situación concreta, y la verdad que descubre puede ser más crítica que el manifiesto voluntarista.

La misión de la sociología no es la de substituirse a la teoría política ni al voluntarismo histórico. En el bien entendido de que rehuir el "conformismo de la denuncia" (Crozier) no tiene por qué implicar abstenerse de denunciar. Tantos crímenes se cometen hoy contra los seres humanos, unos en nombre de la absoluta soberanía de la voluntad individual, otros en función del orden que ha de ser mantenido a toda costa, que hay espacio más que suficiente para hacer una sociología que sea a la vez científica y crítica.

V. Anticrisis.

'El conocimiento científico describe un mundo de conocimiento que empieza a existir cuando el sentido común y todos sus postulados han sido olvidados y desechados'. S.F. NADEL (1951, 1955, 213).

'Quizá la sola función de la sociología consista en hacer ver, tanto por sus lagunas manifiestas como por sus realizaciones, los límites del conocimiento del mundo social, y de hacer así difíciles todas las formas del profetismo, comenzando desde luego por el profetismo que se reclama de la ciencia'. P.-BOURDIEU (1980, 743).

8. - Saliendo de la elocuencia.

'The Light of humane minds is Perspicuous Words, but by exact definitions first snuffed, and purged from ambiguity; Reason is the pace, Increase of the Science, the way; and the Benefit of mankind, the end. And on the contrary, Metaphors, and senselesse and ambiguous words, are like ignes fatui; and reasoning upon them, is wandering amongst innumerable absurdities; and their end, contention, and sedition, or contempt.' Thomas HOBBS, Leviathan (parte I, cap. 5: Of Reason, and Science).

En 1964, respondiendo a un cuestionario-programa de la Unesco, Jean Piaget clasificaba las ciencias del hombre como sigue:

- (a) las ciencias orientadas o dirigidas al descubrimiento de 'leyes' mediante la observación sistemática, el experimento, la formulación matemática o la deducción cualitativa, sujetas a estricto control por la posibilidad de usar algoritmos y símbolos;
- (b) las disciplinas históricas,
- (c) las disciplinas jurídicas,

(d) las disciplinas filosóficas.

En la categoría (a) Piaget incluía la sociología, la antropología cultural, la psicología, la economía (comprendiendo la econometría), la demografía, la lingüística, la cibernética, la lógica simbólica, la epistemología del conocimiento científico, y la pedagogía experimental (Jean Piaget, 1964, pp. 485, 555, 556).

En el periodo transcurrido desde entonces estas disciplinas han ido satisfaciendo los requisitos enunciados por Piaget, menos la teoría y sistemática sociológicas. En un texto de introducción a la teoría de la ciencia en 1980 (Mario Bunge, 1980, 155) se cita a un biólogo que califica a la sociología de "ciénaga, mezcla lóbrega de lo obvio y lo oscuro". Los dieciséis años pasados desde 1964 han desconfirmado, por lo que a la sociología concierne, el optimismo de Piaget. En 1981 Crozier interviene en el debate sobre si la sociología es una ciencia para recomendar a los sociólogos que se inspiren

"... mucho más directamente en las ciencias biológicas de hace cien o ciento-cincuenta años, al principio de la gran eclosión experimental" (M. Crozier, 1981, 105).

Según eso, la sociología científica lleva siglo y medio de retraso, comparativamente hablando con otras ciencias de lo viviente.

La magnitud de la crisis se hace obvia, para quienquiera que sea lo suficiente honesto, cuando vemos el programa de reconstrucción de la sociología que propone el epistemólogo (Bunge, op. cit, 1980, 185 y sigs.) Se trata de un empirismo que asume la concepción parsoniana de la sociedad como conjunto de subsistemas, que formula algunas críticas correctas tanto al individualismo metodológico como al globalismo (i.e., el holismo en la terminología tradicional), y que no desarrolla precisamente lo que es más interesante en su argumentación: el conocimiento de las propiedades emergentes, la pertinencia y los límites de una teoría de propiedades emergentes, producto de la interacción social. Los resultados finales no depasan en mucho la sociografía política; que esté hecha rigurosamente, no implica (desde mi punto de vista) que ese sea el paradigma satisfactorio que haya que retener en nuestro horizonte.

Hace unas semanas yo escuchaba una grabación del profesor Jean Bernard sobre los mayores avances científicos en 1985. El gran biólogo francés, después de unas referencias al creciente conocimiento de la bioquímica del cerebro humano, decía al paso sobre la Psiquiatría: Veán ustedes cómo la Psiquiatría ha abandonado sus dos decenios de suma elocuencia y está ahora más bien en silencio; es que está pensando sobre

los descubrimientos de otras disciplinas, y cómo éstos la obligan a replantearse su discurso.

(Por lo menos desde Diderot, quien hizo de la elocuencia el pariente pobre de la retórica, "elocuencia" es un término más bien peyorativo. El profesor Jean Bernard era muy diplomático; basta recordar el pendemonium de charlatanismo en torno a la antipsiquiatría a finales del decenio de 1960 a 1970 y principios del de 1971-80, y el final lamentable de las sectas lacanianas ya en el decenio de 1980).

Creo que la observación del biólogo francés es, en una cierta medida, aplicable también a la sociología (por lo pronto, a las generalizaciones sociológicas que se abren camino por los mass-media). Después de tanta elocuencia y de tanta moda teórica última y definitiva (según convenía a la explotación mercantil de cada momento) debería ahora practicarse una cierta cura de silencio.

La coyuntura es propicia, en un aspecto. Las modas culturales organizadas en torno a alguna nueva perspectiva teórica sociológica, se han ido extinguiendo. En lo que concierne a las imágenes o modelos de la sociedad en la etapa actual del desarrollo histórico capitalista, ha sido ya dicho (como veremos luego) todo y su contrario. El discurso mismo de los sociólogos (o que se tienen por tales) que ocupa espacios en prensa y TV, se ha empobrecido. Los científicos sociales con una genuina responsabilidad científica, o con una conciencia de deber social respecto a la comunidad académica de su propio país, tienden a ser menos elocuentes (comparativamente hablando en relación al periodo de devoción pública por la sociología, entre 1960 y la apertura de la crisis económica a finales de 1973 y principios de 1974). Solamente así, por la prudencia o la retirada al ostracismo de quienes verdaderamente saben pensar y tienen una responsabilidad, se explica que el espacio que los mass-media dedican hoy a los sociólogos haya sido ocupado por esos charlatanes que tanto daño hacen a la profesión. ¿La droga? La culpa es de la sociedad. ¿La delincuencia juvenil? La culpa es de la sociedad. ¿El clima de violencia? La culpa es de la sociedad. ¿La crisis de la Universidad? La sociedad no valora la universidad. ¿El desempleo juvenil? La sociedad no se preocupa de los jóvenes. ¿El desempleo de los adultos? La sociedad ha dejado de valorar el trabajo. Y un ilimitado et caetera. Así "la sociedad" ha venido a ser el substituto verbal de lo que era el pecado original cuando nosotros éramos unos adolescentes y empezábamos a hacerle preguntas embarazosas al cura del pueblo. ¿Un marido celoso le había pegado una paliza a su mujer? La culpa es del peca-

-do original, que ha hecho de los hombres lo que son. ¿El General Varela había sido objeto de un atentado por un estudiante falangista? Es que el pecado original hace a los jóvenes proclives a la violencia. ¿El médico del pueblo había dejado morir de meningitis a una criatura, a causa de un diagnóstico erróneo? El pecado original nos ha hecho ignorantes. El cura tenía la explicación general de todo, esto es, de nada. Si aquél hombre, empero, podía ser disculpado por su simplismo y por su fé acrítica, es más difícil disculpar, hoy, a estos pseudo-profesionales de la sociología que, después de pasar años en la universidad (donde, al parecer, no aprendieron ni elocuencia), recitan el estribillo del individuo y la sociedad, el Oprimido y la Opresora, el Bien y el Mal, y quieren abolir el Mal como sus abuelos querían abolir el Pecado (aunque de otro modo).

En los mass-media de los países científicamente pobres (como es el caso de España), no acosados por problemas sociales de pauperismo visible, se ha instalado un discurso de una miseria intelectual que era inimaginable unos decenios atrás, y que obliga a pensar sobre la decadencia de la razón crítica en esta parte del mundo (decadencia compatible con la explotación mecánica y semiautomática de los instrumentos técnicos). Esta clase de discurso es de vez ^{en} cuando amenizado por algunas cosas divertidas (si bien su única relación con la sociología es que las dice, o las escribe, un profesor de sociología), como son las disertaciones sobre si los políticos españoles se parecen más (sic) a los toreros o a los futbolistas.

La gente no es, sin embargo, tonta, aunque sea científicamente indocta. Una vez que se ha oído un millar de veces que "la culpa es de la sociedad", el estribillo deviene aburrido. Aunque una parte de los media están dedicados profesionalmente a la manipulación e imbecilización del país (partiendo del principio, más o menos consciente y deliberado, de que en un país habituado a las guerras civiles y al trascendentalismo religioso-político, es mejor la puerilidad y la manipulación que despertar los viejos demonios violentos), resulta que esos media necesitan unas ciertas transacciones para seguir cautivando a sus públicos. De modo que el discurso cretino que opone individuo y sociedad, el Bien y el Mal, la Libertad y la Opresión, ha tenido que ir cediendo el paso a otras modas, sea el charlatanismo sobre los Ovnis o sobre la parapsicología, sean las actuales especulaciones sobre la manipulación biológica de la reproducción de la propia especie humana. (Indicador de otro problema más de fondo: el desafío que ^{para} una especie manipulada y conducida a la puerilidad, a la alternancia de ocio y violencia, al irracionalismo romántico y al bovarysmo en la vida cotidiana, representan los avances de la técnica, precisamente con la capacidad de interferir en los soportes somáticos de la inteligencia y en los propios mecanismos de reproducción

sexual. La ginecología-ficción y la ingeniería genética resultan, como mercancía cultural, mucho más fascinantes que la sociología).

A la gran elocuencia teórica de los años sesenta le sucedió la antielocuencia de "La sociedad es culpable. Punto". A esta antielocuencia le ha sucedido luego un discurso oscuro, cuando algunas cátedras de sociología se han convertido en altavoces de alguna secta. Los extremos se generan unos a otros, como sabía el Cardenal Nicolás de Cusa (¿Quién? ¿Quién?). Pero a esta nueva elocuencia oscura le ha de llegar también su turno. Cuando se invierte la relación entre sociología y movimiento social, y éste deviene, en lugar de objeto sometible a observación científica, el deus ex machina que habla a través del profesor(a) de sociología, la perversión es de tal naturaleza que acaba por ser boomerang autodestructor. Pues acontece con el lenguaje de los movimientos sociales que están ya también hoy en decadencia (habiendo contenido, inicialmente, un núcleo racional y liberador) que esos lenguajes son como los de las sectas, inteligibles solamente para sus miembros. Como descubrieron los sociólogos y los psicolingüistas que colaboraron con el General Della Chiesa en la lucha contra el terrorismo mafioso y sectario en Italia, se trata de lenguajes que operan por contagio semántico, viscosidad en lugar de razón analítica (i.e., en los antípodas de Marx y de Lenin, invocados pro forma); no es describible en ellos la ligazón analítica de un paso con su antecedente y su consecuente, en función de la lógica de una demostración: todo está mezclado desde el principio, todo término opera por proximidad semántica, y por consiguiente es innecesario un orden intelectual (y a veces, ni siquiera mental) pues lo que importa es hacer conocer que se está contra el Poder y todas y cada una de sus manifestaciones (sea el maestro en la escuela, o la central electronuclear). El discurso es inteligible para el subconsciente de quien lo redactó y para los lectores (si es que la noción misma de lector resulta ya pertinente), quienes viven en la misma penumbra semiracional.

La cuestión era un poco más complicada cuando se trataba de luchas entre sectas. La secta eventualmente enemiga era, finalmente, asimilada al Poder. Era una de las estrategias. La otra: la secta enemiga era, primero, aniquilada verbalmente, con todos los recursos del vocabulario sociológico y filosófico; a continuación era seducida, quasi sexualmente, para ser integrada en la comunidad sectaria dominante.

Elocuencia oscura de la que tengo un ejemplo en el número

de "El País" del día mismo en que estoy escribiendo:

"La creciente fragilidad del equilibrio social y ecológico consecuente al desarrollo de dispositivos tecnológicos cada día más poderosos es compensada con una creciente severidad de los controles tecnocráticos de la sociedad. Las medidas tecnológicas de control terapéutico de la población civil ya someten hoy al individuo a un sistema organizativo que en sus últimos efectos no es menos totalitario que el tradicional concepto de militarización de la sociedad por el hecho de que sus legitimaciones sean tecnológicas y no doctrinarias a la vieja usanza".

plural ?
Seguramente el autor de la tirade lo tiene muy claro; tan claro, que no necesita poner signos de puntuación ni detenerse ante el hecho de que la terapéutica de la población civil (que parecería designar acciones concretas, empíricas) se comparan[er] con un concepto de militarización de la sociedad, i.e., con una doble abstracción.

Claro es que este discurso-sopa conviene bien a una época en la cual los adultos han dimitido total y vergonzosamente de sus responsabilidades, y los adolescentes prolongados, llenos de bondad romántica unos, hábiles carreristas otros, ocupan el escenario social que abandonaron los primeros.

Quizá por vez primera en la historia se ha extendido la convicción de que es superflua la sabiduría acumulada por la humanidad durante siglos y siglos, puesto que es obvio ("lo tengo muy claro") que la humanidad ha estado siempre engañada por la ideología.

Así resulta que no hay que leer ni estudiar los clásicos. Y así se redescubren, con el lenguaje de la sociología abstrusa, problemas que estaban ya formulados, pensados, y analizados, por gente que sabía pensar racionalmente.

En fin, así resulta que ni siquiera se percibe la ironía o el sarcasmo de los clásicos. Fué para mí una experiencia inolvidable el día en que, en un seminario, hice leer la primera página de La ideología alemana, prelude a un estudio sobre ideologías. Esa página está escrita por Marx sarcásticamente, como es obvio para quien siga el texto. Según se puede constatar, la imbecilidad romántica que dice que la humanidad ha estado siempre engañada por la ideología, era una imbecilidad que se generaba por el romanticismo "crítico" precisamente en el período de juventud de Marx. El tono sarcástico no fué percibido por los asistentes al seminario: creyeron sinceramente que Marx participaba, en serio, de esa opinión. Costó casi media hora hacerles reflexionar sobre la continuación del texto, y sobre el hecho de que Marx, estudioso de clásicos grie-

-gos y latinos, y constante usuario de ellos, no podía compartir la ilusión según la cual la razón racional había llegado al fin, espontánea y completa, a la humanidad universitaria alemana, precisamente en el primer tercio del siglo XIX.

El ejemplo muestra hasta qué punto navegamos todavía en la estela del siglo XIX, estela que nuestro siglo no ha hecho sino agrandar turbulentamente.

La cura de silencio que propongo (y que unos cuantos hemos venido practicando ya, desde que se hizo escandaloso el caos teórico y sectario a principios del decenio de 1971 a 1980) debería servir, entre otras cosas, para abandonar de una vez las codificaciones típicas del siglo XIX (como son esas oposiciones del tipo individuo / sociedad, sociedad civil / Estado, etc.) favoritas de debates meramente semánticos, no ligados a la resolución de cuestiones que demandan ser decididas pronto y bien, en la razón y en la acción prácticas. En lugar de las codificaciones de esa naturaleza, sería más riguroso, y al par más útil, cribar y usar los instrumentos técnicos que el siglo XX ha producido, tanto en la lógica formal como en el análisis semántico (vía necesaria para evitar discursos vacíos, en lo general y en lo abstracto, y para evitar paralogismos), y sería asimismo más riguroso y más útil volver sobre el propio patrimonio de conceptos (los específicamente sociológicos) para pensar su extensión y sus límites, su clausura y su apertura relativas (cerrados para ser heurísticamente pertinentes en la investigación; abiertos, para poder recibir en el trabajo futuro nuevos referentes empíricos); y sería en fin, más riguroso y más útil, entregar de una vez a los ensayistas y los políticos los temas puramente especulativos sobre "la sociedad", ciñendo la sociología (o las sociologías) a la investigación que sigue un diseño, una operacionalización, y unos resultados, admisibles por una comunidad científica.

9. Los circuitos sin fin.

La autocrítica ineludible debería reflexionar sobre el hecho de que, en materia de interpretaciones "sociológicas" de nuestras sociedades actuales (las de los países industrializados, capitalistas), se ha dicho ya todo y su contrario. Y que cada argumento parece razo-

-nablemente construido y adecuado a la realidad empírica (precisamente porque suele tratarse de representaciones, y éstas se codifican de acuerdo a las reglas semánticas y sintácticas habituales).

Que haya argumentos alternativos no es, empero, el problema por sí mismo. Este deriva de las diferencias con las hipótesis y tentativas heurísticas en las disciplinas científicas experimentales. Las áreas cognitivas, objeto de interrogación, suelen ser en las disciplinas "duras" unos espacios bien definidos. Las preguntas están formuladas de modo que dirijan las investigaciones y experimentos (insisto en el término experimento, diferenciándolo de experiencia, como está bien establecido desde finales del decenio de 1930 por Bachelard). Las hipótesis que se excluyen no suelen ser enunciados aislados, sino coherentes con contextos teóricos alternativos. El investigador conoce sus hipótesis; ex. gr., morfológicas (sobre la estructura de algún objeto o de algún construct, tenga o no un referente empírico observable, como los blacks holes o agujeros negros en radioastronomía), hipótesis causales (ex.gr., sobre los orígenes de la diabetes juvenil), hipótesis funcionales (ex.gr., sobre la bioquímica de los centros de la memoria en los vertebrados), etc. Si la formulación de hipótesis y de teorías alternativas es uno de los caminos de avance del conocimiento científico, ninguna ciencia que se estime como tal puede hallarse, sin hacer su autocrítica, en una situación en la cual la gran mayoría de sus proposiciones (i) contienen predicados que son sintéticos, en el sentido tradicional, escolástico pre-kantiano (véase luego, los predicados al abstracto sociedad); (ii) son proposiciones que, cuando son analíticas, en un buen número de ellas se excluyen; (iii) resultan difícilmente clasificables, en la medida en que no distinguen lo morfológico, lo causal, lo funcional; (iv) no se han establecido los territorios sobre los cuales son válidas como generalizaciones; (v) son proposiciones que no están formuladas en un lenguaje teórico común (y a veces ni siquiera en un lenguaje conceptual común), de modo que necesitan ser traducidas (si esto es posible); (vi) en fin, algunas de ellas constituyen enunciados sobre totalidades (la sociedad, el movimiento histórico, el sistema social) entes abstractos que admiten combinaciones semánticas ilimitadas, pero que, en cuanto totalidades abstractas, excluyen la posibilidad de enunciados científicos sobre ellas.

Entra en el campo de determinación que llamamos a veces lógica de los hechos, que la imaginación sociológica haya transitado de modo tan abusivo, en los últimos veinte años, por el simple atajo consistente en añadir algún predicado al abstracto sociedad, y que la lista de caracterizaciones de nuestras sociedades conste ya de unos cuarenta términos o algo así (desde las primeras sociedad opulenta, sociedad bloqueada, sociedad activa, hasta las más recientes sociedad polymorfa (Minc) o la sociedad lúdica (Alain Cotta). La predicación reemplaza a la investigación.

¿Cuál es el status lógico de estos predicados? ¿Qué se designa en una proposición cuando se dice que una sociedad actual es activa, porque hace de sí misma objeto de conocimiento y de cambio controlado, o que es lúdica, porque valoriza el juego? ¿Se designa una propiedad colectiva, que está presente en todos y cada uno de los individuos o grupos sociales? ¿Se designa una propiedad emergente, i.e., una capacidad producida por la interacción social, interacción constitutiva de un nivel de acción superior, con propiedades no reducibles a las de los elementos soportes? ¿Se designa una propiedad global, i.e., intrínseca al sistema, independiente de los elementos y los niveles?

(Conviene recordar a los detractores de la sociología que ellos llaman despectivamente -- sin conocerla-- cuantitativa, que precisamente el análisis multivariable, cuando está bien hecho, exige distinguir las propiedades: individuales, colectivas, emergentes, globales, etc. "El análisis multivariable proporciona los sustitutos lógicos del control experimental en estudios de laboratorio", Manuel Mora y Araujo, 1969, p. 14).

La cuestión se complica cuando vemos que algunos de esos predicados son generalizaciones de representaciones parciales (ex.gr., la sociedad opulenta, un término descriptivo), en tanto que otros predicados son de hecho programas político-sociales (así la sociedad post-industrial y algunos de sus epígonos, como el de capitalista no burguesa).

El período de las predicaciones basadas en generalizaciones de representaciones (i.e., una forma asertiva, acrítica, de la experiencia) ha tocado a su fin no sólo porque los términos disponibles en el diccionario son limitados sino porque los propios autores empiezan a duplicarlos, quizá sin saberlo. (La Multi-Dimensional society de Clark Kerr, 1967, reaparece como la société polymorphe de Alain Minc en 1982). No es difícil advertir que estos predicados, en lo que tienen de verdaderos, son triviales: toda sociedad es multidimensional, polimorfa, objeto infinito de conocimiento, no es algo concluso ni concreto, y muchas de las equivocaciones epistemológicas proceden precisamente de la identificación de sociedad con Estado-Nación, como ya observó críticamente A.R. Radcliffe-Brown con referencia a Spencer (A.R.R.-B., 1958, 167). Al mismo tiempo, estos predicados, en lo que tienen de generalizaciones políticas, no son verdaderos. Tanto la sociedad multidimensional como la polimorfa se ofrecen como excluyentes de sociedad de clases. Resulta, empero, que ningún investigador serio ha pretendido nunca que el concepto de clase social agote la definición de una sociedad; en se-

-gundo lugar, habría que demostrar que el concepto mismo de clase social ya no tiene referentes empíricos en las sociedades capitalistas avanzadas; en fin, si se supone que los tiene todavía, pero residuales, los predicados multidimensional y polymorfa incluyen tales residuos históricos de la sociedad de clases y no pueden ser postulados como la negación de ésta.

(Permítaseme un inciso comparativo, por el interés y el rigor del texto. En un coloquio de historiadores en la École Normale Supérieure de Saint-Cloud, en Mayo 1965, se planteó la cuestión de la pertinencia de definiciones del tipo sociedad de estamentos (Ordres) / sociedad de clases, con referencia a la estructura social francesa pre y post-Revolución. Un autor enunció el cliché habitual que dice que la estructura jurídica estamental (structure juridique des ordres) no es más que la máscara de la realidad social de las clases; por tanto (argumento implícito) la sociedad del siglo XVIII era ya una sociedad de clases. El gran maestro Ernest Labrousse responde:

"En una obra publicada hace muchos años yo he hecho una oposición entre sociedad de estamentos (Ordres) y sociedad de clases. Yo no escribiría hoy esas mismas páginas. Distingamos entre Estado de estamentos y Estado de clases. Distingamos entre sociedad de estamentos y sociedad de clases. Y distingamos asimismo entre Estado y sociedad, por obvias que sean las relaciones entre ellos. La Revolución no consistió en pasar de la sociedad de estamentos a la sociedad de clases, como yo escribí por entonces, sino del Estado de los estamentos al Estado de clases. Eso fué la Revolución francesa. (...) (...) ¿Qué vemos en el siglo XVIII? Una sociedad de estamentos y una sociedad de clases, yuxtapuestas y coexistentes. Y creo que el hecho no es propio y en exclusividad del siglo XVIII". (Ernest Labrousse, 1966, 29).

Labrousse no explicita las bases conceptuales de su argumentación en ese momento. Para quienquiera que sepa leer y tenga las referencias teóricas adecuadas, resulta obvio que el cliché marxista dogmático es no pertinente, y que, por paradójico que parezca, el argumento de Labrousse es coherente con la concepción genuina de Marx, tanto sobre los estamentos como sobre las clases, concepción política. Por tanto, ambos términos son, políticamente, a relacionar con un concepto político como el de Estado. Ambos términos reenvían a otros referentes empíricos como codificaciones sociales. En fin: el concepto de Estado no es usado como abstracto ahistórico: la función del Estado de estamentos consiste en fijar los privilegios políticos; la función del Estado de clases consiste en negar privilegios políticos: los ciudadanos son, políticamente, iguales en derechos. Es este Estado el que lleva máscara, no aquél.).

Para terminar con los predicados de sociedad: algunos de ellos han sido pensados como tipos ideales, modelos de sistemas de gestión y control supuestamente extensibles a toda una sociedad real (histórica, según el hábito de pensar sociedad como nación-Estado). Un modelo ideal de esos es la active society de Etzioni, cuyas ejemplificaciones del momento eran Israel, Suecia y los Estados Unidos, modelo hacia el cual se irían acercando asintóticamente otras sociedades (i.e., Estados) industriales avanzados. Dado que el movimiento histórico no es lineal ni constantemente progresivo (-cumulativo de surpluses regularmente producidos y socialmente estimados como valiosos-), y dado que toda nación-Estado sufre sus fracturas y sus regresiones históricas, y que la generación regular e ininterrumpida de un surplus no sólo económico (en bienes materiales y reproducibles) sino asimismo cultural, tecnológico, moral y político (de modo a contrarrestar los procesos permanentes de entropía, unos, y de destrucción, otros) no es algo que haya sido ya resuelto ni siquiera por las más "avanzadas" de nuestras modernas sociedades capitalistas (¿avanzadas en dirección a dónde?), esos tipos o modelos ideales tienen valor como programas políticos y responden a la vocación política de algunos sociólogos, pero han hecho bastante poco por el avance substantivo de la sociología como empresa científica. Han predicado de toda una sociedad histórica lo que son modos de gestión propios de unas élites (científicas, políticas, etc) bajo determinadas circunstancias de poder y de distribución de recursos (recursos que son mundiales, no propios de la nación-modelo, pero que sus élites se apropian como resultado de unas relaciones operantes en el nivel mundial. Por tanto, un argumento para cuestionar la separación misma entre sociedad y entorno cuando resulta que el entorno está de ese modo socializado). Han supuesto a todo actor social miembro de esa sociedad (según el hábito de pensar sociedad como agregado de individuos o de grupos, lo que habría que justificar; en todo caso reificación de sociedad) como actor dotado de la capacidad que predica el tipo o modelo ideal, con lo cual otras racionalidades (y racionalizaciones) de actores no poseedores de esa capacidad han sido decretadas como arcaicas (no modernas); lo que a su vez implica que es el sociólogo el que asume un a priori axiológico. Y en fin, han dado lugar a no pocas generalizaciones aventuradas. Clark Kerr en Cambridge (1969, 95): An advanced industrial society cannot decline absolutely (nada menos!). La ironía de la historia quiso que ese juicio se formulase precisamente en una de las sociedades (i.e., naciones-Estado) que más espectacularmente han declinado en el escenario mundial. La sociedad industrial "avanzada" genera empíricamente (i.e., en sus diferencia-

-ciones históricas) sus propios caminos de declive , como cualquier orden histórico. (El Estado-Providencia ha generado la crisis fiscal del Estado, y por la vía de ésta, el Estado-en-subasta: se privatizan (venden) los canales de TV estatales, los teléfonos estatales, los Bancos, los grupos industriales y financieros nacionalizados, y algunos hablan hoy hasta de subastar las prisiones).

0?

Pasada esta época de los predicados de sociedad, y sean cuales sean las informaciones y descripciones que queden válidamente para el conocimiento histórico más que para el sociológico, habrá que pensar en hacer la necesaria crítica de muchos de los (diversos) supuestos epistemológicos. Y en primer lugar, de la tendencia a subsumir la pluriformidad y los pluricontenidos de la realidad social en el abstracto sociedad, como un ente unitario de nivel macro. La noción de sociedad ha dejado de ser usada (no ya elaborada como concepto, lo que está por hacer) en los niveles micro) como codificación de las relaciones sociales características de un grupo. Y sin embargo, fué en este uso, en el nivel micro, cuando codificó genuinas y muy gustosas y felices investigaciones: piénsese en la Street-corner society. ¿En qué medida las relaciones sociales características de un grupo constituyen una sociedad? ¿Qué diferencia a unos grupos de otros, para que de las relaciones sociales de unos pueda decirse que constituyen sociedad, en tanto que otros grupos no tienen relaciones sociales características y lo que cumplen es la territorialización de roles y status en relación a unos fines determinados?

El conocimiento sociológico es conocimiento de relaciones sociales (cosa que han explicitado no pocos autores, precisamente como corrección a la tendencia, ya marcada en vísperas de la Primera Guerra Mundial, i.e., en un periodo de intensa rivalidad política y económica entre Estados, a hacer de la sociedad nacional el objeto privilegiado de la sociología). Las sociedades en su nivel micro son tan objeto sociológico como en su nivel macro. En rigor son contextos que modulan, cualifican y en algunos casos determinan, paquetes de relaciones sociales, la capacidad y los recursos de los actores. La tendencia a hacer de las sociedades-naciones-Estados unas quasi-personas, actores unitarios, es una tendencia típicamente historiográfica derivada del idealismo romántico alemán; y quienquiera que tenga una cierta cultura histórica puede verificarlo en textos que son la quintaesencia del idealismo historiográfico (en el caso de España, la identificación nación quasipersona -- en estos mismos términos-- se halla en Manuel García Morente (+)).

(+) M.G.M., "Prolegómenos generales sobre filosofía de la Historia", en Para una filosofía de la Historia de España (1942), reedición en 1961 en Idea de la Hispanidad, Espasa-Calpe, Madrid: « los pueblos, continuidades de volición, de acción y de estilo, son como personas, son quasi-personas (sic); cada Nación tiene una vocación permanente señalada por Dios». (Esta aserción la suscribirían hoy, y de hecho la enuncian con cierta frecuencia, no pocos políticos en Estados Unidos. La identificación de toda la sociedad con nación, y de ésta con una quasi-persona, constituye en efecto un arma dialéctica formidablemente eficaz para ignorar los análisis de relaciones sociales, las fracturas de clase, etnia, educación, recursos, religión, lengua. Hay intereses diferentes, dicen los políticos, intereses que pueden ser, y son, objeto de compromisos. La cuestión es que la sociología se ha de hacer con los lenguajes y métodos de los sociólogos con vocación científica, no con los lenguajes y argumentos de los políticos.

Comte construyó mitos ideológicos de talla, pero en cuestión de método científico y por lo que concierne a ciertas orientaciones (que eran más bien intuitivas) dejó escritas algunas cosas que son de importancia. Cuando en una lección del Cours trata en particular de las relaciones entre sociología e Historia, sugiere que el sociólogo reelabore de modo abstracto los materiales históricos, de manera que, en cierto sentido, la sociología sería Historia sin nombres de personas ni siquiera de pueblos.

Obviamente, esta sugerencia cuando es radicalizada y llevada a un nivel platónico (como en ciertas formas del estructuralismo francés, puro idealismo) se convierte en boomerang anticientífico y que destruiría la sociología como empresa científica. El sociólogo debe conocer los contextos históricos, espaciales y temporales, y analizarlos sociológicamente, y examinar la relación entre acciones y contextos (ésta es una de las grandes correcciones de Durkheim a Comte).

La fecundidad de la sugerencia comtiana (dentro de sus límites) se ha verificado por las positivas aportaciones que al conocimiento de las relaciones sociales, la acción social, y los productos culturales y sociales, han hecho en los últimos cien años tantos etnólogos y antropólogos sociales y culturales.

Recordemos que durante una época (y en particular entre las dos guerras mundiales) hubo una intensa polémica entre antropólogos sociales y administradores coloniales (polémica cuyo escenario eran los centros políticos y académicos en el entonces llamado Imperio Británico). El administrador de la Potencia colonial o imperial (+) solía decir que no necesitaba la jerga técnica ni la teoría de los antropólogos y los etnólogos: él conocía por trato directo a los jefes de las principales tribus y sabía cómo negociar con ellos y qué cosas eran negociables. El antropólogo respondía que para comprender hechos y situaciones nuevas e inclasificables por la experiencia, había que poseer una teoría, no sobre una tribu determinada, sino sobre todas las tribus de un área cultural y étnica, sobre los sistemas de parentesco, la organización social, y los sistemas políticos de las sociedades ágrafas; y que tal teoría debía estar elaborada, necesariamente, con conceptos universales. Cuando los conceptos universales están ligados por relaciones formal y substantivamente necesarias, se construyen a su vez teorías con poder heurístico universal, pertinentes para varios contextos de interacción social.

(+) Generalmente suele usarse imperialismo como sucesor histórico de colonialismo. Pero en el caso del Imperio Británico eran métodos de dominación no sucesivos sino coexistentes. Había colonias de administración directa y había entidades imperiales de dominación indirecta, indirect rule, o más precisamente Dual Mandate (con conservación de las autoridades tradicionales locales) según dejó bien establecido Sir Frederick (luego Lord) Lugard por su propia gestión en Africa tropical.

Cuando se piensa la sociedad únicamente en un nivel macro, identificándola con una nación-Estado (quizá por una operación intelectual no consciente, derivada de que ambas nociones tienen un soporte empírico común, a saber, una población discreta), y cuando resulta que no se piensa que hay que elaborar sociedad como concepto, con sus límites y con sus referentes empíricos, y que hay otras realidades sociales que admiten ser codificadas por ese concepto (por ej., hay ciertos sindicatos que, por sus pautas de comportamiento imperativas para los miembros, son sociedades, y no solamente organizaciones), se le plantean al sociólogo problemas de difícil resolución. Por una parte, la imputación de unidad a la sociedad en su nivel macro, conjuntamente con la imputación a ese ente del atributo de objeto sociológico privilegiado, implica una exigencia teórica imposible de satisfacer: la construcción de una teoría sociológica general para esa clase de objetos. Por otra parte, si no existe unidad de ese objeto, pero se continúa pensando encerrados en sus límites, la teoría sociológica no podría aspirar a la construcción de proposiciones y de programas heurísticos universales. Raymond Aron expuso hace algo más de dos decenios los dos términos del dilema:

"Si la realidad social estuviera totalmente estructurada, si tuviese una unidad total, o bien si una parte de esta realidad ordenase a todas las demás, entonces habría una teoría sociológica verdadera y sólo una. (...) No es inconcebible que la sociología deba ser estrictamente analítica. Se puede concebir una sociología que explicase hasta qué punto el medio geográfico, o la población, o la técnica de producción, ejercen una influencia sobre la organización del Estado, las relaciones de clases o la religión; una sociología que explicaría qué influencia ejerce una determinada religión sobre las costumbres, la organización de la familia, o el sistema político; una sociología estrictamente analítica, que multiplicaría las relaciones causales más o menos rigurosas entre fenómenos aislados, sin pretender la aprehensión del conjunto". (Raymond Aron, 1963, 27, 61-62).

En estos dos últimos decenios esa sociología "estrictamente analítica" se ha materializado en una cuantiosa producción de investigaciones sobre problemas sociales o sobre aspectos bien definidos, particulares, de la organización y de la acción social; y no pocas de estas investigaciones están bien estructuradas, bien apoyadas empíricamente, argumentadas lógicamente, y son capaces de comunicar conocimiento de positivo interés sobre sus respectivas áreas cognitivas. Ahora bien, la verdad de estas investigaciones no aparece en su extrapolación teórica o en su generalización, la cual constituye problema; su verdad es intrínseca al proceso investigador, y requiere ser descubierta identificando al proceso mismo, cada una de sus etapas, y la validez y pertinencia de los vínculos entre ellas. Y esto es así porque en la investigación científica en ciencias sociales acontece algo análogo a lo que Lakatos predicaba de una parte de la investigación en matemáticas: no es posible separar radicalmente la fase de descubrimiento de la fase de verificación. La condición científica está en el proceso mismo y en su estructura operativa (que incluye datos y resultados). La condición científica no se halla (o no suele hallarse) en proposiciones generales teóricas finales. Por todo ello, disponemos de un cuantioso mosaico de islotes válidos de conocimiento, disjuntos teóricamente.

Estas son las dos caras de la situación: la aptitud científica se hace y se mantiene por la práctica científica, por la investigación controlada; y la investigación, por refinados que sean sus instrumentos, no produce más que parcelas de conocimiento si no forma parte de programas debidamente orientados por un cuerpo de teoría y de hipótesis.

Las cogitaciones cerebrales producen castillos de naipes epistemológicos y/o metodológicos, derivados de algunos a priori subyacentes en la experiencia personal (social) del teorizador.

Las mediciones con las categorías de la praxis cotidiana y el lenguaje de los actores, producen, o la sociographie-aveugle (Touraine dixit) o racionalizaciones que codifican los argumentos de los actores.

En estas condiciones, la generalización es portadora de riesgos teóricos. Lo que es válido de una acción dada en relación a un contexto dado se predica de la generalidad de la sociedad. Y esta generalización es pasible de inmediata oposición por las generalizaciones de otro investigador-dor.

Conviene percibir que el sincretismo no _____ es factible: _____ aniquilaría la verdad parcial de cada investigador. Como les he dicho bastantes veces a los estudiantes: allí donde es pertinente, hay que ser funcionalista radical; y allí donde es pertinente, hay que saber ser crozeriano, o saber ser marxista (del método y conceptos de Marx, no de las sectas que se llaman marxistas). El funcionalismo pasado por agua, como el marxismo pasado por agua, no conducen más que a la fabricación de sopas.

Cuando leemos a Durkheim (uno de los padres indiscutibles de la sociología científica, como bien acaban de recordar autores que, por otras causas, yo he sometido a dura crítica: F. Châtelet y E. Pisier-Kouchner, 1981, 623), vemos que Durkheim no se sitúa en el centro, en un eclecticismo (y mucho menos en un sincretismo). Durkheim está, como Pascal según Goldmann, en los dos extremos a la vez. Allí donde es pertinente, Durkheim es un cuasi-determinista social: la acción se explica por las características del contexto (milieu), y éstas determinan o limitan el espectro de acciones alternativas para los actores. Simultáneamente, pero no discontinuamente con lo anterior, Durkheim no creía en modo alguno que el medio social (o sociedad) oprime necesariamente al individuo: sus análisis rebosan de proposiciones sobre la sociedad como fuente de vida, de expresión, de valores y de instrumentos preciosos para la plenitud intelectual y social de los seres humanos.

La radicalización de las representaciones sociales actuales hacia el primer polo durkheimiano (la determinación del individuo por el contexto) y la ignorancia o negación del segundo, implican un empobrecimiento cognitivo y una regresión científica.

Forma parte del esprit du temps actual la representación del individuo como voluntad solitaria. Esta representación está ligada a la identificación de libertad con voluntad. (Un problema filosófico y moral. En mi libro Antropología e Historia, y en un ensayo en curso de edición por la Revista Española de Investigaciones Sociológicas, he tratado de rastrear los orígenes y dimensiones de esa identificación, y sus consecuencias morales y sociales). Metodológicamente, de la primera representación (individuo como voluntad solitaria), y de la identificación básica (libertad = voluntad), se ha derivado la reducción de la categoría de actor a la de persona. (Reducción que constituye la negación misma de nuestra empresa científica. No es posible predecir el comportamiento de individuos aislados de contextos sociales, individuos des-socializados. Pero es posible determinar probabilísticamente los comportamientos de colectivos sociales y establecer la amplitud de las alternativas de acción, así como la clasificación de estos tipos de acción y el espectro mismo en que se inscriben).

Durante varios decenios desde la Segunda Guerra Mundial (si bien las raíces morales, políticas y metodológicas se hallan ya en aquél mundo agitado y corrompido de la República de Weimar) los sociólogos con vocación de Weltverbesserer han creído que la función social de la sociología consistía en descubrir y denunciar las determinaciones sociales que impiden que el individuo se realice como voluntad libre. La sociología era una mediación necesaria. En consecuencia, durante decenios se ha usado un paradigma metodológico consistente en correlacionar opiniones, ideologías, imágenes, esperanzas y fantasías, con contextos sociales determinados o (más simplemente) con la posesión o desposesión de atributos individuales como dinero y educación. No se trataba realmente de explicar la

acción social; se trataba de descubrir cómo la sociedad se imprime en los individuos y los oprime. Opiniones, ideas, imágenes y esperanzas eran la variable dependiente de un contexto social. Obviamente, ya en la República de Weimar se plantearon las insuficiencias de este paradigma: obreros de una misma fábrica, portadores de atributos similares, residentes en los mismos contextos urbanos, votaban unos a los comunistas y otros a los nazis. Ni el contexto de socialización (filtrado desde el pasado, desde la niñez y adolescencia de los individuos), ni el contexto de situación (asalariados en una misma fábrica, vecinos de una misma ciudad) bastaban para explicar la elección ideológica ni la militancia política. Estas eran propiamente acciones, no reflejos pasivos de contextos. Y la acción exigía tomar en cuenta la intencionalidad y los proyectos de los actores. Había que tomar en cuenta los contextos anticipados o futuros. (Cosa que estaban diciendo, desde su mirador existencial y en su propia jerga, los adeptos a la Lebensphilosophie centroeuropea). Evidencia empírica, pues la acción es siempre dirigida a fines.

La confusión de sociología con marxismo (vulgarizado) y del marxismo con una teoría del reflejo (contra la cual el propio Marx había escrito juicios decisivos), encerró durante decenios la práctica sociológica en un diseño sociográfico unilateral.

Han tenido que pasar por nuestra experiencia no solamente el tiempo sino también toneladas de libros de generalizaciones sociológicas, para que aquel extremismo generase su contrario: el que hace, de la acción, variable dependiente únicamente de un contexto anticipado o futuro. Este extremismo actual reduce toda acción a estrategias.

En el intermedio (un intermedio que va desde Mannheim hasta los primeros escritos de Crozier) la explosión cultural y mercantil de las sociologías y de sus disciplinas afines (psicológicas, culturalistas, freudomarxistas, etc) produjo una cantidad de generalizaciones .

Se ha argumentado la determinación social de la personalidad individual por las formas de organización social inmanentes y trascendentes a los individuos.

Se ha argumentado la determinación cultural de la personalidad, por las normas y los valores.

Se ha argumentado que las normas y valores son producto de la organización social, y se ha argumentado lo contrario, que el sistema social está sobredeterminado por el cultural.

Se ha argumentado que los sistemas sociales de alta energía (vital) son controlados por los sistemas de alto nivel de información, y

se ha dicho lo contrario, a saber, que los sistemas sociales rutinizan la acción y liberan al individuo para que éste utilice su excedente de energía.

Se ha dicho que los sistemas culturales encierran en límites tolerables socialmente el ejercicio particular y discrecional de los roles, y se ha dicho que los sistemas culturales producen un surplus al nivel de los individuos, surplus que dota a éstos de autonomía frente a los requisitos de reproducción de un sistema cultural o social.

Se ha argumentado que la acción social es explicable por la socialización (un antecedente) de los individuos, y se ha argumentado que la sociología no necesita de la historia ni de la biografía, pues la acción social no es un consecuente de aquel antecedente, sino que se explica por la estructura de la situación actual, real y presente, en la que el actor está posicionado e implicado.

Se ha dicho lo anterior, y se ha dicho asimismo que no es la estructura de la situación lo que explica su acción, sino que son sus representaciones de la situación, sus imágenes de ella, sus códigos parciales, operantes con fragmentos de información.

Se ha dicho que los códigos (fabricantes de imágenes) son producto de la socialización, y se ha argumentado que el actor elige el código que conviene a la clase de situación con que se enfrenta y a la cantidad de información de que dispone.

Se ha argumentado que los hombres obedecen a valores y normas que muy raramente son sacrificados (o que sólo lo son en casos-límite) y se está teorizando hoy lo contrario: que los actores son consumados estrategas, capaces de negociar un incremento de sus ventajas hasta con el mismísimo demonio, se pasan las normas por debajo del sobaco y están focalizados únicamente en la ampliación de sus recursos y su libertad.

Se ha dicho que los roles y las expectativas recíprocas de roles conformados por modelos culturales o sociales, explican la coherencia y el funcionamiento de un sistema social, y se ha argumentado lo contrario, que los roles son de tal manera modulados (unos) o innovados (otros) por los propios actores, que de hecho es improcedente hablar de expectativas recíprocas de roles o de comportamientos pautados por roles.

Se han presentado las biografías de los individuos como determinadas desde la cuna al ataud por la clase social en la que nacieron, se han expuesto las determinaciones sociales de la familia y de la escuela, se ha puesto de manifiesto hasta qué punto el mito de la igualdad de oportunidades está construido para enmascarar la desigualdad de niveles de partida, y por tanto se ha teorizado la omnipresencia de las clases sociales; y simultáneamente ha sido dicho lo contrario, a saber, que ya no hay clases, que este concepto ya no es pertinente, que en la sociedad industrial o postindustrial avanzada la clase obrera y el campesinado son minoritarios grupos residuales y todos los demás grupos están en transición hacia una sociedad cada vez más homogénea.

Se ha dicho que la inteligencia es una capacidad adqui-

-rida y desarrollada por la interacción con el entorno y multiplicada por las relaciones sociales, y se ha argumentado que la inteligencia es innata y que los que están en los niveles desprivilegiados de la sociedad deben culparse a sí mismos o a sus soportes biosomáticos.

Se ha argumentado que la sociología es, o debe ser, la ciencia de la realidad social, y se está argumentando que la realidad social es una construcción del observador y que la sociedad es sólo un nombre.

Se ha dicho que toda ciencia trabaja con conceptos y que la abstracción conceptual es el umbral del conocimiento científico, y que por tanto la sociología debe precisar, organizar y tecnificar sus conceptos, y se ha pasado a sostener lo contrario, a saber, que los conceptos son como minerales fósiles y que el sociólogo ha de vivir con las gentes y reflejar el lenguaje vivo de los actores.

Se ha dicho y argumentado que una sociedad es un sistema de sistemas y que el concepto de sistema permite poner orden en el caos de la acción social y de sus productos, y se está diciendo lo contrario, que el concepto de sistema no es adecuado para la inteligibilidad de lo humano, intrínsecamente paradójico, impredecible, histórico, aleatorio.

Se ha postulado como nivel de partida para la sociología el conocimiento y análisis de la reproducción social, y se ha argumentado que no hay tal reproducción: que cada día los hombres producen sus condiciones de vida y su historia y cambian sus valores según los imperativos y premisas de la acción existencialmente necesaria.

Se ha dicho y argumentado que la sociología estudia la racionalidad de las acciones humanas con respecto a fines, y se ha dicho lo contrario, a saber: que raras veces los hombres son racionales por lo que concierne a sus fines, y que la sociología debe estudiar las consecuencias imprevistas de la acción, y entre ellas, cómo los actores resultan engañados por las expectativas y por las racionalizaciones de sus fines.

Se ha dicho que la sociología es intrínseca e inevitablemente conservadora y que sus descubrimientos (si los hay) están al servicio de las élites, grupos o clases dominantes, y se ha dicho que la sociología es una quintaesencia de doctrinas revolucionarias o contrarias al status quo.

Se ha argumentado el carácter de ciencia universal de la sociología, y se predicán hoy al mismo tiempo las sociologías "nacionales", sociologías fabricantes de ídolos de la tribu (si se nos permite actualizar el viejo concepto de Bacon).

Se ha argumentado que la sociología es necesaria para hacer más racionales los cambios sociales y para disminuir las tensiones que los acompañan, y se ha dicho lo opuesto, que la sociología no tiene el menor impacto sobre la realidad social, que es un ejercicio académico de profesores, y que en todo caso sería humanamente nocivo que los sociólogos ayudasen a los grupos dominantes en una manipulación social tendente a hacer aceptar determinada clase de cambios.

Etc. etc. Esta lista de ejemplos de monólogos alternativos podría prolongarse indefinidamente. Tanto más cuanto hoy acontece que los epistemólogos (ex.gr., Stephen Toulmin) argumentan que está ya superado, y bien y definitivamente superado, el concepto de verdad, substituido por la constatación empírica del éxito: las teorías ya no se diferencian por ser o no verdaderas, sino por ser, o no, útiles y exitosas.

Llegamos así al umbral de conclusiones que cada lector adjetivará según sus preferencias y su estado de ánimo. Una de ellas es trivial. Las generalizaciones sociológicas difieren porque cada investigador habla de gentes diferentes y ha hecho extrapolaciones teóricas indebidas. Este aspecto lo vieron ya los estudiantes parisienses en el decenio de 1971-1980: Bourdieu y Crozier estaban pensando en mundos sociales diferentes; en unos, los individuos aparecían como objetos de la determinación social pasada y presente, materializada en la escasez de recursos ^{económicos} e intelectuales y en las coacciones de un orden de privilegios; los otros, aparecían como sujetos que son capaces de negociar libremente su futuro y de usar sus márgenes de libertad para reducir incluso los márgenes de libertad de los poderosos.

Podemos, empero, trasladar la cuestión a otro territorio para que deje de ser psicológica (por referencia al investigador) y trivial (por referencia a que el mundo social no es homogéneo y que los recursos materiales e intelectuales no están distribuidos isotrópicamente). Podríamos pensar que cada coyuntura económica, social y (transitivamente) política, genera y acepta la sociología que necesita, en función de los problemas inmediatamente percibidos, y, en particular, de los intereses de determinados actores sociales (los cuales ocupan una posición social crucial precisamente por referencia a aquellos problemas).

Y podemos deducir de la perspectiva histórica que ya poseemos, que cada sociología termina por independizarse relativamente del contexto que la generaba y la aceptaba, y de la concordancia con los intereses de

determinados grupos que eran protagonistas sociales por su posición en el sistema económico o en el político; y que el modo de independizarse consiste en que, como producto cultural vivo, y como orientación intelectual, continúa existiendo yuxtapuesta a otras necesidades y otras coyunturas, disponible para reactualizarse o para amalgamarse en híbridos. En otros términos: el caos actual no sería solamente producto de la esquizofrenia de nuestra época, escindida entre los esfuerzos más poderosos, sin igual en la experiencia histórica, para establecer ^{absolutos} ^{corsi} ^{racionales} al discurso humano (como son los lenguajes binarios en las computadoras), y la libertad de imaginar y decir lo irracional, en una explosión incontrolable. El caos actual sería también producto de una forma perversa de acumulación histórica, en un periodo de tiempo que, precisamente desde una perspectiva histórica, es breve.

El fracaso en los intentos de restauración del orden social prerrevolucionario, trajo consigo el nacimiento de la sociología. Como escribió Robert von Mohl, éste es uno de los casos en que es la vida la que ha dado existencia a la ciencia. Una ciencia de la cohesión y el orden social (burgués).

Las monstruosidades de la industrialización en régimen liberal generaron una sociología del pauperismo, de la situación de las clases trabajadoras, de la urbanización salvaje, fundamento de programas de reforma social, sanitaria, e indirectamente política (extensión de la educación, paso previo a la extensión de la ciudadanía).

Los conflictos entre culturas y lenguas diferentes en Europa central generaron unas sociologías de la cultura y de la lucha de razas.

La intensa competición económica y política entre unos pocos grandes Estados por el imperio mundial, trajo consigo la sociología que trata las sociedades-naciones-Estados como personajes biográficos y dramáticos en el escenario mundial, sociología que incorpora los problemas de la cohesión y el orden internos (pues para ser fuerte en el exterior, hay que evitar ser vulnerable en el interior).

La formación de los grandes trusts industriales, la constitución de un capitalismo de organización como actor dominante, subordinando o reemplazando al capitalismo atomístico, manufacturero y mercantil, produjo coherentemente una sociología que se planteaba como objeto privilegiado la racionalidad de la acción social, la relación entre medios instrumentales y fines, y la racionalidad en la elección de los medios.

Las frustraciones de unas poblaciones derrotadas en Europa central, la decadencia moral y política conjuntamente con el resurgimiento de

energías vitales, el espíritu de revancha⁴, el culto a la Naturaleza y a la juventud, anidaron una sociología de la liberación humana, fuese por la comunión en una patria maternal, protectora y socialmente igualitaria, fuese por la liberación de las fuerzas naturales de las que el hombre es portador, respecto de los tabúes de la vieja sociedad derrotada.

Los problemas urbanos y del desempleo industrial y la crisis municipal en la depresión económica propiciaron una sociología de la delincuencia juvenil (ya en los años treinta).

La organización de la población para poder cumplir los fines de la guerra, los problemas de la organización militar y de los sistemas jerárquicos, sirvieron de matriz a una sociología de la personalidad autoritaria.

El consolidamiento de la producción industrial en masa, la expansión industrial en gran escala, el consumo extendido a todas las capas sociales, exigieron no solamente una sociología del consumo diferencial, sino también una sociología industrial, la cual trataba de la integración de los obreros en las empresas, de las propensiones diferenciales a la huelga, de los sistemas de negociación con los sindicatos, de la institucionalización del conflicto.

La necesidad de extender los mercados a nivel mundial, de crear nuevos mercados, y de internacionalizar el capitalismo industrial, amamantó una sociología del desarrollo y de la modernización en los países poco industrializados y en los que tenían todavía amplias áreas sociales precapitalistas o de capitalismo agrario y mercantil arcaico, sociología que pretendía descubrir y aniquilar las resistencias tradicionales al cambio, estimular a los empresarios schumpeterianos, crear nuevos centros capitalistas en el espacio mundial (competitivos con los imperiales).

El fracaso del proyecto anterior produjo, en unos cuantos países, una sociología de la dependencia y del nuevo imperialismo.

La sobrepoblación de sociólogos respecto a los fondos disponibles para la investigación de campo, produjo las sociologías imaginarias, irracionales, lingüísticas, idiográficas, arbitrarias, subliminales, patológicas y delirantes, que han hecho del territorio una especie de manicomio académico. Sociología de calentasesos por calentasesillones.

En fin, un periodo como el nuestro, dominado por las aventuras y especulaciones del capital financiero, cuando los mayores negocios se hacen girando capitales de una plaza bursátil o un mercado de divisas a otra (u otro), y/o vendiendo, subastando o fusionando empresas, o comprando, vendiendo, pignorando, o alquilando, activos financieros, e inventando asimismo nuevos tipos de activos financieros, un periodo en el

cual la estabilidad y el orden de la producción industrial en masa han sido crecientemente substituidos por la inseguridad y la discontinuidad exigidas por la constante innovación tecnológica, cuando no hay asalariado que sepa a ciencia cierta de quién es o seguirá siendo asalariado, cuando las relaciones sociales que se generalizan son las de mercado, y cada individuo consta socialmente como vendedor y comprador, y él mismo resulta mercancía, y cada atributo de hombre y de mujer deviene mercancía, es un periodo que genera coherentemente una sociología que describe actores libres en mercados libres, actores dotados de capacidades bergsonianas para disociar espacios y tiempos sociales, actores que están en negociación permanente, que se automanipulan para crear estrategias y situaciones, orientados siempre a la apropiación o ampliación de un surplus, sea monetario, sea de márgenes de libertad. En la explicación de las acciones de este tipo de actores importa poco la socialización que recibieron quince o veinte años atrás, ni su contexto social originario (todos son parvenus), ni sus principios, normas, o creencias religiosas, morales o políticas; lo que importa son sus capacidades instrumentales para alternar el trabajo en sistemas de acción que son poderosos en cuanto sistemas (independientemente de los atributos individuales) con la negociación que es por necesidad personalizada; son actores que alternan una racionalidad colectiva, sistémica, con una capacidad intuitiva, individual, anticipadora, que muerde en el futuro. (Dicen los zoólogos que ciertas especies de aves migratorias construyen, o son portadoras sobre los soportes de moléculas de ferrita conectadas bioquímicamente en sus centros nerviosos, de una especie de mapa magnético con el cual se orientan sin error en sus viajes y migraciones terrestres en larga distancia. Metafóricamente, la imagen sería válida para estos actores sociales, individualmente intuitivos, colectivamente racionales, portadores de una especie de mapa estratégico). Estos actores se encuentran tanto en el mundo de los negocios como en los laberintos académicos de los propios sociólogos. La sociología que conviene a estos actores es la que racionaliza y da status teórico a sus comportamientos audaces y oportunistas. (+) .

(Nota en 109 bis)

Claro es que con esta sociología crozeriana nos hallamos ya en la frontera de la sociología propiamente dicha. Si no fuese porque se habla mucho en ella del poder como relación negociable, y porque los análisis de estrategias podrán un día ser integrados en una teoría general de la acción, podría decirse que estamos más bien ante una forma de behaviorismo no experimental que ante una sociología strictu sensu.

Y claro es que a este tipo de actores (tanto en el mundo de los negocios como en el mundo académico y en sus luchas despiadadas

=====
NOTA DEL PIE DE LA PAG. 109

(*) Pero esta teorización fué precedida por descripciones portadoras de una verdad y una denuncia. También el teorizador de los actores bergsonianos fué en su tiempo sociólogo de la denuncia:

por parcelas de poder) les convienen premisas que los epistemólogos llaman nominalistas, tanto las clásicas (sólo los individuos son entes reales, la sociedad es sólo un nombre), como las premisas más modernas del hoy llamado nominalismo científico: las teorías verdaderas (o así llamadas por concesión a hábitos ancestrales) son las que se revelan más útiles y tienen más éxito. Hay poblaciones (dicen) de conceptos y teorías, las cuales luchan entre sí en sus nichos ecológicos (sic) y sobreviven las más aptas.

Esta extrema modernidad tiene la ridícula pretensión de constituir el dernier cri de la moda y de la racionalidad adaptativa. De hecho reinventa cosas que los clásicos ya conocieron en su propio contexto de decadencia moral y política:

"Para mí la verdad es como la he escrito. Cada uno de nosotros es medida tanto de lo que es como de lo que no es. De ahí que haya una distancia infinita de uno a otro, por la razón misma de que para uno es y aparece una determinada cosa, y para otro, otra. En poco tengo yo, pues, a la sabiduría y al hombre sabio. Yo llamo sabio, por el contrario, a aquél que puede hacer cambiar el sentido de las cosas". (Palabras que Sócrates pone en boca de Protágoras, en el Teeteto, 166 d).

Nos queda la esperanza (históricamente fundada, espero) de que después de los sofistas-estrategas hayan de venir otra vez geodestas y topógrafos: A ver, a ver, cómo dejaron esa gente el terreno?

++++

VI. - Conclusión provisional.

¿Puede salir esta empresa del círculo vicioso y hallar su círculo virtuoso?

Creo que lo hallará en la medida en que lo hagan asimismo otras disciplinas de la acción humana.

A cada nueva camada de estudiantes hay que repetirles lo mismo:

- que una percepción social que se tiene por evidente (verdadera) no designa necesariamente un objeto analítico;
- que un problema socialmente identificado no es, necesariamente, un objeto sociológico;
- que ser algo verdad es distinto de ser tenido por verdadero:

"... se reduce la verdad a la aquiescencia de los individuos. A esto sólo puedo replicar: ser verdad es algo distinto de ser tenido por verdadero, ya sea por un individuo, o por muchos, o por todos (...) Ser verdad es independiente de que alguien lo reconozca como tal". (Gottlob Frege, 1893, reed. 1971, 139).

el [Hoy esta posición parece un anticuado realismo trascendental (para emplear la expresión de Roy Baskhar). Quizá deba ser actualizada, precisamente porque en esta disciplina contexto de descubrimiento y contexto de verificación se superponen parcialmente. La verdad es operativa y procesual; no es una propiedad universal de un objeto final.

Esta condición exige que terminen esas disertaciones estériles sobre lo cuantitativo y lo cualitativo. Conceptualización y matematización se necesitan recíprocamente. Hubo, sin duda, una época de terrorismo de lo cuantitativo y lo estadístico. (No es por azar que coincidió con la época de la sociología industrial. Si se estudian cosas como la propensión diferencial a la huelga (Clark Kerr y su equipo) hay que medirlas.) En esa época se dieron comportamientos aberrantes, como el una revista americana que rechazaba tests estadísticos con probabilidad superior a 0.02 (y rechazaba las comunicaciones científicas con $p = 0.1$, etc). La obsesión estadística mostraba la inseguridad teórica; era una especie de prolongación tardía de aquello que yo llegué a oír todavía de pequeño: que

la ciencia comienza con la precisión cierta en la última cifra centesimal. Todos hemos compartido esa socialización que se nos dió. ¿Quién recuerda hoy que Charles Bettelheim inició sus publicaciones científicas con una investigación sociológica sobre Auxerre y que la encabezaba citando la famosa frase de Lord Kelvin que asevera que empiezas a conocer algo cuando puedes medirlo? ¿Y quien, entre los sociólogos enemigos de la estadística matemática, sabe que no fueron los cualitativos estructuralistas franceses con sus dicotomías semánticas quienes más hicieron por reducir el territorio de los estadísticos, sino que fué un economista, Oskar Morgenstern, quien al filo de 1959-1960 puso en solfa el desmedido énfasis matemático de tantos economistas y científicos sociales?

Solamente el pavoroso desprecio de los clásicos puede explicar (aunque no justificar) que se ignoren cosas que están ya resueltas desde el Renacimiento:

"...la proporción designa un acuerdo en una cosa y designa al mismo tiempo una diferencia, de modo que no puede ser comprendida sin el número. El número incluye todas las cosas que son susceptibles de comparación. No es solamente en la cantidad en donde el número produce la proporción; la produce también en todas las cosas que son capaces que de concordancia y de diferencia en algún aspecto, sea substancial o accidentalmente. Por ésto Pitágoras insistió tanto en sostener que, por medio de los números, todas las cosas son comprensibles". (Nicolás de Cusa, De Docta Ignorantia, libro I, cap. 1; edición inglesa en Yale University, 1954).

Con mucha mayor elaboración, sin pitagorismo, y con argumentos de la lógica moderna, esta posición está bien razonada y establecida en The Conduct of Inquiry de Abraham Kaplan (todos los epígrafes sobre cantidad y calidad, que los antiestadísticos deberían leer y meditar; A. Kaplan, 1964, 172 a 208). The transformation of quantity into quality, or conversely, is a semantic or logical process, not a matter of ontology (loc. cit, 207).

calidad

Por mucho que sea fundado, en premisas científicas, el menosprecio de Estruch y Cardús por la sociografía, hay que considerar al menos lo siguiente: que, cuando tenemos series de veinte a veinticinco años de encuestas repetidas, con muestras controladas, y con cuestionarios comparables, la cantidad y la acumulación temporal lineal posibilitan el análisis cualitativo, y la discontinuidad cualitativa emerge precisamente de este tipo de datos seriales. Es así como sabemos que hacia 1965-1966 se produce un corte en un conjunto de actitudes en las poblaciones jóvenes (y relativamente jóvenes) en Europa Occidental, corte que se manifiesta en la súbita eclosión del escepticismo religioso o del agnosticismo, en nuevas expectativas sobre el tamaño de la familia, sobre la procreación, sobre las relaciones sexuales, sobre el matrimonio, sobre la valoración del goce presente frente al goce futuro (corte que en España

En estos dos últimos decenios esa sociología "estrictamente analítica" se ha materializado en una cuantiosa producción de investigaciones sobre problemas sociales o sobre aspectos bien definidos, particulares, de la organización y de la acción social; y no pocas de estas investigaciones están bien estructuradas, bien apoyadas empíricamente, argumentadas lógicamente, y son capaces de comunicar conocimiento de positivo interés sobre sus respectivas áreas cognitivas. Ahora bien, la verdad de estas investigaciones no aparece en su extrapolación teórica o en su generalización, la cual constituye problema; su verdad es intrínseca al proceso investigador, y requiere ser descubierta identificando al proceso mismo, cada una de sus etapas, y la validez y pertinencia de los vínculos entre ellas. Y esto es así porque en la investigación científica en ciencias sociales acontece algo análogo a lo que Lakatos predicaba de una parte de la investigación en matemáticas: no es posible separar radicalmente la fase de descubrimiento de la fase de verificación. La condición científica está en el proceso mismo y en su estructura operativa (que incluye datos y resultados). La condición científica no se halla (o no suele hallarse) en proposiciones generales teóricas finales . Por todo ello, disponemos de un cuantioso mosaico de islotes válidos de conocimiento, disjuntos teóricamente.

Estas son las dos caras de la situación: la aptitud científica se hace y se mantiene por la práctica científica, por la investigación controlada; y la investigación, por refinados que sean sus instrumentos, no produce más que parcelas de conocimiento si no forma parte de programas debidamente orientados por un cuerpo de teoría y de hipótesis.

Las cogitaciones cerebrales producen castillos de naipes epistemológicos y/o metodológicos, derivados de algunos a priori subyacentes en la experiencia personal (social) del teorizador.

Las mediciones con las categorías de la praxis cotidiana y el lenguaje de los actores, producen, o la sociographie aveugle (Touraine dixit) o racionalizaciones que codifican los argumentos de los actores.

En estas condiciones, la generalización es portadora de riesgos teóricos. Lo que es válido de una acción dada en relación a un contexto dado se predica de la generalidad de la sociedad. Y esta generalización es pasible de inmediata oposición por las generalizaciones de otro investigador.

Conviene percibir que el sincretismo no _____ es factible: _____ aniquilaría la verdad parcial de cada investigador. Como les he dicho bastantes veces a los estudiantes: allí donde es pertinente, hay que ser funcionalista radical; y allí donde es pertinente, hay que saber ser crozeriano, o saber ser marxista (del método y conceptos de Marx, no de las sectas que se llaman marxistas). El funcionalismo pasado por agua, como el marxismo pasado por agua, no conducen más que a la fabricación de sopas. (*).

Nota: Me página (*) → "En el orden de la Razón las cosas no son contingentes, sino necesarias" (Spinoza, Ética, libro II, teorema XLIV).

Nota a añadir, 115 catalana, al pie

Imperio del Centro, expresión
(Común en la historia)
Centro Europa

la melma que

signes, símbols i significats, i en tant els mateixos sociòlegs han aconseguit persuadir els amos dels diners públics que la sociologia és molt valuosa per a orientar-se en el laberint.

Donades aquestes condicions, aquesta filiació intel·lectual i aquestes practiques acadèmiques i socials, resulta un fet més aviat sorprenent que cap a finals del decenni de 1961 a 1970 la sociologia (o les sociologies) es transformessin en una mena de doctrina revolucionària i que no salament la gent d'ordre, sinó també els sociòlegs, van creure de bona fe que la sociologia era (o podia ser) l'instrument o l'arma definitiva per a la revolució (o per a alguna classe de ruptura revolucionària irreversible). La dicotomia entre sociologia de l'ordre i sociologia de la revolució, que omple tants d'assajos i textos del període 1965-1975, sempre em semblà profundament enjanyadora, tant per als lectors com pels qui l'empraven convençuts de la seva pertinència. D'una part perquè tots els grans clàssics de la sociologia amb la sola excepció de Comte (que estava obsessionat pel consensu) són pensadors que han incorporat a llurs anàlisis el conflicte social i no ignoren la funció del conflicte per a aconseguir que l'ordre polític i l'ordre legal siguin més civilitzats i justos. Des de Maquiavel a Durkheim, hom pot aduir els textos sobre la funcionalitat del conflicte per al perfeccionament de les lleis (en el cas de Durkheim, argument portat a les seves últimes conseqüències: no hi ha societat coneguda sense conductes delinqüents; sense delinqüència no es perfeccionaria el Dret)(+)

La funcionalitat social del conflicte fou argumentada àdhuc com a contributòria a la cohesió del grup o de la nació (un punt de vista diferent del que subratlla el vincle entre conflicte i historicitat).

A l'Alemanya postbismarckiana aquest argument apareix en diferents pensadors, entre ells, en particular, Georg Simmel. L'hostilitat de l'entorn o l'agressió exterior reforcen la identitat i cohesió del grup (una observació que té probablement la font en el propi context històric-polític alemany, quan els alemanys es veuen com un "imperi" voltat de potències hostils).

v2 (seguido) ver 78

v2 (seguido) ver 78 original

" Imperi del Mig "

Nota al peu

(+) L'argument no era nou, i allò que Durkheim féu va ser desenvolupar-lo i donar-li un to escandalós per als burgesos benpensants: sociològicament parlant, donat que el crim és un fet social general, el crim és normal. Marx, que feia onze anys que era mort quan Durkheim va escriure aquest text, coneixia l'argument a través de Mandeville i en va fer alguns comentaris sarcàstics (en Theorien..., V, 182).

Alegria

El jurista Maurice Hauriou, una de les màximes autoritats de Derecho Constitucional en el primer Tercio de aquest siglo, presentaba el perfeccionamiento del Derecho (el politico) por la mediación del conflicto social, bajo un argumento que es de naturaleza diferente: " les citoyens ont risqué et perdu leur vie pour la conquête du droit" (La cité moderne et les transformations du droit, 1925).

(498).

IV. La crisis política

Cuanto (...) más de cerca yo estudiaba a los políticos y las leyes y costumbres del periodo, y cuanto más mayor iba haciéndome, más difícil me parecía que se pudiese gobernar correctamente. Nada puede hacerse sin fieles amigos y seguidores; y éstos difícilmente iban a venir en un tiempo que había abandonado su código moral tradicional y se revelaba incapaz de crear otro nuevo. Simultáneamente la ley y la moralidad iban degradándose a un ritmo alarmante, con el resultado de que, aunque yo había estado lleno de entusiasmo por hacer una carrera política, la percepción de todo aquél caos me daba vértigo; y si bien nunca dejé de pensar cómo podrían mejorarse las cosas y cómo podría reformarse la Constitución, pospuse la acción, en espera de una favorable oportunidad. Finalmente llegué a la conclusión de que todos los Estados existentes están mal gobernados, y que sus constituciones no podían ser reformadas sin acciones enérgicas y una buena dosis de buena suerte.

PLATÓN, Carta Séptima.

7. Pistes cap al miratge

=====

FINAL DE LA NOTA

cuando emerge el tema de la estructura social al nivel de la sociedad global; la "estructura" es algo importante y oculto: un sistema de conexiones entre hechos sociales "fundamentales" que se han ido acumulando sin quererlo nadie y como un sedimento producido por las acciones de todos". (...)

"Cada sociedad y los seres humanos que la forman se hallan continuamente dialogando con el pasado. La misma sociedad no sería reconocible como tal sin esa inercia histórica cuya función estabilizadora ha sido racionalizada por Robert L. Heilbroner. Pero las permanencias van siempre acompañadas de caducidades; y es obvio que cada sociedad nacional posee unos tamices selectivos que la distinguen de otras y que no se deben al azar. El proceso selectivo de permanencias y caducidades sería una mediación teórica valiosa si lo pudiéramos sistematizar o estructurar. Esta meta es, por ahora, un desideratum remoto".(...)

"La advertencia del profesor Fritz Machlup a los economistas -- Synthesis in the abstract serves no good purpose -- no posee aún valor normativo para los sociólogos...".

Párrafos que hay que situar, a su vez, en el contexto español de la época. Circulaba por el país un tratado de estructura social escrito por un profesor especializado en la "ontología de lo social" (sic); el autor se preguntaba si la estructura social es formal o material, si es causa o efecto, si tiene lugar y espacio o si es inmaterial, etc. Todo ello como preludio a una teoría sociológica normativa e idealista. Enrique Gómez Arboleya había reaccionado contundentemente contra aquella diversión:

"La sociología tiene que ser sobre todo ciencia de la estructura social del presente, de modo análogo a como la física es ciencia del mundo físico real, y la biología no es ciencia de la vida perfecta e intemporal sino de la vida real tal como se ha constituido en el término de un decurso efectivo y real". (E.G.A., 1957, a, 12).

Crítica oportuna contra la sociología de una sociedad ideal; pero aserciones de valor menor frente a las que ponen el objeto de la sociología en las relaciones sociales o en la comprensión de la acción social. La estructura dice solamente una parte de la relación del actor con la situación. Hay que tomar en cuenta la otra parte: que el actor quiere (o necesita) cambiar un estado de cosas. "(Una) idea no es mero reflejo de condiciones sociales (...), es un proyecto", escribía el propio Gómez Arboleya en otro texto (1957, b, p. 71).

En fin, por lo que concierne a la reificación: se pasó inconscientemente de usar "estructura(s) social(es)" como un útil intelectual analítico, a considerarlo como un ente actuante en la realidad. Autores sumamente cuidadosos incidieron en la traslación de territorio cognitivo. Un ejemplo: las estructuras sociales tienen principios, duración, varios grados de unidad, y pueden desintegrarse (they have beginnings, duration, varying degrees of unity, and they may disintegrate; Hans Gerth & C. Wright Mills, 1954, 1961, p. 31).

50 de la reducción catalana

Nota final añadida

Nueva nota, ^{el pie,} pag. 54 de la
trad. catalana

(*) - Por ejemplo, cuando un sindicato, una organización política o una institución corporativa o cultural, etc., han vivido mucho tiempo en un Estado policíaco, desarrollaron hábitos de cautela y de secreto, propios de situaciones de semi-clandestinidad, que son hábitos que perviven en las conductas de los miembros de la organización cuando el Estado policíaco dejó ya de existir. Algo similar acontece cuando llegan al gobierno de un país grupos que se habían formado en la lucha armada; cf. el daño hecho a Israel por el aventurismo belicoso de Menahem Begin, antiguo terrorista en la época de la guerra de Palestina contra la Potencia mandataria (Gran Bretaña).

hacia 1976 (tres años antes de su muerte) había añadido un cuarto sistema a los tres clásicos (el behavioral organism completó los sistemas cultural, de la personalidad, y social). (En otro lugar he expuesto cómo este último acto teórico parsoniano, con un retroceso aparente a una dimensión naturalista, la del organismo fisiológico humano, era, paradójicamente, consistente con el sesgo . . . idealista y nominalista de su obra).

El sistema social a nivel societal quedó estructurado en subsistemas. Un examen de las construcciones parsonianas muestra que Parsons nunca pensó los sistemas más allá de donde había ido el estructural-funcionalismo de los antropólogos sociales británicos: se trata de sistemas de roles. Obviamente, los roles pueden ser denotados con un número ilimitado de predicados. Los seres humanos somos formidables sintetizadores, y además las organizaciones sociales son plurifuncionales. Dadas ambas condiciones fácticas, todo role puede ser inscrito en varios campos analíticos, y el predicado que lo cualifica resulta que es circunstancial: en una sociedad, ex.gr., los roles de las administraciones públicas pueden ser cualificados de "adaptativos" (porque las administraciones públicas son, como en Estados Unidos, servidoras de las empresas privadas y de las corporaciones económicas privadas) y en otra sociedad los roles de las administraciones públicas pueden ser cualificados de "implementativos de lealtades" (caso de Francia, parte de cuyas administraciones se identifican con los principios fundamentales del Estado). Parsons fué dibujando, decenio tras decenio, sus territorios analíticos cuadrangulares, hasta llegar a un esquema de cuatro subsistemas: el fiduciario (que incluye los niveles más altos de moralidad y racionalidad), el comunitario (que comprende sobre todo la solidaridad y las lealtades), el político (cuya definición ya conocemos), y el económico (producción, tecnología, inversiones, ya definido desde 1957 en Economy and Society). Una detallada metateoría (cf. el prólogo de Carlos Moya al libro de José Almaraz, 1981), en la que son sumamente escasas las proposiciones teóricas (científicas) de la forma, Si A, bajo las condiciones x, y, z, entonces B; o proposiciones de la forma, Si el subsistema A, cambia su estructura en el sentido X, o en el sentido Y, se producirán cambios N, N + 1, etc., en los subsistemas G, I, etc.

El paso teórico de Parsons, al trabajar sobre el nivel macro, consistió fundamentalmente en una sola cosa: que abandonó los actores puramente individuales, con sus motivaciones psicológicas, para contemplar actores colectivos, con procesos de decision-making formalizados e institucionalizados. →

Sigue (seguido) a la cabecera de pag. 40 de la trad. catalana .

Desde la mitad del decenio de 1931 a 1940, hasta finales del decenio de 1941-1950, Parsons se atuvo a un esquema teórico consistente en tres sistemas (el de la cultura, el de la personalidad, y el sistema social), cada uno de ellos dotado de su propia especificidad y los tres necesarios, conjuntamente, para una teoría general de la acción social. El concepto de sistema social no recubría necesariamente, con carácter unívoco, el nivel societal (i.e., la "sociedad" global correspondiente a la Nación-Estado); ese concepto podía aplicarse tanto a la interacción entre dos actores individuales como al sistema mundial de relaciones internacionales cuyos actores son los Estados. (Con lo cual su poder heurístico era pobre, en relación inversa a su extensión). Dos actores en interacción de roles formaban^{ya} sistema social. Nada se había avanzado desde el, en su día, famoso Rektorrede de Otto von Gierke en la Universidad de Berlín el 15 octubre 1902, en el cual Gierke transaba entre las concepciones individualista y substantivista (entonces llamada orgánica) de la sociedad, postulando la realidad sui generis de la acción humana (colectiva), acción motivada psíquicamente pero no reducible, en sus productos colectivos, a objeto de una ciencia natural. Y poco se había avanzado desde la concepción de los neokantianos alemanes (en todas sus diversas escuelas), que en su lucha contra el positivismo (sobre todo francés) habían substituido el concepto indistinto de milieu por el concepto histórico, creativo, y humano, de cultura. Poco se había avanzado, en fin, desde que los estudios sobre la personalidad individual usaban (ya desde el siglo XVIII) diversas síntesis de un reducido abanico de conceptos, centrados en torno a los rasgos heredados (innatos) y los adquiridos del entorno. Parsons no había hecho, hasta principios de 1950, sino reescribir en modo complicado, y yuxtaponer en forma de esquema general teórico de la acción, los tres campos: el diseñado por Gierke (y reelaborado teóricamente por Weber) cuyo referente empírico son las interacciones y sus productos; el campo de la cultura (conjuntos simbólicos con coherencia, significación y orientaciones propias), y el campo de la personalidad individual (síntesis de energía vital indiferenciada, de impulsos (drives), y de pautas de comportamiento aprendidas). A principios del decenio de 1951 a 1960 Parsons, anticipándose a las nuevas grandes modas sociológicas que iban a llenar los debates de la "era del desarrollo" (económico), empezó a hacer una aplicación de su teoría general de la acción a esa "clase particular de sistemas sociales que son las sociedades actuales" (nacionales). Su atención teórica se desplazó hacia la dinámica de las sociedades modernas; pero de acuerdo a su estrategia científica, empezó por hacer una topología del sistema social (en la aplicación societal de este concepto). Al mismo tiempo, continuó perfeccionando y diversificando la teoría general de la acción social (aplicable a cualquier nivel o territorio analítico), de modo que

TEXTO NUEVO. INTERCALAR
 p. 39-40 de la trad. catalana.

existen català

??

Nota [nueva] para p[er] p[er] p[er] 38 [trad. catalana]. (Durkheim) etc. *

(*)

Por ello la noción durkheimiana de conciencia colectiva (en el sentido de representación colectiva, representación social común a un colectivo, sea grupo, clase, personal de una organización, población de una ciudad o de un medio social, etc), resulta una noción sociológicamente necesaria. Las representaciones colectivas son síntesis de múltiples determinaciones, como todos los productos sociales; el análisis debe investigar qué dimensiones son las más efectivas, las que ejercen mayor peso, en la formación de una conciencia (representación) colectiva, en un grupo dado ^{en un} espacio y un tiempo sociales dados. Hay que tener además en cuenta el ámbito de cada dimensión actuante. Algunas son locales, otras son societales. Estas últimas modulan o informan el contenido de las primeras, son universales de particulares, y por tanto no pueden ser ignoradas en el análisis.

Cf. Gino Germani, Sociología, Relaciones humanas, y Psiquiatría, en "Revista de la Universidad de Buenos Aires", Año I, n.º 3, Jul. - Sept. 1956, pp. 394 - 404, donde se expone por qué no basta tomar en cuenta los roles de los individuos.

medi social,
no p[er] p[er]
it[er]

Nota [nueva] para pte p. 38 [Trad. catalana]. (Durkheim) etc. *

(*) Por ello la noción durkheimiana de conciencia colectiva (en el sentido de representación colectiva, representación social común a un colectivo, sea grupo, clase, personal de una organización, población de una ciudad o de un medio social, etc), resulta una noción sociológicamente necesaria. Las representaciones colectivas son síntesis de múltiples determinaciones, como todos los productos sociales; el análisis debe investigar qué dimensiones son las más efectivas, las que ejercen mayor peso, en la formación de una conciencia (representación) colectiva, en un grupo dado y en un tiempo social dados. Hay que tener además en cuenta el ámbito de cada dimensión actuante. Algunas son locales, otras son sociales. Estas últimas modulan o informan el contenido de las primeras, son universales de particulares, y por tanto no pueden ser ignoradas en el análisis.

Cf. Gino Germani, Sociología, Relaciones humanas, y Psiquiatría, en "Revista de la Universidad de Buenos Aires", Año I, n.º 3, Jul. - Sept. 1956, pp. 394 - 404, donde se expone por qué no basta tomar en cuenta los roles de los individuos.

medi
social,
no pgs
itja

Nueva nota

Nota a pie de pag. (pag. 21 de la traducción catalana).

(*) = Como bien escribía David Riesman en un nuevo prefacio a The Lonely Crowd (edición de Yale University de 1961) « To understand society, one needs not only life histories but history ». (Op. cit., pag. XIV).

Los profesionales "sociológicos" de las historias de vida, deberían leer el ensayo sobre Biografía, de Dilthey, publicado póstumo por sus discípulos, e incluido en sus Obras completas [ediciones de México y de Madrid], en el cual el pensador alemán expone los pros y contras de la biografía como material para el análisis del mundo histórico.

desvinculación, separación, estratificación, y (cerrando el círculo, i.e., volviendo al átomo individual), individuación. Este esquema cognitivo tomaba en cuenta, por tanto, solamente procesos conservativos de sus elementos; no entraban en la tabla procesos no conservativos, como los de substituir y omitir (o destruir), ni tampoco los procesos creativos o innovativos, sea por recombinação de elementos pre-existentes^{que entran} en conjuntos nuevos, sea por la emergencia de nuevos elementos. La guerra, por ejemplo, es un hecho social que no era contemplado por el esquema cognitivo basado en un radical individualismo metodológico. Característicamente, el objeto de la sociología era "lo social" (sic: das Soziale) (los althusserianos del decenio de 1970 en la charca filosófica parisiense tenían, pues, un antecedente teórico, como se decía entonces, que ellos ignoraban), si bien "lo social" quedaba reducido a lo interhumano (das Zwischenmenschliche). (+). Nota en 18 vs

Estas sistemáticas sociológicas han sido hoy archivadas como tales sistemáticas; y sin embargo, es un esquema cognitivo similar, ~~indiscutible~~, aunque probablemente expresado en otros lenguajes, el que subyace en tantos estudios micro de relaciones interindividua-

les que se hacen en nuestros días. Aunque casi todo sociólogo con una formación académica sería sabe hoy que las unidades analíticas elementales de las relaciones sociales no son individuos, sino roles y status, algunos (no pocos) de entre los sociólogos no extraen las consecuencias lógicas para el análisis sociológico. En su conciencia refleja siguen agitándose individuos que se acercan o se distancian, se dominan unos a otros o se rehuyen, se uniformizan o se individualizan, se parasitan o se coaligan para explotar a un tercero, afirman su identidad o la pierden (o se dice que la pierden, sometidos a la voluntad de otro). Esta conciencia-refleja deja de practicar el análisis de roles y de status, y la ocupan personajes. Quizá uno de los orígenes de la traslación resida en que roles y status son asimismo atributos de personajes (escénicos y novelescos), y además lo son en grado sumo de los personajes arquetípicos (los no-personas). Hay sociólogos que creen hacer sociología (logos) con sus verdades descriptivas, y en vez de hablar de los roles y status como categorías científicas, los cristalizan en personajes arquetípicos. Ahora bien, científicamente, roles y status son unidades analíticas de sistemas culturales y sociales, no son propiedades de individuos. Para la sociología (logos) vale la misma norma que Marx enunciaba para la economía política: las relaciones hay que pensarlas abstrayéndolas de los actores (Grundrisse, I, 1, secc. 3).

↓
Pasa a 18 (2a)

Continúa en Si no es producir - - - etc

Este texto
se hizo
escrito
nuevo
ver 17 (1a)

Este texto
se envió
a la FJB
7º de febrero
1986, y
no ha sido
reducido
en sustitución
del artículo
de esta
misma
pág. 18

procesos sociales en asociativos y disociativos, simples y complejos, actuados por individuos o por grupos. El esquema cognitivo subyacente practicaba una reducción de las relaciones, de modo que el complejo bosque de éstas (medio millar de términos) tenía como base las actividades elementales que consisten en unir (Binden) o separar (Lösen). Desde el simple contacto (relación elemental interindividual) hasta la socialización (nivel más alto de las relaciones integradoras entre grupos) se extendía un prolijo mapa de combinaciones, diferenciaciones, condensaciones (Verdichtungen), co-implicaciones, y especificaciones, según que los sujetos de la acción fuesen individuos, grupos, u otros colectivos abstractos. Dije antes que se trataba de una sociología de diccionario, porque en definitiva desembocaba en tabular de alguna manera toda clase de términos que pueden recubrir relaciones sociales: contacto, aproximación, adaptación, asimilación, unión, uniformación, inordinación, dominación, subordinación, competición, oposición, conflicto, etc. etc. Técnica que corresponde, como es casi ocioso argumentar, a una etapa taxonómica del conocimiento analítico, etapa pre-teórica (análoga a la práctica de botánicos y zoólogos en el siglo XVIII). Consecuentemente, la realidad social quedaba reducida a relaciones, positivas o negativas, inter-humanas (das Zwischenmenschliche) con predominio de las primeras (los vínculos positivos: evidencia del problema epistemológico subyacente al individualismo y al atomismo: hay que practicar una criba en la selección de términos relacionales, porque si predominasen los negativos, no habría "sociedad"). (+). (Nota p. 17.)

*Nota
2a traducción
en 77 Bis*

Hay que precisar, en atención a la verdad histórica, que Von Wiese no hizo sino desarrollar y radicalizar precedentes existentes en la sociología americana (Chicago) llamada relacional, y que esta influencia fué de doble sentido: de Estados Unidos al mundo cultural alemán (i.e., el austriaco incluido), y de éste reactuando sobre América. (Tradición de doble influencia que se remonta a finales del siglo XIX, y que se convirtió en unilateral -- predominio teórico, hegemónico, americano -- después de la Segunda Guerra Mundial).

Este texto reemplaza la parte de arriba de la antigua p. 18

NUEVO

No el poder, sino la humildat, 25
No el camino facil, sino la via estreta

Alfonso Carlos Comin (marzo 1960)

VI. - Conclusió provisional

¿Pot aquesta empresa sortir del cercle viciós i trobar el seu cercle virtuos?

Crec que el trobarà en la mesura que ho facin també altres disciplines de l'acció humana.

A cada nova remesa d'estudiants se'ls ha de repetir el mateix:

- que una percepció social que es té per evident no designa necessàriament un objecte analític;
- que un problema socialment identificat no és, necessàriament, un objecte sociològic;
- que alguna cosa sigui veritat no vol dir que sigui tinguda per vera.

distint de ser tinguda per veritadera.

Eso no tiene sentido

Reducció (ben) per favor

ahi estè bien →

Humo!
de I

real trascuado

"... es redueix la veritat a l'aquiescència dels individus. Davant d'això només puc contestar: ser veritat és quelcom distint de ser tingut per ver, ja sigui per un individu, per molts, o per tothom (...). Ser veritat és independent de que això sigui reconegut per algú com a tal veritat". (Gottlob Frege, 1893, reed. 1971, 139)

Avui dia aquesta posició sembla un antiquat realisme transcendental (emprant l'expressió de Roy Baskin). Potser caldria actualitzar-la, precisament perquè en aquesta disciplina, el context de descobriment i el context de verificació se superposen parcialment. La veritat és operativa i processual; no és propietat universal d'un objecte final.

Aquesta condició exigeix que acabin aquestes dissertacions estèrils sobre el quantitatiu i el qualitatiu. Conceptualització i matematització es necessiten recíprocament. Hi hagué, sens dubte, una època de terrorisme del quantitatiu i ~~estadístic~~ estadístic (No va ser casual la seva coincidència amb l'època de la sociologia industrial. Si s'estudien coses tals que la propensió diferencial a la vaga (Clark Kerr i el seu equip), cal mesurar-les). En aquella època van tenir lloc comportaments aberrants, com el d'una revista americana que rebutjava tests estadístics amb probabilitat superior a 0.02 (i rebutjava les comunicacions científiques amb $p \geq 0.1$, etc). ~~L'obsessió~~ **La seguret** estadística ~~prolonga~~ la inseguretad teòrica; era una mena de prolongació tardana d'allò que jo vaig arribar a sentir quan encara era petit: que la ciència comença amb la precisió certa a l'última xifra centesimal. Tots

≥ 0.1

espera I

VI. Conclusión provisional.

los versos de
Lomín dejados
en su original,
sin traducir

No el poder, sino la humildad.

No el camino fácil, sino la vía estrecha.

Alfonso-Carlos Comín (Marzo 1960). (De un poema de A.C.C., reproducido recientemente en El Ciervo, 1985).

I. - Hasta mediados de nuestro siglo se empleó al término Sociología general para designar la sistemática de conceptos con los cuales es posible aprehender las relaciones sociales y los productos de la acción social que presentan caracteres relativamente estables (grupos, organizaciones, instituciones, etc). John Stuart Mill fué el primer teorizador de una sociología general, y Tönnies empleó una parte de su carrera académica en delimitar los territorios entre la sociología general y las sociologías aplicadas, y entre éstas y la sociografía. Con variantes que recubren solamente matices de forma, o de la relación entre forma y contenido, el término sociología general fué asumido por autores tan diversos como Durkheim, Pareto, Waxweiler, Dupréel, Wiese, Giddings, Mannheim. El objeto de esta disciplina era universal: los conceptos sociológicos propiamente dichos. El dictum del epistemólogo de la ciencia William Whewell, "el progreso de una ciencia reside en el progreso de sus conceptos", estuvo vigente durante un siglo. Sin referencia a Whewell, esa idea la hallamos todavía en 1981 en el debate de La Recherche sobre el tema La Sociologie est-elle une science?. Dice Pierre Bourdieu:

"El conjunto de los sociólogos dignos de este nombre está de acuerdo sobre un capital común de conceptos, de adquisiciones, métodos, y procedimientos de verificación".

Sin embargo, ya a principios de siglo L.T. Hobhouse, en el primer editorial que escribió para la Sociological Review (1908) constataba que la sociología general estaba amenazada de destrucción, dispersándose en una pluralidad de sociologías especiales. Lo cual es precisamente lo que ha acontecido a lo

largo y lo ancho del mundo en los últimos cinco o seis decenios. Se ha invertido la relación que postulaba J.S. Mill entre la sociología general y la etología, o estudio particular de los comportamientos humanos diferenciados por espacios y tiempos sociales. Hoy lo que parece que está realizándose es la constitución de una ciencia general de la acción humana, proceso de unificación "etológico" que es simultáneo con el de multiplicación y dispersión de las sociologías.

Probablemente esta situación es ya irreversible. Si esto es así, resultará que ha sido transitorio el imperio de la sociología como ocupante del espacio que en el ámbito académico, y en el ámbito de la cultura elitista, dejó vacante la filosofía desde finales del s. XIX. Hay que recordar este aspecto con perspectiva histórica: en la serie de las ideas sobre el hombre y el mundo, las escuelas sociológicas se instalan cuando se ha agotado la virtualidad política de los sistemas filosóficos; o en otros términos, cuando la filosofía propiamente dicha deviene exégesis erudita de textos de los grandes filósofos. Los sujetos de la libertad del espíritu entregaron sus productos, como objetos, a la actividad hermenéutica de unos pocos dignatarios académicos. Entonces las teorías sociológicas, o sus versiones publicitarias, vinieron a desempeñar, en el escenario cultural, la función de ser fuente de ideas, imágenes sociales e ideologías, concepciones del hombre y del decurso histórico. Las teorías sociológicas ocuparon ese lugar que dejaron vacante los grandes sistemas filosóficos, y lo hicieron como un pariente pobre de éstos.

Ahora bien, las teorías sociológicas heredaron de aquéllos tanto problemas epistemológicos como códigos y representaciones, sin plena comprensión de su trascendencia ni de las soluciones dadas (o intentadas) por los clásicos. Cuando, en nuestros días, han proliferado los sociólogos sin la necesaria formación en epistemología de la ciencia, ni en filosofía primera (o teoría de los conceptos), ni en matemáticas, las sociologías han navegado cada vez más por un pantano ambiguo, entre las orillas opuestas del periodismo culto y de la jerga oscura.

En 1968 Manuel Sacristán publicó un breve ensayo Sobre el lugar de la filosofía en los estudios superiores, ensayo que levantó una cierta polémica (cuyos ecos me llegaron, suficientemente rotundos, hasta Paris). Sacristán analizaba la situación de la enseñanza de la asignatura de filosofía (con palabras ^{que} a mi juicio, relejendo hoy ese ensayo, ^{eran} demasiado

autocríticas); y Sacristán proponía la abolición pura y simple de la asignatura de filosofía en la enseñanza media y en la universitaria.

"No hay un saber filosófico substantivo superior a los saberes positivos; los sistemas filosóficos son pseudo-teorías, construcciones al servicio de motivaciones no teóricas, insusceptibles de contrastación científica (o sea: indemostrables e irrefutables) y edificados mediante el uso impropio de los esquemas de la inferencia formal". (M. Sacristán, 1968, p. 8).

Pero a continuación Sacristán se veía obligado a justificar la importancia y la necesidad intelectuales de la cognición filosófica, teniendo en cuenta, críticamente, los legados de los clásicos y la propia actividad de filosofar; o en otras palabras, la importancia y la necesidad de una cultura filosófica entre juristas, economistas, matemáticos, arquitectos, etc. Y argumentaba Sacristán la propuesta de creación de un instituto superior de estudios filosóficos para post-graduados (graduados en otras materias que la filosofía, licenciatura a extinguir), instituto superior en el cual los profesionales de una variedad de disciplinas harían una filosofía activa, conjunción de teoría y de práctica, recibiendo eventualmente un doctorado en filosofía.

Si en ese ensayo de Sacristán sustituimos, hoy, en una gran parte de sus proposiciones, el término filosofía por el de sociología, no solamente resulta de una gran actualidad en esta nueva aplicación, sino que además esas proposiciones dicen cosas verdaderas. El saber sociológico se construye investigando, no repitiendo las doctrinas que vienen impresas en los manuales. La organización burocrática de la asignatura es incompatible con la formación científica.

En dos cosas debo distanciarme del ensayo de Sacristán. Creo que su autocrítica filosófica era excesiva. En años recientes, cuando he dispuesto (por razones biográficas, y obligadamente, por razones clínicas) de un tiempo dedicable a la lectura y la reflexión como nunca tuve cuando estaba absorbido por la investigación y (complementariamente) por la docencia, he podido volver al amor por la filosofía que precisamente Manuel Sacristán enseñó a sus amigos hace casi cuarenta años. No solamente necesitan la filosofía algunos profesionales de élite (juristas, economistas, matemáticos, arquitectos, etc) en función de sus motivaciones propias y no generalizables. Necesitan absolutamente un conocimiento filosófico todos los científicos sociales cuyas disciplinas trabajan con conceptos. Los clásicos enseñaron a formar conceptos científicos y a distinguir el orden de las cosas del orden del pensamiento, y sus respectivos enlaces. Esta base de conocimientos clásicos se halla dramáticamente ausente en la mayoría de los sociólogos actuales (Gouldner era una valiosa excepción), y de aquí tantos parallogismos, y tantos círculos viciosos, y tantas reificaciones de las nociones comunes.

En segundo lugar, los sociólogos son objeto de una demanda institucional por parte de organizaciones que deben contribuir a resolver problemas sociales. Por tanto, la analogía entre filosofía y sociología no es susceptible de ser llevada a cualquier terreno. El sociólogo está convocado a presentar por lo menos la apariencia de una ciencia empírica; y en este aspecto, es crucial el acervo de conceptos, adquisiciones y métodos que mencionaba Bourdieu.

Este capital que es común se malversa, empero, cuando la universidad (por las causas que fueren) deja degradarse su naturaleza de centro de formación científica, y adquiere cada vez mayor magnitud una pseudonaturaleza substitutiva, la de ventanilla donde se compra una vulgarización cultural.

Las construcciones de los grandes clásicos, tanto Marx como Durkheim, tanto Weber como Tönnies, requieren un estudio lento, riguroso, textual y contextual. Y ésto es algo que no puede hacerse en aulas con un centenar, o más, de alumnos, y con gentes que no saben siquiera situar históricamente la Alemania bismarckiana (y por tanto, desconocen los antecedentes políticos, económicos, e ideológicos, que motivaron a aquellos autores). La vulgarización que pretende "explicar" Marx, o Weber, o Durkheim, en un par de horas, no solamente es un engaño para los estudiantes, sino también una malversación de los dineros públicos. Mucho más útil sería dar cursos de historia política, social, y económica, de la Europa post-Revolución francesa, entre otras cosas para enseñar a la gente hasta qué punto seguimos dando vueltas a problemas y enunciados que ya se plantearon, exhaustivamente, en el siglo XIX y en el primer tercio de nuestro siglo, enseñanza que conseguiría, al menos y en parte, disminuir los riesgos de lo que Ortega llamaba el adanismo (creer que uno es el primer descubridor del mundo). La perspectiva histórica (siempre que sea rigurosa y verdadera, no construcción de nuevos mitos) corregiría la conciencia social espontánea, acrítica, del presente.

"Toda ciencia social es conciencia (...) Ahora bien, toda conciencia social es limitada. Cualquier grupo social tiene su cuadro fijo de representaciones, valores y sentimientos colectivos (...) que frecuentemente son implícitos e inconscientes. (...) La conciencia social, presupuesto de la ciencia, puede ser, pues, su obstáculo". (Enrique Gómez Arbolea, 1955, p. 8).

I I. - A cada nueva camada de estudiantes hay que repetirles lo mismo:

- que una percepción social que se tiene por evidente (verdadera) no designa necesariamente un objeto analítico;
- que un problema socialmente identificado no es, necesariamente, un objeto sociológico;
- que ser algo verdad es distinto de ser tenido por verdadero:

"...se reduce la verdad a la aquiescencia de los individuos. A esto sólo puedo replicar: ser verdad es algo distinto de ser tenido por verdadero, ya sea por un individuo, o por muchos, o por todos (...) Ser verdad es independiente de que alguien lo reconozca como tal".
(Gottlob Frege, 1893, reedic. 1971, p. 139).

Hoy esta posición parece un anticuado realismo trascendental (para emplear la expresión de Roy Baskar) (+). Quizá deba ser actualizada, en la medida en que la sociología como ciencia empírica, con adquisiciones verificables y con un lenguaje conceptual universal, implica una muy difícil disociación entre contexto de descubrimiento y contexto de verificación. Sus verdades son más bien operativas y procesuales. En el bien entendido de que esas verdades no son, empero, contenidos de conciencia; tienen la objetividad y la realidad de los objetos intelectuales, y más precisamente de esa subclase de objetos intelectuales que son los objetos científicos. El objetivismo de Frege, como el realismo de Durkheim, enlazan con una tradición filosófica de raíces aristotélicas, la cual renace en el último tercio del siglo XIX por obra de Brentano, y tiene su continuidad (despojada del psicologismo de Brentano) en la primera etapa de Husserl, la etapa del intento de construcción de la filosofía "como ciencia exacta" (als strenge Wissenschaft). (Y por ello no han ido desencaminados los análisis que trazaron, en su día, un paralelo entre esa primera etapa de Husserl, y el realismo u objetivismo de Durkheim).

(+) - Cf. Roy Baskar, A Realist Theory of Science, Leeds, 1975, Alma Book Co., y Roy Baskar, Feyerabend and Bachelard: two Philosophies of Science, ensayo publicado en la "New Left Review", Londres, 1975, num. 94.

La expresión "realismo trascendental" no es, sin embargo, original de este autor. Los historiadores de la filosofía imputan la creación de este
(sigue)

termina aquí nota pié pag. 129.

=====

concepto al filósofo Eduard von Hartmann, que fué el filósofo "hegemónico" o de moda en la Alemania bismarckiana inmediatamente antes de Nietzsche. Su Teoría de las categorías (Kategorienlehre) tuvo su primera edición en 1896, y siguió editándose durante el primer tercio de nuestro siglo (séptima edición en 1923). Se trataba de una especie de sincretismo de neokantismo y de aristotelismo; así dice Vorländer: "Realismo porque asume las propiedades de los objetos independientemente de nuestra representación; trascendental, porque los somete a las formas del conocimiento".

Véase el siguiente texto de Durkheim:

"... las formas que existen de modo permanente, que no cambian con sus diversas aplicaciones, constituyen objetos, patrón constante que está siempre al alcance del observador y no deja espacio para impresiones subjetivas y observaciones personales. Una regla de Derecho es lo que es y no hay dos maneras de percibirla". (Émile Durkheim, 1895, 1950, p. 45).

Ciertamente, hoy solemos tomar estas aserciones "cum grano salis". No en vano tenemos detrás de nosotros la apisonadora crítica que fué el neopositivismo lógico, con su análisis de los lenguajes de los científicos y de las presunciones "metafísicas" subyacentes. Pero precisamente porque esa apisonadora crítica pasó ya, podemos también distanciarnos críticamente de ella y de lo que tuvo de moda (y de nihilismo), y podemos percibir sus excesos. El problema de la verdad no puede ser evacuado, ni puede ser reducido a una cuestión formal (sintáctica). La pertinencia de los conceptos, y de las relaciones entre significante y significado, no es una cuestión formal. La capacidad de los conceptos de organizar heurísticamente campos semánticos, y de permanecer relativamente cerrados (para hacer posible la transmisión firme de conocimiento), y relativamente abiertos (para recibir los productos de nueva investigación y hacer progresar la disciplina científica), no es tampoco una cuestión formal. Y en fin, la validez de los enlaces entre conceptos, cuando forman proposiciones y cadenas de proposiciones, no se agota en la validez formal de tales enlaces; están implicadas cuestiones sustantivas, semánticas.

Por lo que concierne a la metafísica (en sentido riguroso, ésto es, la filosofía primera aristotélica), es absolutamente necesaria, como dije antes, precisamente en las ciencias que trabajan de modo casi exclusivo con conceptos.

Nothing can be dismissed as nonsense until an honest and thorough attempt has been made to understand it; and understanding must involve uncovering, step by step, the connexion which leads from one proposition to another in the systems and arguments examined. Our patterns of thought and forms of language are constantly changing in response to new needs and new interests; we cannot therefore lay down, once and for all, the limits of intelligible discourse, in such a way as to exclude the asking of questions that are not scientific but are metaphysical; wherever we try from time to time to draw the frontier of scientific inquiry, metaphysical questions will always arise precisely on this frontier.

STUART HAMPSHIRE, Spinoza (1951, 1978, 223).

I I I. - Hoy la disciplina sociológica se halla en un círculo vicioso, cerrado por dos polos que se alternan y oponen: uno, la atracción por la última moda de algún autor brillante, que cree haber hallado la clave de las explicaciones sociales; el otro, la apelación retro a volver a algún gran clásico que, se dice, hay que recuperar y actualizar.

Obviamente, no existe una clave sociológica; y no es un solo clásico el que hay que recuperar y actualizar.

Las condiciones intelectuales para que la disciplina salga del círculo vicioso y entre en un círculo virtuoso, son condiciones que existen. Probablemente la disciplina encontrará un lugar en esa ciencia general de la acción humana que se está constituyendo.

Otro problema son las condiciones materiales, por lo menos en el corto plazo. En el ensayo antes citado decía Sacristán que la política no debe pretender cambiar a los hombres, sino las condiciones bajo las cuales se forman y viven los hombres. En las actuales sociedades permisivas los políticos han encontrado que es más cómodo también a cambiar las condiciones. La gente será más feliz cuanto más libre sea de hacer lo que quiera, dentro del contexto ambiental de cada cual (interiorizado desde la niñez). Así podemos ver que hay países en los que se ha renunciado a resolver problemas graves de pauperismo, con tal de que estén bien localizados, marginalizados, recluidos en sus respectivos ghettos, y no presenten más riesgo de violencia visible que alguna revuelta urbana cada n años. Y así hay países en los cuales los gobernantes, cuando piden algún informe técnico a los sociólogos, es a condición de que trate temas candentes para algún sector de la opinión pública, de modo que una copia del informe del sociólogo pueda ser enviada a la organización publicitaria que fabrica la campaña electoral más próxima (y párrafos del informe del sociólogo, sacados de contexto, se insertarán, con otra clave, en la música de los discursos electorales que esas organizaciones venden). (+). En esos países, los gobernantes rechazan sistemáticamente que el sociólogo les hable de problemas que son anticipables porque se están gestando socialmente (bajo condiciones que el sociólogo percibe, y ^{que} la opinión pública no puede percibir, viviendo en la inmediatez y las urgencias de la vida cotidiana). Sólo interesan los problemas que pueden ser objeto de manipulación electoral, problemas "calientes". (Y estoy hablando de sociología propiamente dicha, no de demoscopia o sociografía electorales. Esta es una actividad mercantil sumamente próspera. Véase cómo ha cambiado el mapa electoral del Partido Republicano en los Estados Unidos, a base de estudios locales constantes de las

Nota
en 131 bis

=====

Nota pie pag. de la pag. 131

=====

(+) En los países excoloniales y en los de bajo nivel de desarrollo económico o en las etapas iniciales de la industrialización, ya acontecía un fenómeno análogo (aunque no idéntico). Los expertos internacionales pagados por organismos regionales o mundiales (como agencias de las Naciones Unidas) producían informes técnicos que dormían durante algún tiempo en las oficinas de los políticos nativos, hasta que un día, traducidos a la lengua local, eran fragmentados en párrafos útiles para insertarse en algún dossier político elaborado en función de estrategias y luchas políticas locales. A finales de septiembre de 1964, en Ankara, oí a un experto francés (economista) describir su sorpresa cuando encontró que unos párrafos de los que era autor, aparecían en un documento político de una fracción (o grupo de presión) de la Administración, en función de tensiones internas que guardaban una relación bastante remota con los problemas técnicos de una industrialización sectorial.

=====

nuevas estructuras sociales creadas en el Sur y en Oeste por la industrialización y por el desarrollo del capitalismo financiero, antes localizado en los Estados norteos y de la costa Este).

En fin, esos gobernantes no quieren saber nada de la racionalización de la enseñanza universitaria de la sociología, en función de criterios científicos. Nadie quiere ser impopular. Y sería impopular poner en la calle a un hijo de papá, docente de sociología, aunque acontezca que no sabe si Bismarck fué el fundador del Welfare State o un general alemán de la Primera Guerra Mundial, o no haya oído hablar nunca de los Catorce Puntos de Woodrow Wilson, o piense (como descubrí no hace mucho) que Fichte era "el intelectual que le escribía los discursos a Hitler" (sic)(+).

I V . - Para terminar, diré algunas cosas más próximas a los problemas locales.

Primero, las discusiones estériles sobre lo cuantitativo y lo cualitativo. Conceptualización y matematización se necesitan recíprocamente. Hubo, sin duda, una época de terrorismo intelectual de lo cuantitativo y estadístico. (No fué casual su contemporaneidad con la época de la sociología industrial, y de los estudios sobre conductas desviadas y delincuencia urbana. Si se estudian problemas como la propensión diferencial a la huelga -- Clark Kerr y su equipo --, o los delitos por áreas urbanas, o las probabilidades de desórdenes psicopáticos en determinados grupos sociales, es necesario medir, calcular, y dar porcentajes fiables). Hubo unos decenios de exigencias académicas aberrantes, como las de una revista americana que rechazaba tests estadísticos con probabilidad superior a 0.02 (i.e., rechazaba las comunicaciones científicas con $p \geq 0.1$, etc). La seguridad estadística escondía la inseguridad teórica; era una especie de tardía prolongación de algo que yo oía cuando era pequeño: que la ciencia empieza con la precisión cierta de la última cifra centesimal. Todos

(+) Hay que hacer notar que se trata de algo más grave que de una ignorancia histórica individualizada. Es nada menos que un ejemplo (no infrecuente) de la clase de amalgama (en el sentido estricto de amalgama) que produce la vulgarización "cultural". Fichte = intelectual importante + nacionalismo + discursos a la nación alemana + guerra contra Francia + proteccionismo económico + estado comercial cerrado. Hitler = intelectual deleznable + nacionalismo + guerra contra Francia + discursos a la nación alemana + autarquía económica. Luego, el primero escribía los discursos del segundo.

hem compartit aquesta socialització que ens varen donar. ¿Qui recorda avui que Charles Bettelheim inicià les seves publicacions científiques amb una investigació sociològica sobre Auxerre i l'encapçalava citant la famosa frase de Lord Kelvin que assevera que comences de conèixer una cosa quan pots mesurar-la? ¿I qui d'entre els sociòlegs enemics de l'estadística matemàtica sap que no van ser els qualitativs estructuralistes francesos amb les seves dicotomies semàntiques qui més van fer per reduir el territori dels estadístics, sinó que va ser un economista, Oskar Morgenstern, que al caient de ~~1960~~ 1960 posà en ordre el desmesurat èmfasi ~~matemàtic~~ ^{mètric} de tants d'economistes i científics socials?

Només el paorós menyspreu dels clàssics pot explicar (encara que no justificar) que s'ignorin coses que estan resoltes d'ençà del ^{na} Reiximent:

capaces de concordància i de

"... la proporció designa un acord en una cosa i designa al mateix temps una diferència, de forma que no pot ser compresa sense el nombre. El nombre inclou totes les coses que són susceptibles de comparació. No es tan sols en la quantitat on el nombre produeix proporció; en produeix també en totes les coses que són capaces de concordància i de diferència en algun aspecte ^{ja} sigui substancialment o accidentalment. Per això Pitàgores insistí tant a sostenir que mitjançant els nombres, totes les coses són comprensibles" (Nicolaus de Cusa, De Docta Ignorantia, llibre I, cap. I; edició anglesa en Yale University, 1954).

Amb molta més elaboració, sense pitagorisme, i amb arguments de lògica moderna, aquesta posició està ben raonada i establerta en The Conduct of Inquiry d'Abraham Kaplan (tots els epígrafs sobre quantitat i qualitat que els antiestadístics haurien de llegir i meditar; A. Kaplan, 1964, 172 a 208).
The transformation of quantity into quality, or conversely, is a semantic or logical process, not a matter of ontology (loc. cit. 207)

Encara que sigui fonamentat sobre premisses científiques el menyspreu d'Estruch i de Cardús ^fper la sociografia, cal considerar almenys això: que quan tenim sèries de vint a vint-i-cinc anys d'enquestes repetides, amb mostratges controlats, i amb qüestionaris comparables, la quantitat i l'acumulació temporal lineal possibiliten l'anàlisi qualitativa, ^{que} i la discontinuïtat qualitativa emergeix, precisament, d'aquests tipus de dades serials. Es així com sabem que cap a 1965-1966 es produí ~~una~~ ^{una} fractura en un conjunt d'actituds en les poblacions joves (i relativament joves) a l'Europa occidental, tall ^{per} que es manifesta la sobtada eclosió de l'escepticisme religiós o de l'agnosticisme, ~~en~~ ^{noves} expectatives sobre la dimensió de la fa-

sale
 família, sobre la procreació, sobre les relacions sexuals, sobre el matrimoni, sobre la valoració del plaer present enfront del plaer futur (~~que a Espanya arribà un xic més tard~~).

Creo que la disciplina podrà entrar en un cercle virtuós, deixant passar temps i amb treball d'equip, també perquè cada dia serà més ample l'espai entre la sociografia electoral i política i la sociologia sense valor mercantil immediat. La qual cosa al seu torn exigirà que hi hagi equips que reconsiderin el capital acumulat de conceptes i de mètodes ~~de la sociologia~~ ~~que s'ha desenvolupat en el 1980 en el debat sobre si la sociologia és una ciència~~ i s'hi posin a repensar els conceptes i a fer les traduccions necessàries.

(Per exemple. He dit en aquest text que hi ha alguns grans temes permanents de la sociologia: la integració social, la diferenciació social, la determinació social, la racionalitat de l'acció i el canvi social. Aquesta llista ve dels clàssics, ja siguin francesos com Durkheim o americans com L. Ward. A la segona meitat del nostre segle, Goffman proposà de distribuir les anàlisis segons ~~els~~ abordatges: políticament, estructuralment, dramàticament, tècnicament, culturalment. Erving Goffman, 1959, reedició de 1978, 232 i ss. No és difícil de construir una taula d'equivalències:

políticament = ~~integració social~~ integració social

estructuralment = ~~diferenciació social~~ diferenciació social (jerarquies de rols i status).

dramàticament = determinació social (les estratègies dels dominants creen i mantenen les determinacions).

tècnicament = racionalitat de l'acció.

culturalment = canvi social (i cultural: canvi de valors)

He alterat l'ordre. Per a Goffman l'anàlisi última és la dramàtica)

Creo que la disciplina podrà entrar en un cercle virtuós amb el temps i el treball d'equip, perquè som ja molts els que estem enfastidits dels predicats sobre l'abstracte societat. La sociologia tracta de relacions socials, cosa que estableí Dupréel el 1912 i d'altres autors han repetit, fins a Tournine (1982). A Espanya, al decenni de 1950, Nicolás Ramiro Rico digué coses pertinents sobre per què la sociologia no havia de ser visualitzada com "a ciència de la societat".

L'objecte privilegiat de la sociologia està en la relació entre acció social i organització social. Cal estudiar les formes d'acció en relació a tipus d'organització, i cal estudiar aquests en relació a les accions que els van produir, els matenen i els modifiquen o tendeixen a modificarlos.

L'estudi de la relació entre acció social i organització social inclou la determinació per l'antecedent i per l'anticipat, pel que resta d'irreversible en els recursos i els codis i les distribucions socials dels

Texto nuevo

Goffman

013 MN 01X21

Text nou

(reorientació de valors)

Cies:

Segundo: las traducciones necesarias de unos campos conceptuales a otros, de modo a reducir la dispersión teórica (o las claves en que cada cuerpo de doctrina fué escrito, en función de representaciones sociales y de lenguajes teóricos preexistentes). Pondré un solo ejemplo. Dije en este texto que hay algunos grandes temas permanentes en la sociología: la integración social, la diferenciación social, la determinación social, la racionalidad de la acción, y el cambio social. Esta lista procede de clásicos de la disciplina, sean franceses como Durkheim, americanos como Ward, o alemanes como Tönnies. En la segunda mitad de nuestro siglo, Goffman propone distribuir los análisis según un cierto pluralismo de abordajes: políticamente, estructuralmente, dramáticamente, técnicamente, culturalmente; (Erving Goffman, 1959, reedic. de 1978, pp. 232 y sigs.). No es difícil construir una tabla de equivalencias:

| | | |
|------------------|---|---|
| políticamente | = | integración social, |
| estructuralmente | = | diferenciación social (jerarquías de rolos y de status), |
| dramáticamente | = | determinación social (las estrategias de los actores dominantes, crean y mantienen las determinaciones y direccionalidades de las relaciones sociales), |
| técnicamente | = | racionalidad de la acción (racionalidad instrumental, racionalidad medios / fines) |
| culturalmente | = | cambio social (en la medida en que es causado por el cambio cultural; cambio de valores). |

He alterado el orden. Para Goffman el análisis último es el dramático; lo que implica una cierta teoría del control social.

Tercero: el abandono del abstracto general "sociedad", y su substitución analítica (analítica, no taxonómica) por los sistemas de relaciones sociales y por las relaciones emergentes antisistémicas. (Son muchos autores los que han insistido en este aspecto. En el caso de España, podría aducir textos de Nicolás Ramiro Rico y de Enrique Gómez Arboleya. En Barcelona se ha publicado recientemente (1982, cf. bibliografía) una

Texto nuevo

128
136

actors i allò hi ha d'estímul i de valor en els fins a abastar.

Això exigirà, crec, d'assumir d'una vegada que la realitat social està estructurada en nivells, i que la interacció genera nivells amb propietats emergents, les quals tornen a actuar sobre els seus suports. I això exigirà d'acabar d'un cop amb aquestes discussions estèrils sobre si els actors són individuals o col·lectius. En un determinat nivell els actors són no-més individuals; en un altre nivell ~~d'anàlisi~~ són col·lectius (sindicats, partits, institucions i organitzacions).

202 lisi

Per tant, la categoria mateix d'actor s'ha de redefinir en funció dels nivells d'anàlisi i dels mètodes de la seva construcció.

El puzzle pot ser reorganitzat conceptualment i teòricament, amb poders heurístics, perquè un segle i mig d'investigació social ha produït conceptes i coneixements que són valuosos.

Però aquest treball s'ha de fer en unes condicions acadèmiques que, ara per ara, són més aviat desiderata (i.e., reivindicacions). Reivindicacions que la multitud no pot satisfer.

??

Punt i final a aquest assaig que depassa el comentari que se'm demanà. Ja que la lliça per on caminem és un camp minat, intentar la quixotada fóra demanar massa de l'amor que pot tenir a la ciència un autor que necessita, com els altres, deixar viure per viure.

No es eso. No he captado el significado

(esta ciudad)

→ Esta plaza es la que vivimos
y en la que tenemos que andar
~~como~~ como en una campo de minas,
etc.

la cultura que

signes, símbols i significats, i en tant els mateixos sociòlegs han aconseguit persuadir els amos dels diners públics que la sociologia és molt valuosa per a orientar-se en el laberint.

Donades aquestes condicions, aquesta filiació intel·lectual i aquestes practiques acadèmiques i socials, resulta un fet més aviat sorprenent que cap a finals del decenni de 1961 a 1970 la sociologia (o les sociologies) es transformessin en una mena de doctrina revolucionària i que no solament la gent d'ordre, sinó també els sociòlegs, van creure de bona fe que la sociologia era (o podia ser) l'instrument o l'arma definitiva per a la revolució (o per a alguna classe de ruptura revolucionària irreversible). La dicotomia entre sociologia de l'ordre i sociologia de la revolució, que omple tants d'assajos i textos del període 1965-1975, sempre em semblà profundament enganadora, tant per als lectors com per als qui l'empraven convençuts de la seva pertinència. D'una part perquè tots els grans clàssics de la sociologia amb la sola excepció de Comte (que estava obsesionat pel consensu) són pensadors que han incorporat a llurs anàlisis el conflicte social i no ignoren la funció del conflicte per a aconseguir que l'ordre polític i l'ordre legal siguin més civilitzats i justos. Des de Maquiavel a Durkheim, hom pot aduir els textos sobre la funcionalitat del conflicte per al perfeccionament de les lleis (en el cas de Durkheim, argüment portat a les seves últimes conseqüències: no hi ha societat coneguda sense conductes delinqüents; sense delinqüència no es perfeccionaria el Dret) (+)

(La funcionalitat social del conflicte fou argümentada àdhuc com a contributòria a la cohesió del grup o de la nació (un punt de vista diferent del que subratlla el vincle entre conflicte i historicitat).)

(A l'Alemanya postbismarckiana aquest argüment apareix en diferents pensadors, entre ells, en particular, Georg Simmel. L'hostilitat de l'entorn o l'agressió exterior reforcen la identitat i cohesió del grup (una observació que té probablement la font en el propi context històrico-polític alemany, quan els alemanys es veuen com un "imperi" voltat de potències hostils).

va seguir
ver 78
va seguir
ver 78
original

Império del Centro, expresión
(Común en la historia)
centro europea

"Imperio del Mij"

Nota
el pen

(+) L'argument no era nou, i allò que Durkheim féu va ser desenvolupar-lo i donar-li un to escandalós per als burgesos benpensants: sociològicament parlant, donat que el crim és un fet social general, el crim és normal. Marx, que feia onze anys que era mort quan Durkheim va escriure aquest text, coneixia l'argument a través de Mandeville i en va fer alguns comentaris sarcàstics (en Theorien..., V, 182).

Alegria

El jurista Maurice Hauriou, una de les màximes

autoridades de Derecho Constitucional, en el primer tercio de nuestro siglo, presentaba el perfeccionamiento del Derecho (el político) por la mediación del conflicto social, bajo un argumento que es de actualidad diferente: "des citoyens ont risqué et perdu leur vie pour la conquête du droit" (La cité moderne et les transformations du Droit, 1925).

(488)

traducción al catalán de una reflexión de Touraine en este sentido. El objeto de la sociología no es la sociedad. Aparentemente, se trata de un matiz semántico; de hecho, las implicaciones teóricas son de largo alcance.

En el mundo, o realidad sui generis, de la acción humana, acontece como en el mundo de los lenguajes humanos: existe una jerarquía de lenguajes; existe asimismo una jerarquía de niveles de la acción. El nivel social es uno de ellos. La especificidad de ese nivel fué correctamente percibida por los clásicos, y luego se ha perdido; pero es su recuperación lo que puede fundar un lugar propio para la sociología en las ciencias de la acción. El objeto de la sociología debe centrarse en el estudio de las relaciones entre acción social y organización social. Hay que estudiar las formas de acción en relación a tipos de organización, y hay que estudiar éstos en relación a las acciones que los produjeron, los mantienen, y los modifican o tienden a modificarlos. Este programa incluye el análisis de las determinaciones en su triple dimensión: como antecedentes (el pasado objetivado), como consecuentes (el presente en su vigencia situacional), como futuro (los fines que los actores estiman valiosos y se proponen realizar).

Cuarto: el abandono de las temáticas ingenuas, emocionales, acriticas, procedentes de la vida cotidiana y de los debates políticos cotidianos. En este texto me he extendido suficientemente sobre tal problema, y no queda gran cosa a añadir (tanto más cuanto en otro texto recientemente publicado, E.P.L.H., 1985, en traducción catalana, expuse precisamente que ese es el aspecto retro (herencia del siglo XIX) que es necesario superar).

====

Punto final a este ensayo que excede el comentario que se me pidió. Pues en una plaza en la que hay que caminar como en un campo de minas, tentar la quijotada sería más de lo que el amor a la ciencia puede pedir a un autor que necesita, como los demás, dejar vivir, para vivir.